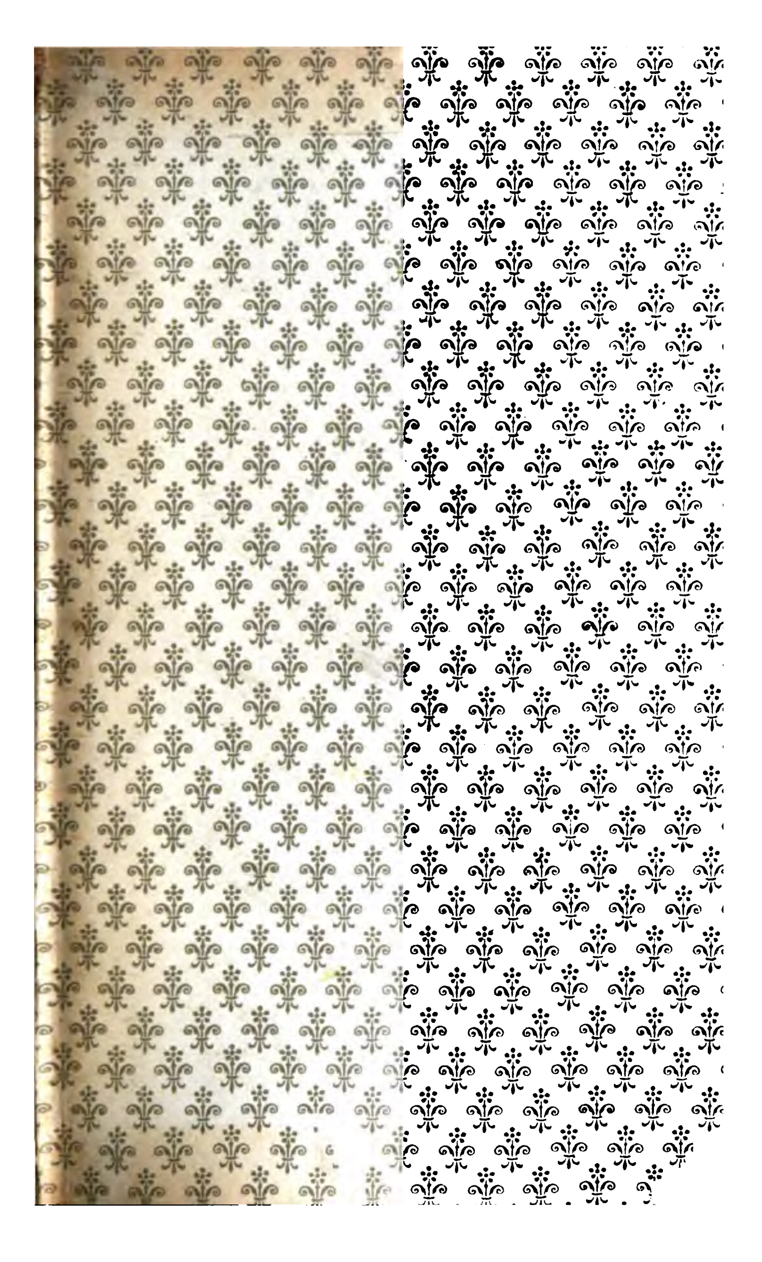


COLECCIÓN

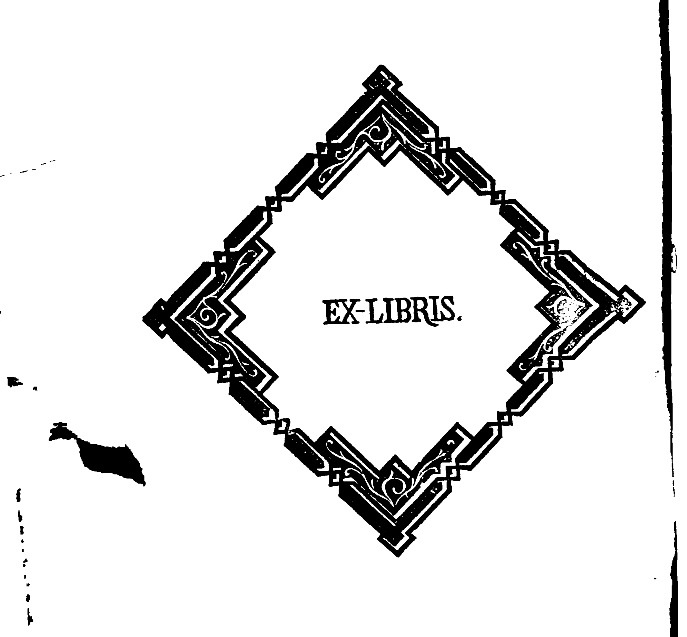
DE

ESCRITORES CASTELLANOS

LÍRICOS

CXV

I


EX-LIBRIS.

OBRAS COMPLETAS

DE

D. ÁNGEL DE SAAVEDRA

DUQUE DE RIVAS

TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares	en papel de hilo, del	1 al 50.
10 »	en papel China, del	I al X.



OBRAS COMPLETAS

DE

D. ÁNGEL DE SAAVEDRA

DUQUE DE RIVAS

Director que fué de la Real Academia Española
Presidente de la de Bellas Artes
de San Fernando é Individuo de número
de la de la Historia

Coleccionadas de nuevo por su hijo

D. ENRIQUE R. DE SAAVEDRA

DUQUE DE RIVAS

TOMO IV

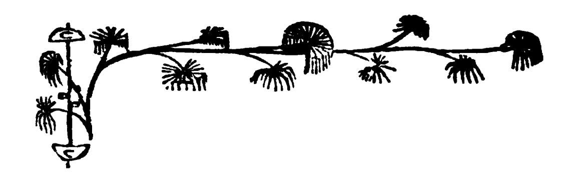
ROMANCES HISTÓRICOS



MADRID
EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
Paseo de San Vicente, 20

—

1898



PRÓLOGO DEL AUTOR. (*)

SEA cual fuere la opinión que se adopte acerca del origen del romance octosílabo castellano, no puede dudarse que se confunde con el de la lengua misma, también llamada *romance*, y que fué el metro propio de nuestra poesía popular más antigua, de la que cantaba el vulgo, y de la que conservaba en su memoria las hazañas, los milagros, los amoríos y todo género de tradiciones. Tenemos muchos compuestos en la más remota antigüedad, ignorándose el nombre de sus autores; y aunque rudos é inarmoniosos, ofrecen sumo interés, y son tan vigorosos en la expresión y en los pensamientos, que nos encanta su lectura; encontrando en ellos nuestra verdadera poesía castiza, original y robusta, luchando con una lengua naciente, estrecha, insonora y semibárbara. Su efecto es tan grande, como se advierte cuando los oímos intercalados, con toda su rudeza y con su antiguo lenguaje, en

(*) Puesto al frente de la primera edición de los ROMANCES HISTÓRICOS, hecha en Madrid el año 1840.

el diálogo de comedias históricas muy posteriores. Célebres ingenios del siglo XVII dieron con ellos, aunque pertenecientes á época tan inculta y á una literatura tan atrasada, mucho realce á sus composiciones. Luis Vélez de Guevara, en su drama titulado *Reinar después de morir;* Cubillo de Aragón en *El rayo de Andalucía*, y los autores de *La más hidalga hermosura*, lo hicieron así con mucho acierto, ingiriendo en estas comedias los romances, que muchos años atrás andaban ya en los labios del vulgo, solemnizando el infortunio de D.ª Inés de Castro, la muerte y venganza de los Infantes de Lara, y la noble determinación tomada por los castellanos de libertar á su conde Fernán González, preso á traición por el rey de Navarra. Innumerables ejemplos pudiéramos citar de esto mismo. Y el apoderarse así á la letra de los antiguos romances para realzar con ellos los dramas históricos, ha merecido elogio hasta del severo y clásico Moratín, en su obra titulada: *Origen del Teatro español.*

El romance octosílabo más acomodado á los oídos y á la memoria del vulgo que los informes y pesados versos del poema del Cid, y que los alejandrinos más ataviados y cultos de Gonzalo de Berceo, prevaleció sobre ellos, campeando siempre como verdadero metro nacional. No sólo se cantaban en él hazañas pasadas, sino que se escribían nuevos romances siempre que ocurrían acontecimientos notables y sucesos ó hechos de armas cuya memoria debía conservarse. Y había poetas de profesión en los campamentos de nuestros caudillos, y en las cortes de nuestros reyes, que cantaban en este

metro sus proezas y sus conquistas. El glorioso rey San Fernando llevaba en las huestes conque ganó á Sevilla á *Nicolás de los romances*, sobrenombre que le dan las crónicas, y que demuestra cuál era su ejercicio, y ejercicio á que debió repartimiento después de la conquista, entrando á la parte con los guerreros, como poeta de la expedición, en el despojo de la victoria. ¿No recuerda esto la importancia que tuvieron los bardos de los antiguos pueblos del Norte, porque eran los que conservaban la historia de sus hazañas?

La consideración que merecían los romances históricos de aquellos siglos, y el crédito y fe que se les daba, se conoce al recordar que de las tradiciones conservadas en ellos se formaron muchas de las narraciones de las crónicas que se escribieron después. Narraciones que, aun cuando sean de hechos falsos ó exagerados, y que, por lo tanto, hayan sido últimamente arrojados de la historia por la crítica moderna, tienen siempre para nosotros una ventaja inapreciable, la de darnos á conocer las ideas de los siglos en que se escribieron y creyeron.

Los romances más antiguos que poseemos refieren hazañas y milagros ó caballerías de la corte de Carlomagno, por donde se ve que nuestra poesía tuvo el mismo origen que la de todos los países del mundo: la admiración de los grandes hechos y el entusiasmo religioso. Estos romances antiquísimos tienen la misma tructura con que hoy los hacemos; pues son ›rsos de ocho sílabas, en que los impares van bres ó sueltos, y los pares rimados con una ıisma desinencia. Y en esta estructura particu-

lar y colocación alternada de la rima, apoya el ilustrado Conde su opinión, que es la más admitida, de que el romance castellano proviene de los versos árabes de diez y seis sílabas, pareados, esto es, rimados de dos en dos; que se escribieron por ignorancia ó de intento, divididos en hemistiquios, y cada uno de éstos en un renglón aparte, resultando la rima alternada y como hoy la colocamos en el romance.

Estos fueron constantemente escritos en consonante riguroso y uniforme, lo que les daba un monótono y continuado martilleo muy desapacible. Y en los más antiguos, como escritos en la infancia de la lengua y cuando aún no estaba fijada, los poetas añadían letras y sílabas á las palabras finales de los versos, ya para completar el número, ya para formar el sonsonete. Siendo ciertamente muy desagradable y fastidiosa la repetición del mismo sonido cada dos versos veinte ó treinta veces, ó acaso más, pues algunos de aquellos romances son de bastante extensión; los adelantos de la lengua y del buen gusto produjeron la invención y adopción del asonante. Bien sea éste, como muchos creen, y no sin fundamento, tomado del árabe; bien que se descubriese por mera casualidad; bien que el deseo de evitar la pesadez de la repetición de un mismo consonante hiciese observar que en nuestra lengua basta la conformidad de las dos últimas vocales de una palabra con las de otra para formar una rima muy distinta y armoniosa. El romance se apoderó exclusivamente de este primor de nuestro idioma, de esta semi-desinencia, que luego se introdujo en otros metros, como artificio exclusivo de la ver-

sificación castellana, y que más adelante admitió el vulgo con particular y decidida preferencia en sus seguidillas, tiranas, etc. Pero no hay ejemplo de esta ventajosa innovación anterior al siglo XVI.

Mucho ganó con ella el romance en soltura, facilidad y armonía; como ganó, bien que á costa tal vez de energía y severidad, en orden, gala y corrección, cultivado por los ingenios de aquella época aventajada. Y saliendo del estrecho campo á que estaba reducido, empezó en manos del fecundo Lope de Vega, del lozano Góngora, del portentoso Calderón, y de otros buenos ingenios, á prestarse á todo género de asuntos, ya eróticos, ya filosóficos, ya místicos, ya satíricos, engalanándose con todos los atavíos de la buena poesía. Entonces nacieron los romances *moriscos*, engañándose mucho los que, escasos de erudición, juzgan estas composiciones originariamente árabes. Error que se nota con sólo considerar que ni las costumbres, ni los afectos, ni las creencias, que en ellos se atribuyen á personajes moros, son los de aquella nación, advirtiéndose desde luego que son cristianos enmascarados con nombres y trajes moriscos; moda que produjo muy felices composiciones, y que estuvo una temporada tan en boga entre nuestros poetas, que el mismo Góngora, que la ridiculizó festivamente en un romance jocoso, tuvo que obedecer á ella, y escribió muchos y muy bellos romances moris-. Inventados fueron, pues, éstos por los in-iios castellanos, y los que Pérez de Hita rodujo en su *Historia de las guerras civiles Granada*, compuestos por él, como todo el

libro, exornado con narraciones fabulosas. No es esto negar absolutamente que pueda acaso alguno de los romances moriscos de aquel tiempo ser traducción ó imitación de alguna antigua composición árabe.

En pos de los romances moriscos vinieron los *pastoriles*, en que fué extremado el príncipe de Esquilache, y en que perdió aquel metro mucho vigor y lozanía, ganando algo en ternura y en sencillez. El ingenio colosal de Quevedo se apoderó también del romance para la sátira, y le dió en este género un ensanche sin límite y una facilidad sin igual, haciéndolo asiento, no sólo de todas las festivas sales de nuestra lengua, sino de los pensamientos más nuevos y originales, y de todas las frases más agudas y festivas de que es capaz idioma alguno.

El romance octosilábico castellano se adoptó muy desde luego por los poetas dramáticos, y en comedias anteriores á Lope de Vega lo vemos ya introducido, y continúa hasta nosotros, siendo el metro favorito del teatro. Nuestros antiguos poetas cómicos lo mezclaron con quintillas, redondillas, cuartetas, décimas, octavas, sonetos, liras y aun versos sueltos, mirando como una belleza del drama la variedad de la versificación; pero en Lope, Alarcón, Tirso, Calderón, Moreto, Rojas y demás insignes dramáticos se observa que emplearon casi exclusivamente el romance para las narraciones. Este fué luego enseñoreándose completamente de la escena cómica, hasta que se hizo dueño absoluto de ella á fines del siglo pasado, arrojando de su término los demás metros. Castri-

llón fué el primero de los modernos que restableció el antiguo gusto de variar la versificación en la comedia, y hoy día se ha (en nuestra opinión con muy buen acuerdo) completamente restablecido.

La misma popularidad de que gozó el romance desde su origen por los asuntos que le fueron peculiares; la facilidad que adquirió su composición con la introducción del asonante; la vulgaridad que le dió el diálogo cómico; y la soltura y ensanches que debió, como dejamos dicho, al gigantesco ingenio de Quevedo, lo fueron entregando al brazo seglar de los meros versificadores y de los copleros vergonzantes. Y convertido al fin en su patrimonio exclusivo, murió á sus manos, ya hinchado y ridículamente culto; ya lánguido, trivial y chabacano. Desacreditándose hasta tal punto que fué últimamente mirado como el verso escrito sólo para el vulgo, y como el que podía permitírsele al vulgo en sus groseras composiciones, y los hombres literatos comenzaron á asquearlo y á desdeñarlo.

En vano Luzán hizo su elogio, y demostró su importancia en el renacimiento de la poesía española, á mediados del siglo pasado. En vano Meléndez justificó con su ejemplo la doctrina de aquel erudito, y escribió, no sólo romances eróticos y descriptivos, sino también composiciones líricas de un género más filosófico y atrevido en el mismo metro. Y en vano se reimprimieron muchos romances antiguos, con razonados prólogos, tributando al género los elogios más encarecidos: el romance no resucitó. Los ingenios que han honrado nuestro Par-

naso después de Meléndez, apenas han escrito alguno que otro, ya erótico, ya jocoso, dedicándose exclusivamente al cultivo de los metros italianos. Y los poetas más recientes tampoco han hecho esfuerzo alguno á favor del romance, ya que tantos hacen por resucitar las coplas de arte mayor, y por aclimatar en nuestro suelo los cuartetos endecasílabos con consonantes agudos, que dan á nuestra lengua un giro mezquino y una canturía más propios del idioma francés que del castellano.

Es ciertamente extraño que en esta época de ensanche, y acaso de regeneración (en que la poesía, rompiendo los estrechos límites de reglas arbitrarias, aunque respetadas por un siglo entero, pugna por volver á su origen, dejando á un lado la servil imitación de griegos y latinos, y buscando inspiraciones propias en épocas más en armonía con las sociedades modernas), no haya renacido con muchas ventajas el romance octosílabo castellano. Pues buscándose en los tiempos feudales y en los siglos caballerescos los asuntos y el colorido de la poesía actual, ningún otro metro podía encontrarse más á propósito, como castizo y original; como nacido en la época misma de los héroes que ahora se celebran; como depósito de esos matices mismos que hoy se buscan con tanto empeño; y como el más adecuado, en fin, por su sencillez, facilidad y soltura, á todos los tonos de la poesía, y, por lo tanto, á los atrevidos, variados y desiguales vuelos del *romanticismo*.

Pero aún más extraño es que en esta época misma, literatos que gozan de justa nombradía,

hayan emprendido proscribir *por principios* el romance, como indigno del Parnaso español, y como metro despreciable y chabacano. El primero que ha escrito contra el romance ha sido un extranjero, el alemán Schlegel, el que, sin negarle gracia y gallardía, decide que no es capaz de la poesía digna de elogios y de imitación. Que un extranjero se haya equivocado y sentenciado sin conocimiento de causa, no es de extrañar; pero sí lo es, y mucho, que lo hayan seguido y reforzado escritores nacionales, y no ignorantes por cierto de nuestra literatura.

En una obra elemental, que anda de real orden en manos de la juventud, se deprime hasta con encono, y se ridiculiza hasta con pueril acritud al romance octosilábico castellano, como indigno de la poesía alta, noble y sublime. Se asegura en ella que *aunque venga á escribirle el mismo Apolo no le puede quitar ni la medida, ni el corte, ni el ritmo, ni el aire, ni el sonsonete de jácara.* Y se sienta como positivo que las más triviales y chabacanas se ocurren inmediatamente á todo español que lee ú oye una ó dos coplas de romance, aunque éste sea muy bueno y de asunto muy grave y elevado. Decidir tan absolutamente contra un metro en que tan excelentes cosas se han escrito; que es sin disputa la forma en que apareció nuestra verdadera poesía nacional; que se ha amoldado siempre con ventaja á todos los géneros, á todos los tonos, á todos los ma-
es, á todos los asuntos imaginables, en ma-
s de nuestros mejores poetas; y, que ya
o, vigoroso y desaliñado, ya galano y flori-

do, ya tierno y melancólico, ya templado y armonioso, ya jovial y satírico, se ostenta siempre como la mayor riqueza de nuestro Parnaso, es un incomprensible atrevimiento, fundado en un aislado capricho que se opone á la opinión general.

Dígase en hora buena que el romance octosílabo no es á propósito para escribir en él toda una *Epopeya* (si es que á alguien le da en este siglo la mala tentación de escribir alguna); pero excluirlo de la poesía sublime, de la poesía histórica, de muchas partes de la *Epopeya* misma, como las narraciones, las descripciones, las sentencias filosóficas, los cuadros poéticos, cuando tenemos tan excelentes trozos de estas clases escritos por nuestros mejores autores en romance, es demasiado pretender, es arrojarse con suma ligereza á dar una sentencia definitiva que carece de fundamento.

Dice el autor que impugnamos que todo romance recuerda una *jácara* vulgar. ¿Quién que tenga oído y alma recuerda las chabacanadas del vulgo cuando lee ú oye el sencillo y sublime romance histórico en que se pinta *al señor de Hita y Buitrago* en la batalla de Aljubarrota, que, viendo á su rey con el caballo muerto, le da el suyo para que se salve de aquel desastre, le recomienda á su hijo y se entra á pie á morir como bueno en lo recio de la pelea?... ¿Quién recuerda las coplas de los ciegos cuando lee el riquísimo romance de Góngora á *Angélica y Medoro*, tan lleno de poesía, de amor, de encanto; ó los romances del Cid, muchos de los pastoriles de Esquila-

che, y los tiernos y de estructura lírica de Meléndez? ¿A quién, en fin, se le ocurren esas vulgarachadas, que tan presentes tiene el preceptista, cuando le encantan en el teatro los hermosísimos romances en que el gran Calderón hace sus exposiciones, y en los que todos los géneros, todos los estilos se ven tan maestramente manejados?—Y en vano es alegar en contra nuestra el gran número de perversos romances que se han escrito; porque también se han escrito gran número de malísimas octavas, de enrevesados tercetos, de sonetos abominables. Y al que me arguya con los romances de Montoro y Maruján, yo le opondré las ridículas y extravagantes silvas de Gracián, y los desmayados y prosaicos endecasílabos de Iriarte, y no nos quedaremos nada á deber.

Ciertamente aún no le ha ocurrido á ningún italiano el proscribir los sonoros y fluídos versos cortos cantables, tesoro inagotable de su idioma, y tan cultivado y engrandecido por Metastasio y otros grandes poetas, fundado en que son los mismos que cantan, vulgarizan y achabacanan los copleros improvisadores de las hosterías y de las plazas públicas. Y precisamente en ellos ha escrito el insigne Manzoni una de las odas más altas, sublimes y filosóficas de nuestros días, la que intitula *El 5 de Mayo*, y cuyo argumento es la muerte de Napoleón.

¿Y el francés Béranger, no ha colocado su nombre entre los primeros líricos de este siglo s escribir más que en los metros más vulga- de su país?

o somos nosotros de los que creen que la

poesía consiste únicamente en la forma con que se expresa el pensamiento, atribuyendo todo el encanto de este arte divina sólo á la expresión. Por lo tanto, no damos tanta importancia al metro que busca el poeta para trasmitirnos las imágenes de su fantasía y los afectos de su alma. Creemos, sin embargo, que ciertas formas pueden contribuir á aumentar el efecto en algunos casos, y que ciertas armonías pueden excitar más ó menos nuestras emociones. Pero fijar reglas en el particular, y que el frío preceptista decida magistralmente en la materia, y marque (aunque sea citando á Horacio) en qué número y con qué armonía se han de expresar tales y tales pensamientos, tales y tales pasiones, nos parece absurdo.—Y esas reglas, ¿en qué pueden fundarse?..... ¿No vemos la rotunda y pomposa octava, el verso heroico por excelencia, aplicada con tanta facilidad y magisterio por el flexible ingenio de Ariosto, á todos los tonos, desde el más sublime y apasionado, hasta el más trivial y burlesco; ya á la narración épica más alta, ya á la descripción más florida y lozana, ya á la relación más baja y vulgar? ¿Y no parece, al leer el *Orlando*, que la octava está inventada exprofeso para cada uno de estos géneros, para cada uno de estos estilos tan diversos y tan encontrados?..... Lo mismo diremos de los demás metros. En los severos tercetos en que el terrible Dante nos pinta sus espantosas visiones, escribió el templado y melancólico Rioja s-- pensamientos morales y apacibles, y en te cetos están escritas las sátiras de los Argens las, y aun las más libres y sarcásticas de Qu

vedo y Arriaza. ¿Y el soneto?..... No hay combinación métrica y rítmica más artificiosa, de más pompa y majestad: parece hecha á drede para encerrar los pensamientos más sublimes y encumbrados. Pues tan felizmente se presta á los místicos y á los históricos, como á los profundos y filosóficos de los Argensolas, á los risueños y floridos de Arguijo, á los melancólicos y pastoriles del bachiller Francisco de la Torre, y á los chistosos, libres y hasta chabacanos del gran Quevedo. ¿En qué ejemplos, pues, fundan los preceptistas esas reglas con que quieren tiranizar al ingenio y encadenar la imaginación?..... Por fortuna el ingenio creador y la imaginación fecunda producen sus grandes bellezas, sin acordarse de los preceptistas y echando mano del instrumento que su propio instinto les sugiere, como el más á propósito, en el momento de la inspiración.

Si todos los metros se prestan más ó menos á todos los géneros de poesía, y en todos ellos pueden expresar felizmente sus ideas y sus afectos los verdaderos poetas, porque saben darles el tono, el giro y la armonía más conveniente á la expresión de sus pensamientos y de sus pasiones, el romance octosilábico castellano es acaso la combinación métrica que obteniendo la primacía para la poesía histórica, como la más apta para la narración y la descripción, se presta más naturalmente á todo género de asuntos, á toda especie de posiciones. Su facilidad aparente, esa faci- l misma que le echan en cara los que n que la poesía consiste en vencer dificul- de rima y de versificación, le da una

elasticidad suma y es sin disputa uno de sus mayores méritos; y si se examina esa facilidad, se hallará acaso en ella un peligrosísimo escollo para el poeta. La variación de sus giros y de sus cortes (pues los que le niegan este dote no han leído los hermosos romances que Calderón introduce en sus comedias, y en que con efectos sorprendentes los ha diversificado hasta lo infinito) hacen al romance el metro más á propósito para el cambio de tono y para la variación de colorido. Y hasta la armonía del asonante, que en una composición larga puede de cuando en cuando variarse sin la menor dificultad, y que es tan exclusivamente española, tan grata á los oídos españoles, tan varia, y de suyo tan dulce y tan poco fatigosa, hace del romance castellano el instrumento más á propósito para todo género de asuntos. Y su rapidez misma, ¿no está indicando que es el verso octosílabo el más adecuado para expresar los grandes pensamientos filosóficos, las sentencias profundas, y la sencillez y viveza de los efectos?

Engolfados en esta materia, fuerza es que citemos algunos ejemplos en apoyo de cuanto llevamos dicho, y para demostrar más palpablemente cuán sin razón se ha pronunciado la sentencia contra el romance. Mas no iremos á buscar lo más exquisito y primoroso que en ellos se encuentra, sino que echaremos mano de lo primero que ocurra á nuestra memoria. Copiaremos, pues, algo de aquel romance anónimo de las exequias del maestre D. Alvaro de Luna. Dice así:

«Iba declinando el día,
Su curso y ligeras horas,
Y el padre que al mundo alumbra
Para Occidente se torna.
A los reflejos divinos
De aquella luz milagrosa,
Pálidos, descoloridos,
Cubiertos de negras sombras,
Amenazaba la noche,
Mustia, temerosa y sorda;
No de luceros vestida
De que se pule y se adorna.
La luna en el primer cielo
Con las nubes se arreboza,
Y en los escondidos valles
Aljófar y perlas llora.
De las aldeas vecinas
Dejan desiertas y solas,
Unos las casas baldías,
Otros las pajizas chozas.
Sonaba en Valladolid
El eco de voces roncas,
Y responden los quejidos
De las apartadas rocas.
Hace señal San Benito,
Y su rico templo adornan
Con los funestos tapices
De bayeta lastimosa.
Murmuraban por las calles
De unas orejas en otras,
La no pensada caída
De aquella Luna hermosa.
Juntáronse los ilustres,
Y las iglesias entonan
El entierro de aquel cuerpo,
Que del cuello sangre brota.
En los hombros le reciben
Cuatro con sus cruces rojas,
Que le sirvieron en vida
Y en la muerte le dan honra.
Pusieron el cuerpo helado
Debajo una dura losa,
Y con el peso insufrible
Dió temblor la tierra toda.
Alrededor de la tumba

Arden lumbres, todos lloran
De la miseria infelice
La tragedia lastimosa.
Sollozan sus tiernos hijos,
Lamenta su triste esposa,
Y de su vertida sangre
Pide al cielo la deshonra, etc., etc.»

Acaso para los que opinan que la poesía consiste en huecos sonidos y en pomposas cláusulas, no tendrán mérito estos versos. Pero á nosotros nos hacen mucho efecto, y nos parece que están llenos de sublime sencillez, que son altamente poéticos, y que este bellísimo trozo de poesía histórica no tendría ni más vida, ni más nobleza, ni más dignidad escrito en octavas ó en tercetos.

Por no alargarnos demasiado no copiaremos algunos trozos de los romances de Bernardo del Carpio, llenos de robustez y de sensibilidad; ó de los de Arias Gonzalo, en que tan bien pintadas están la lealtad y entereza de aquel insigne castellano, de aquel desventurado padre; ó de los que refieren las bodas de D.ª Lambra con el señor de Villarén y de Barbadillo, tan llenos de interés y de vida; pues todos ellos, á pesar de la rudeza de estilo y de la estrechez del lenguaje, están rebosando poesía castiza y original.

El alcaide de Molina excita así á sus soldados á la pelea en un romance anónimo:

«Dejad la seda y brocado,
Vestid la malla y el ante,
Embrazad la adarga al pecho,
Tomad lanza y corvo alfanje.
Haced rostro á la fortuna,
Tal ocasión no se escape,

Mostrad el pecho robusto
Al furor del duro Marte.»

¿Son menos varoniles estos belicosos acentos por sonar en versos asonantados de ocho sílabas?

Léanse las maldiciones de las troyanas á Helena; la pintura del rey D. Rodrigo huyendo del desastre de Guadalete, y la lucha de D. Pedro *el Cruel* y D. Enrique, en la que

«Riñeron los dos hermanos,
Y de tal suerte riñeron,
Que fuera Caín el vivo
Á no haberlo sido el muerto.»

Recuérdense los lamentos del alcaide de Alhama cuando pierde esta fortaleza, y examínese, en fin, el razonamiento de Ruy Díaz del Vivar al Conde Lozano, desafiándolo para vengar á su ultrajado padre, y se verá hasta dónde se remonta el romance octosílabo castellano en la narración y en la expresión de los elevados y heroicos sentimientos.

¿Será necesario á un español que escribe para españoles, citar los trozos de las *Mocedades del Cid* de Guillén de Castro, del *Heraclio* de Calderón, y aun de la *Verdad sospechosa* de Alarcón, escritos en verso octosílabo asonantado, y tan hermosa y maestramente traducidos en versos franceses por el gran Corneille, el padre del Teatro francés? Pues compárense los versos castellanos con la traduc-
n, y se verá que no son en nada inferiores,
nque de romance, á los pomposos alejandri-
s en que se tradujeron, y que en éstos no

ha ganado nada la expresión de los pensamientos de nuestros autores.

Si tanta energía y sencillez ofrece el romance para los asuntos históricos, ¡cuánto se presta á la descripción poética y á los afectos blandos! No copiamos, porque es muy conocido, el bellísimo romance, ya mencionado, de Góngora á *Angélica y Medoro*, tan rico de poesía, tan armonioso, tan bien escrito. Léase esta preciosa composición, y las descripciones de las fieetas de toros y cañas en otros romances moriscos, y el tierno y apasionado de Meléndez á *Rosana en los fuegos*, y se hallará en ellos la verdadera elocución poética, y se verá que en nada ceden á las mejores composiciones que á los mismos asuntos han hecho grandes poetas en versos endecasílabos.

La poesía descriptiva que cabe en el metro que defendemos, puede verse en los versos siguientes:

«Entraron los sarracinos
En caballos alazanes,
De naranjado y de verde
Marlotas y capellares.
En las adargas tenían
Por empresas sus alfanjes,
Hechos arcos de Cupido,
Y por letra: *Fuego* y *sangre*, etc.»

Ó en aquéllos:

«Cuando las sagradas aguas
Del ancho y sagrado Betis,
Con la multitud de barcos
Con dificultad parecen;
Cuando entoldadas las popas
De juncia y de ramas verdes,
En el agua escaramuzan

A pesar de sus corrientes;
Cuando mil alegres cantos,
Que los sentidos suspenden,
Interrumpen á los vientos
Y enamoran á los peces;
Cuando en las torres más altas
Mil luminarias parecen,
Y cual veloces cometas
Atraviesan los cohetes,
Entonces, etc.»

Ó en éstos:

«Nunca las puertas de Oriente
Abrió tan hermosa el alba,
Cuando saca de alelíes
Las bellas sienes orladas.»

Ó en estos otros de Góngora:

«Mirábalo en los ramblares
Ora á caballo, ora á pie,
Rendir al fiero animal,
De las otras fieras rey.
Y con la real cabeza
Y con la espantosa piel,
Ornar de su ingrata mora
La respetada pared.»

Y en la expresión de los afectos, ya fuertes é impetuosos, ya tiernos y melancólicos, ¿qué metro aventaja al romance? No es posible expresar mejor la indignación, que lo está en el final de aquel romance del desafío del moro Tarfe:

«Esto el moro Tarfe escribe
Con tanta cólera y rabia,
Que donde pone la pluma
El delgado papel rasga.»

›tese el desorden de la armonía en este úl-
› verso.

¡Qué interesante y tierna melancolía reina en todo el romance de Góngora del *Forzado de Dragut*, que empieza:

«Amarrado al duro banco
De una galera turquesca,
Ambas manos en el remo,
Ambos ojos en la tierra, etc.»!

La tierna emoción del cautivo, que descubre desde el mar los montes y las torres de su patria, me recuerda los siguientes cuatro versos de Matos al mismo asunto en la comedia titulada *El Genízaro de Hungría*:

«Alargando iba los ojos
Hacia mi querida patria,
Adonde en prisión más dulce
Dejaba cautiva el alma.»

¿Podía escribirse mejor en endecasílabos el terrible diálogo de Focas y Astolfo en el *Heraclio* de Calderón, solicitando el tirano conocer la verdad para acabar con la sangre de su enemigo, y obligándole el leal anciano á que la respete por temor de derramar la de su propio hijo? En romance está escrito este diálogo, y seguramente al saborearlo en la escena, nadie recuerda las jácaras que acaso acaba de oir al ciego en la esquina del teatro, por más que tengan el mismo *sonsonete*. Ningún otro metro se presta tanto, por su sencillez, como el romance á expresar las sentencias morales y los grandes pensamientos filosóficos. Recordemos aquellos dos versos de Guevara:

«Que con decir que son hombres
No se disculpan los reyes.»

Ó éstos de Calderón:

«Honor..... fiero basilisco!
Que si á ti mismo te miras
Te das la muerte á ti mismo.»

Y aquellos otros:

«Hipócrita Mongibelo,
Nieve ostentas, fuego escondes;
¿Qué harán los pechos humanos,
Si saben mentir los montes?»

Y los que dicen:

«. . . . . . . que nunca tuvo
Lo no bien hecho otra enmienda
Del arrojo que lo obró,
Que el valor que lo sustenta.»

Y los que pone en boca de D. Juan Malec, en la comedia titulada *Amar después de la muerte ó el Tuzaní de las Alpujarras*, en que, refiriendo el noble anciano á sus compatriotas los moriscos la ofensa que acaban de hacerle en el Ayuntamiento, cuando va á contar que le han dado con su propio báculo un golpe afrentoso, se detiene y dice:

« . . . . Esto basta,
Que hay cosas que cuesta más
El decirlas que el pasarlas.»

Sería necesario un tomo entero para copiar todos los ejemplos de esta clase que se nos ocurren. Y otro para los que podíamos recordar de expresiones nuevas y pintorescas con que este ındo metro ha enriquecido la poesía caste- ıa. Y si lo consideramos aplicado á la sátira ˡos asuntos jocosos en manos de Góngora

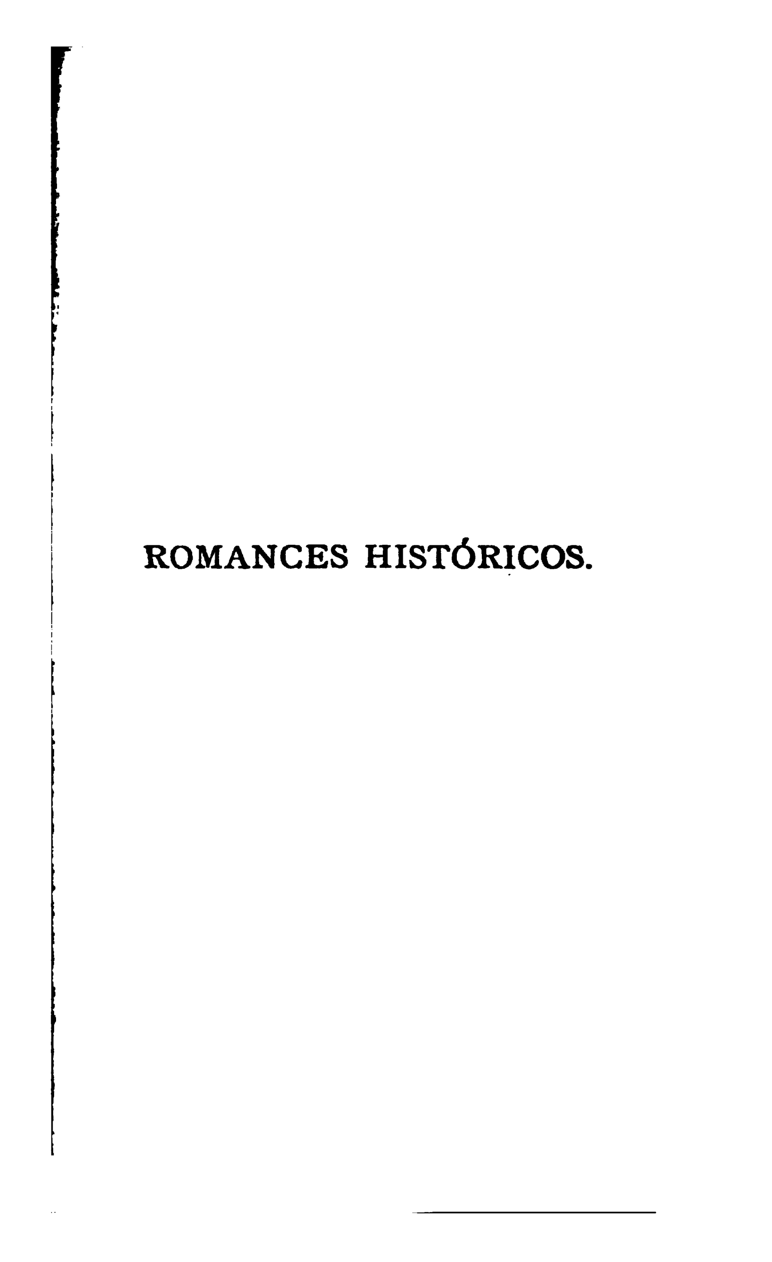
y de Quevedo, ¡cuánto podríamos citar en su abono! ¡Qué tesoro inmenso de frases felicísimas, de giros extraordinarios, de pensamientos inesperados, que en cualquier otro metro hubieran acaso perdido algo de su frescura, de su malicia y de su originalidad!

Pero basta ya, porque no hay literato alguno versado en la lectura de nuestros poetas líricos y dramáticos á quien no sean familiares los hermosos trozos de poesía, de todos los géneros y tonos, escritos en verso octosílabo asonantado, y tan apreciables, por lo menos, como cuantos se puedan citar en cualquiera otra especie de versificación.

El romance, que es el metro castizo de nuestra lengua, en el que se cantaron las hazañas de nuestros mayores, el que cultivaron y engalanaron nuestros mejores poetas, el que tan bien suena en el diálogo escénico, el que tan dócil se amolda á todos los asuntos, á todos los estilos, tan fácil, tan sonoro, asiento del asonante, primor exclusivo de nuestra hermosa lengua (debido á su variedad infinita de terminaciones, y al sonido puro, fijo, invariable de sus cinco vocales), no debe ser despreciado ni olvidado por metros y combinaciones rítmicas, que hemos tomado, ciertamente con muchas ventajas, de otro idioma. Y aunque con ellos y con ellas se ha enriquecido el nuestro, y se han escrito muchas obras admirables en todo género, no renunciemos al abundante y rico tesoro de elocución poética castellana que en los romances octosilábic poseemos, ni desechemos uno de nuestros m jores títulos á la gloria poética.

El romance, pues, tan á propósito, como dejamos repetido, para la narración y descripción, para expresar los pensamientos filosóficos y para el diálogo, debe, sobre todo, campear en la poesía histórica, en la relación de los sucesos memorables: así empezó en los siglos rudos de su nacimiento. Volverlo á su primer objeto y á su primitivo vigor y enérgica sencillez, sin olvidar los adelantos del lenguaje, del gusto y de la filosofía, y aprovechándose de todos los atavíos con que nuestros buenos ingenios lo han engalanado, sería ocupación digna de los aventajados poetas, que nunca escasean en nuestro privilegiado suelo. Con débiles fuerzas he intentado yo tan difícil é importante empresa, escribiendo esta colección de ROMANCES HISTÓRICOS, que presento al público. Mis lectores ilustrados decidirán si he logrado mi intento. Si no he sido tan dichoso, al menos habré conseguido llamar la atención sobre el romance castellano y sobre la poesía histórica á la estudiosa juventud, que con tanto aprovechamiento cultiva hoy entre nosotros la amena literatura, dando diariamente, en composiciones de mucho mérito, claras pruebas de fecundo ingenio y de brillante imaginación.





ROMANCES HISTÓRICOS.



UNA ANTIGUALLA DE SEVILLA.

Al Excmo. Sr. D. Manuel Cepero.

ROMANCE PRIMERO.

EL CANDIL.

Más ha de quinientos años,
En una torcida calle,
Que de Sevilla en el centro,
Da paso á otras principales;
Cerca de la media noche,
Cuando la ciudad más grande
Es de un grande cementerio
En silencio y paz imagen;
De dos desnudas espadas
Que trababan un combate,
Turbó el repentino encuentro
Las tinieblas impalpables.
El crujir de los aceros
Sonó por breves instantes,
Lanzando azules centellas,
Meteoro de desastres.

Y al gemido: *¡Dios me valga!*
¡Muerto soy! Y al golpe grave
De un cuerpo que á tierra vino,
El silencio y paz renacen.

Al punto una ventanilla
De un pobre casuco abren;
Y de tendones y huesos,
Sin jugo, como sin carne,
Una mano y brazo asoman,
Que sostienen por el aire
Un candil, cuyos destellos
Dan luz súbita á la calle.
En pos un rostro aparece
De gomia ó bruja espantable,
Á que otra marchita mano
Ó cubre ó da sombra en parte.
Ser dijérase la muerte
Que salía á apoderarse
De aquella víctima humana
Que acababan de inmolarle;
Ó de la eterna justicia,
De cuyas miradas nadie
Consigue ocultar un crimen,
El testigo formidable.
Pues á la llama mezquina,
Con el ambiente ondeante,

Que dando luz roja al muro
Dibujaba desiguales
Los tejados y azoteas
Sobre el obscuro celaje,
Dando fantásticas formas
Á esquinas y bocacalles,
Se vió en medio del arroyo,
Cubierto de lodo y sangre,
El negro bulto tendido
De un traspasado cadáver.
Y de pie á su frente un hombre,
Vestido negro ropaje,
Con una espada en la mano,
Roja hasta los gavilanes.
El cual en el mismo punto,
Sorprendido de encontrarse
Bañado de luz, esconde
La faz en su embozo, y parte:
Aunque no como el culpado
Que se fuga por salvarse,
Sino como el que inocente
Mueve tranquilo el pie y grave.

Al andar, sus choquezuelas
Formaban ruido notable,
Como el que forman los dados
Al confundirse y mezclarse.

Rumor de poca importancia
En la escena lamentable,
Mas de tan mágico efecto,
Y de un influjo tan grande
En la vieja, que asomaba
El rostro y luz á la calle,
Que, cual si oyera el silbido
De venenosa ceraste,
Ó crujir las negras alas
Del precipitado Arcángel,
Grita en espantoso aullido,
¡Virgen de los reyes, valme!
Suelta el candil, que en las piedras
Se apaga y aceite esparce,
Y cerrando la ventana
De un golpe, que la deshace,
Bajo su mísero lecho
Corre á tientas á ocultarse,
Tan acongojada y yerta,
Que apenas sus pulsos laten.
Por sorda y ciega haber sido
Aquellos breves instantes,
La mitad diera gustosa
De sus días miserables:
Y hubiera dado los días
De amor y dulces afanes
De su juventud, y dado
Las caricias de sus padres,
Los encantos de la cuna,
Y..... en fin, hasta lo que nadie

Enajena, la esperanza,
Bien solo de los mortales:
  Pues lo que ha visto la abruma,
Y la aterra lo que sabe,
Que hay vistas que son peligros,
Y aciertos que muerte valen.

ROMANCE SEGUNDO.

EL JUEZ.

  Las cuatro esferas doradas,
Que ensartadas en un perno,
Obra colosal de moros
Con resaltos y letreros,
  De la torre de Sevilla
Eran remate soberbio,
Do el gallardo Giraldillo
Hoy marca el mudable viento,
  (Esferas, que pocos años
Después derrumbó en el suelo
Un terremoto) brillaban
Del sol matutino al fuego,
  Cuando en una sala estrecha
Del antiguo alcázar regio,

Que entonces reedificaban
Tal cual hoy mismo lo vemos,
En un sillón de respaldo
Sentado está el rey Don Pedro,
Joven de gallardo talle,
Mas de semblante severo.
Á reverente distancia,
Una rodilla en el suelo,
Vestido de negra toga,
Blanca barba, albo cabello,
Y con la vara de alcalde
Rendida al poder supremo,
Martín Fernández Cerón
Era emblema del respeto.
Y estas palabras de entrambos
Recogió el dorado techo,
Y la tradición guardólas
Para que hoy suenen de nuevo:
«*R.*—¿Conque en medio de Sevilla
Amaneció un hombre muerto,
Y no venís á decirme
Que está ya el matador preso?
»*A.*—Señor, desde antes del alba,
En que el cadáver sangriento
Recogí, varias pesquisas
Inútilmente se han hecho.
»*R.*—Más pronta justicia, Alcalde,
Ha de haber donde yo reino,
Y á sus vigilantes ojos
Nada ha de estar encubierto.

»*A.*—Tal vez, señor, los judíos,
Tal vez los moros, sospecho.....
R.—¿Y os vais tras de las sospechas
Cuando hay un testigo, y bueno?
»¿No me habéis, alcalde, dicho,
Qne un candil se halló en el suelo
Cerca del cadáver?..... Basta,
Que el candil os diga el reo.
»*A.*—Un candil no tiene lengua.
R.—Pero tiénela su dueño,
Y á moverla se le obliga
Con las cuerdas del tormento.
»Y vive Dios que esta noche
Ha de estar en aquél puesto,
Ó vuestra cabeza, Alcalde,
Ó la cabeza del reo.»

El Rey, temblando de ira,
Del sillón se alzó de presto,
Y el juez alzóse de tierra
Temblando también de miedo.
Y haciendo una reverencia,
Y otra después, y otra luego,
Salióse á ahorcar á Sevilla,
Para salvarse, resuelto.
Síguele el Rey con los ojos,
Que estuvieran en su puesto

De un basilisco en la frente,
Según eran de siniestros;
Y de satánica risa,
Dando la expresión al gesto,
Salió detrás del Alcalde
A pasos largos y lentos.
Por el corredor estuvo
En las alcándaras viendo
Azores y gerifaltes,
Y dándoles agua y cebo.
Y con uno sobre el puño
Salió á dirigir él mesmo
Las obras de aquel palacio,
En que muestra gran empeño.
Y vió poner las portadas
De cincelados maderos,
Y él mismo dictó las letras
Que aun hoy notamos en ellos.
Después habló largo rato,
Á solas y con secreto,
Á un su privado, Juan Diente,
Diestrísimo ballestero.
Señalándole un retrato,
Busto de piedra mal hecho,
Que con corta semejanza
Labró un peregrino griego.

Fué á Triana, vió las naves
Y marítimos aprestos;
De Santa Ana entró en la iglesia
Y oró brevísimo tiempo;
Comió en la Torre del Oro,
Á las tablas jugó luego
Con Martín Gil de Alburquerque;
Á caballo dió un paseo.
Y cuando el sol descendía,
Dejando esmaltado el cielo
De rosa, morado y oro,
Con nubes de grana y fuego,
Tornó al alcázar, vistióse
Sayo pardo, manto negro,
Tomó un birrete sin plumas
Y un estoque de Toledo;
Y bajando á los jardines
Por un postigo secreto,
Do Juan Diente le esperaba
Entre murtas encubierto,
Salió solo, y esto dijo
Con recato al ballestero:
«Antes de la media noche
Todo esté cual dicho tengo.»
Cerró el postigo por fuera,
Y en el laberinto ciego
De las calles de Sevilla
Desapareció entre el pueblo.

ROMANCE TERCERO.

LA CABEZA.

Al tiempo que en el ocaso
Su eterna llama sepulta
El sol, y tierras y cielos
Con negras sombras se enlutan,
De la cárcel de Sevilla,
En una bóveda obscura,
Que una lámpara de cobre
Más bien asombra que alumbra,
Pasaba una extraña escena,
De aquellas que nos angustian
Si en horrenda pesadilla
El sueño nos la dibuja.
Pues no semejaba cosa
De este mundo, aunque se usan
En él cosas harto horrendas,
De que he presenciado muchas;
Sino cosa del infierno,
Funesta y maligna junta
De espectros y de vampiros,
Festín horrible de furias.
En un sillón, sobre gradas,
Se ve en negras vestiduras

Al buen alcalde Cerón,
Ceño grave, faz adusta.
A su lado en un bufete,
Que más parece una tumba,
Prepara un viejo Notario
Sus pergaminos y plumas.
Y de aquella estancia en medio,
De tablas con sangre sucias,
Se ve un lecho, y sus cortinas
Son cuerdas, garfios, garruchas.
En torno de él dos verdugos
De imbécil facha y robusta,
De un saco de cuero aprestan
Hierros de infaustas figuras.
Sepulcral silencio reina,
Pues solamente se escucha
El chispeo de la llama
En la lámpara que ahuma
La bóveda, y de los hierros
Que los verdugos rebuscan,
El metálico sonido
Con que se apartan y juntan.

Pronto del severo alcalde
La voz sepulcral retumba
Diciendo: «Venga el testigo
Que ha de sufrir la tortura.»

Se abrió al instante una puerta,
Por la que sale confusa
Algazara, ayes profundos
Y gemidos que espeluznan.
Y luego entre los sayones,
Esbirros y vil gentuza,
De ademanes descompuestos
Y de feroz catadura,
Una vieja miserable,
De ropa y carne desnuda,
Como un cuerpo que las hienas
Sacan de la sepultura;
Pues sólo se ve que vive
Porque flacamente lucha
Con desmayados esfuerzos,
Porque gime y porque suda.
Arrástranla los sayones;
La confortan y la ayudan
Dos religiosos franciscos,
Caladas sendas capuchas;
Y la algazara y estruendo,
Con que satánica turba
Lleva un precito á las llamas,
Por la bóveda retumba.

Un negro bulto en silencio
También entra en la confusa

Escena, y sin ser notado
Tras de un pilarón se oculta.
«Ven (grita un tosco verdugo
Con una risada aguda),
Ven á casarte conmigo,
Hecha está la cama, bruja.»
Otro, asiéndole los brazos
Con una mano más dura
Que unas tenazas, le dice:
«No volarás hoy á obscuras.»
Y otro, atándole las piernas:
«¿Y el bote con que te untas?
Sobre la escoba á caballo
No has de hacer más de las tuyas.»
Estos chistes semejaban
Los aullidos con que aguzan
La hambre los lobos, al grito
De los cuervos que barruntan
Los ya corrompidos restos
De una víctima insepulta;
La mofa con que los cafres
A su prisionero insultan.

Tienden en el triste lecho,
Ya casi, casi difunta
A la infelice; la enlazan
Con ásperas ligaduras,

Y de hierro un aparato
A su diestra mano ajustan,
Que al impulso más pequeño
Martirio espantoso anuncia.
Dice un sayón al Alcalde:
«Ya está en jaula la lechuza,
Y si aún á cantar se niega,
Yo haré que cante ó que cruja.»
Silencio el Alcalde impone;
Quédase todo en profunda
Quietud, y sólo gemidos
Casi apagados se escuchan.
«Mujer, prorrumpe Cerón,
Mujer, si vivir procuras,
Declárame cuanto viste,
Y te dará Dios ayuda.»
«Nada vi, nada, responde
La infeliz: por Santa Justa
Juro que estaba durmiendo;
Ni vi ni oí cosa alguna.»
Replicó el juez: «¡Desdichada,
Piensa, piensa lo que juras.»
Y tomando de las manos
Del Notario que le ayuda
Un candil: «Mira, prosigue,
Esta prenda que te acusa.
Dí quién la tiró á la calle,
Pues confesaste ser tuya.»
La mísera se estremece,
Trémula toda y convulsa,

Y respondió desmayada:
«El demonio fué, sin duda.»
Y tras de una breve pausa:
«Soy ciega, soy sorda y muda.
Matadme, pues; lo repito:
Ni ví ni oí cosa alguna.»
El juez entonces, de mármol,
Con la vara al lecho apunta;
Ase una cuerda el verdugo;
Rechina allá una garrucha;
La mano de la infelice
Se disloca y descoyunta,
Y al chasquido de los huesos
Un alarido se junta.
«—¡Piedad, que voy á decirlo!»
Grita con voz moribunda
La víctima, y al momento
Suspéndese la tortura.
«—Declara», el juez dice; y ella,
Cobrando un vigor que asusta,
Prorrumpe: «El Rey fué...» Y su lengua
En la garganta se anuda.
Juez, escribano, verdugos,
Todos con la faz difunta,
Oyen tal nombre temblando,
Y queda la estancia muda.

En esto el desconocido,
Que tras el pilar se oculta,
Hacia el potro del tormento
El firme paso apresura,
Haciendo sus choquezuelas,
Canillas y coyunturas,
El ruido que los dados
Cuando se chocan y juntan.
Rumor que al punto conoce
La infeliz, y se espeluzna,
Y repite: «El Rey; sus huesos
Así sonaron, no hay duda.»
Al punto se desemboza
Y la faz descubre adusta,
Y los ojos como brasas
Aquel personaje, á cuya
Presencia hincan la rodilla
Cuantos la bóveda ocupan,
Pues al rey Don Pedro todos
Conocen, y se atribulan.
Éste saca de su seno
Una bolsa, do relumbran
Cien monedas de oro, y dice:
«Toma y socórrete, bruja.
»Has dicho verdad, y sabe
Que el que á la justicia oculta
La verdad, es reo de muerte
Y cómplice de la culpa.
»Pero, pues tú la dijiste,
Vé en paz; el cielo te escuda.

Yo soy, sí, quien mató al hombre,
Mas Dios sólo á mí me juzga.
»Pero porque satisfecha
Quede la justicia augusta,
Ya la cabeza del reo
Allí escarmientos pronuncia.»
Y era así; ya colocada
Estaba la imagen suya
En la esquina do la muerte
Dió á un hombre su espada aguda.
Del Candilejo la calle
Desde entonces se intitula,
Y el busto del rey Don Pedro
Aun allí está y nos asusta.





EL ALCÁZAR DE SEVILLA.

ROMANCE PRIMERO.

Magnífico es el Alcázar
Con que se ilustra Sevilla,
Deliciosos sus jardines,
Su excelsa portada rica.
De maderos entallados
En mil labores prolijas,
Se levanta el frontispicio
De resaltadas cornisas;
Y hay en ellas un letrero
Donde, con letras antiguas,
Don Pedro hizo estos palacios
Esculpido se divisa.
Mal dicen en sus salones
Las modernas fruslerías;
Mal en sus soberbios patios
Gente sin barba y ropilla.

¡Cuántas apacibles tardes,
En la grata compañía
De chistosos sevillanos
Y de sevillanas lindas,
Recorrí aquellos verjeles,
En cuya entrada se miran
Gigantes de arrayán hechos
Con actitudes distintas!
Las adelfas y naranjos
Forman calles extendidas,
Y un obscuro laberinto
Que á los hurtos de amor brinda.
Hay en tierra surtidores
Escondidos; se improvisan,
Saltando entre los mosaicos
De pintadas piedrecillas,
Y á los forasteros mojan,
Con algazara y con risa
De los que ya escarmentados
El chasco pesado evitan.

En las tardes del estío,
Cuando al ocaso declina
El sol entre leves nubes,
Que de oro y grana matiza;
Aquel trasparente cielo
Con ráfagas purpurinas,

Cortado por un celaje
Que el céfiro manso riza;
Aquella atmósfera ardiente
En que fuego se respira,
¡Qué languidez dan al cuerpo!
¡Qué temple al alma divina!
De los baños, tan famosos
Por quien los gozó, la vista,
La del soberbio edificio,
Obra gótica y morisca,
Tétrico en partes, en partes
Alegre, y en el que indican
Los dominios diferentes,
Ya reparos, ya ruinas;
Con recuerdos y memorias
De las edades antiguas
Y de los modernos años,
Embargan la fantasía.
El azahar y los jazmines,
Que si los ojos hechizan,
Embalsaman el ambiente
Con los aromas que espiran;
De las fuentes el murmurio,
La lejana gritería
Que de la ciudad, del río,
De la alameda contigua
De Triana y de la puente
Confusa llega y perdida,
Con el són de las campanas
Que en la alta Giralda vibran;

Forman un todo encantado,
Que nunca jamás se olvida,
Y que, al recordarlo, siempre
Mi alma y corazón palpitan.

Muchas deliciosas noches,
Cuando aún ardiente latía
Mi ya helado pecho, alegres,
De concurrencia escogida
Vi aquellos salones llenos;
Y á la juventud, cuadrillas
Ó contradanzas bailando
Al són de orquestas festivas.
En las doradas techumbres
Los pasos, la charla y risas
De las parejas gallardas,
Por amor tal vez unidas,
Con el són de los violines
Confundidos se extendían,
Acordes ecos hallando
Por las esmaltadas cimbrias.

Mas ¡ay! aquellos pensiles
No he pisado un solo día,

Sin ver (¡sueños de mi mente!)
La sombra de la Padilla,
Lanzando un hondo gemido,
Cruzar leve ante mi vista,
Como un vapor, como un humo,
Que entre los árboles gira;
Ni entré en aquellos salones,
Sin figurárseme erguida,
Del fundador la fantasma
En helada sangre tinta:
Ni en el vestíbulo obscuro,
El que tiene en la cornisa
De los reyes los retratos,
El que en columnas estriba,
Al que adornan azulejos
Abajo, y esmalte arriba,
El que muestra en cada muro
Un rico balcón, y encima
El hondo artesón dorado,
Que lo corona y atrista,
Sin ver en tierra un cadáver.
Aún en las losas se mira
Una tenaz mancha obscura.....
¡Ni las edades la limpian!.....
¡Sangre!! ¡Sangre!!..... ¡Oh cielos, cuántos
Sin saber lo que es la pisan!

ROMANCE SEGUNDO.

Quinientos años más joven
Era el magnífico alcázar,
Aún lustrosas sus paredes,
Su alto almenaje sin faltas,
  Y lucientes los esmaltes
De las techumbres doradas,
Mansión del Rey de Castilla
Orgulloso se ostentaba;
  Cuando del Mayo florido
Una apacible mañana,
En aquel salón que tiene
Los balcones á la plaza,
  Dos ilustres personajes
En grande silencio estaban:
Un caballero era el uno,
El otro una hermosa dama.

  Rica berberisca alfombra,
Del Rey moro de Granada
Dón ó tributo, cubría
Las losas de aquella cuadra.

Un cortinaje de seda
Con listas y flores varias
Matizado en el Oriente,
Que galeras venecianas
(Tal vez de su Dux regalo)
Trajeron á nuestra España,
Del abierto balconaje
El radiante sol templaba.
En el testero de enfrente
De maderas cinceladas
Un rico oratorio había
Con embutidos de nácar,
Y en él la imagen devota
De la Virgen soberana,
Escultura harto mezquina,
Mas no de atractivos falta,
De la cual era el adorno
Una corona de plata
Reverberando en su cerco
Amatistas y esmeraldas.
Un manuscrito precioso
Con las oraciones santas,
Ornatos de miniatura,
Y de oro y marfil las tapas,
Colocado se veía
Sobre un atril, que formaban
De un ángel mal esculpido,
Aunque con primor, las alas;
Y de brocado de oro
En el suelo una almohada,

Mostrando, por medio hundida,
De dos rodillas la marca.
En los muros blanqueados
Con cal de Morón, de caza
Pendían varios trofeos,
Banderas y limpias armas;
Y en una mesa ó bufete,
Puesta en medio de la estancia,
Con un tapete cubierta,
Cuyos picos arrastraban,
Un templado laúd había,
Un rico juego de tablas,
Búcaros llenos de flores,
Y un cofre de filigrana.

De un balcón sentóse cerca,
Muy pensativa la dama,
En un gran sillón dorado,
Cuyo respaldo formaba
Un dosel ó guardapolvo
En una curva gallarda,
De castillos, de leones
Y de corona adornada.
Un vistoso brial de seda
Verde, y con labores varias
De sirgo y perlas, y en torno
De oro recamos y franjas,

Era su traje; una toca
Muy más que la nieve blanca,
Y un claro cendal cubrían
Sus trenzas negras y largas.
Celestial era su rostro
Y divina su garganta;
Pero del color de cera,
Que miedo y penas retrata:
Dos soles eran sus ojos
Bajo las luengas pestañas,
Donde dos perlas preciosas,
Prontas á correr, brillaban.
Era una fresca azucena,
Á quien cruda muerte amaga,
Porque un corroedor gusano
Ya su hondo cáliz desgarra.
Ora un blanco pañizuelo,
Con puntas bordado y randas,
Revolvía con las manos
Convulsas y deslustradas,
Ora absorta y distraída,
Agitaba en torno el aura
Con un precioso abanico
De ricas plumas de Arabia.

Delgado era el caballero,
De estatura no muy alta,

Vivaces ojos, la boca
Inquieta, roja la barba,
  Pálido y enjuto el rostro,
Nariz corva y afilada,
Noble su porte, y siniestras
Y terribles sus miradas.
  Envuelto en un rojo manto,
De oro bordado y con chapas,
Y una gorra en la cabeza
Puesta de lado con gracia,
  De largo á largo medía
Con pasos lentos la estancia,
Y pasiones diferentes
Su mudo rostro mostraba.
  Á veces se enrojecía,
Arrojando fieras llamas
Por los encendidos ojos,
Hechos del infierno brasas;
  Luego extendían los labios
Sonrisa feroz y amarga;
Ó en las doradas techumbres
Fijaba atroces miradas;
  Bien apresurando el curso
De pie á cabeza temblaba;
Bien repuesto proseguía
Su paso noble con calma.
  Así he visto al tigre fiero,
Ya tranquilo, ya con rabia,
Revolverse á todos lados
Dentro de la estrecha jaula.

Marchando sobre la alfombra,
No se oían sus pisadas;
Pero sordas le crujían,
Siempre que se meneaba,
Canillas y choquezuelas.
Diz que el cielo (¡cosa rara!)
De igual rumor ha dotado,
Allá en tierras muy lejanas,
Para que la evite el hombre,
Á una serpiente que llaman
De cascabel, y que al punto
Que se acerca pica y mata.
Doña María Padilla
Era la llorosa dama,
Y el callado caballero
El rey Don Pedro de España.

ROMANCE TERCERO.

Cual de solitaria torre
En torno están revolando
Fieras aves de rapiña,
Cuando el sol baja al ocaso;

Así en torno de Don Pedro
Vuelan pensamientos varios,
Cuyas sombras ofuscaban
De su semblante los rasgos.
Ya ocupa su airada mente
El poder de sus hermanos,
Á los que mató la madre,
Y á quienes llama bastardos;
Ya de los grandes inquietos
La insolencia y desacato,
Ó la mengua del tesoro
Sin medios de repararlo;
Ya la linda doña Aldonza,
A quien tiene á buen recaudo;
Ó las sangrientas fantasmas
De inocentes que ha matado;
Ya una proyectada empresa
Rompiendo la fe de un pacto,
Contra el moro granadino;
Ó una traición ó un engaño.
Mas, como las mismas aves
Se van escondiendo al cabo,
Entre las almenas rotas
Del castillo solitario,
Y sólo constante queda,
En torno de él volteando,
La más voraz, la más fuerte,
La que no admite descanso,
Así aquel tropel confuso
De pensamientos extraños,

En que se encontró Don Pedro
Envuelto pequeño rato,
  En su pecho y su cabeza
Fueron nidos encontrando,
Y quedó despierta y viva,
Dándole gran sobresalto,
  La imagen de Don Fadrique,
El mejor de sus hermanos,
Norma de los caballeros
Y Maestre de Santiago.

  Del rey de Aragón acaba
Don Fadrique el esforzado
De conquistar á Jumilla,
Con noble denuedo y brazo;
  Deja en lugar de las barras
Los castillos tremolando,
Y viene á entregar las llaves
A su Rey, señor y hermano.
  Sabe el Rey que no es rebelde,
Que es su amigo y partidario,
Y más que á Tello y á Enrique
Lo está embravecido odiando.
  Don Fadrique fué el que tuvo
De venir á Francia encargo
Por la reina doña Blanca;
Mas tardó en llevarla un año.

Con ella en Narbona estuvo.....
Y un rumor corrió entretanto
De aquellos que son ponzoña,
Ora ciertos, ora falsos.
Doña Blanca está en Medina,
Y en una torre pagando
Las tardanzas del viaje,
Las hablillas de palacio;
Y el cuello de Don Fadrique
Está en los hombros intacto,
Porque tiene gran valía,
Poder mucho y nombre claro.
Mas ¡ay de él!..... Es de las damas
El ídolo por su trato,
Por su gallarda presencia
Y por su esfuerzo bizarro;
Y si no da sombra al trono,
Porque es fiel, da, ¡mal pecado!
Al corazón duros celos;
Y esto es peor, si aquello es malo.
Doña María Padilla,
Cuyo entendimiento claro
Del regio amante penetra
Los más ocultos arcanos,
Y en quien la bondad del alma
Sobrepuja á los encantos
De su peregrino rostro
Y de su cuerpo gallardo,
Vive víctima infelice
De continuo sobresalto,

Porque al Rey ama, y le mira
Á mal fin tender el paso.
Conoce que sobre sangre,
Persecuciones y llantos
No está nunca firme un trono,
Nunca seguro un palacio,
Y tiene dos tiernas niñas
Que con otro padre acaso,
Aunque ilegítimo fruto,
Pudieran todo esperarlo.
Ve en el insigne Fadrique
Un apoyo, un partidario;
Sabe que llega á Sevilla,
Y á voces le está indicando
De su fiero amante el rostro,
Que viene en momento aciago;
Y por aquietar sospechas,
Ó darles punto más alto,
Al fin, rompiendo el silencio,
Aunque con trémulos labios,
Osó hablar, y estas palabras
Entre los dos se mezclaron:
«—¿Conque hoy llegará triunfante
Don Fadrique, vuestro hermano?
—Y por cierto que ya tarda
En llegar aquí el bastardo.
»—¡Bien os sirve!.....—Sí; en Jumilla
Como un héroe se ha portado:
—De su lealtad os da prueba;
Es muy valiente.—Lo es harto.

»—Ya estaréis, señor, seguro
De su pecho noble y franco.
—Aun más lo estaré mañana.»
Enmudecieron entrambos.

ROMANCE CUARTO.

Grande rumor se alza y cunde
De armas, caballos y pueblo
De Sevilla por las calles,
Al Maestre recibiendo.
Suenan los vivas, unidos
Con los retumbantes ecos,
Que en la altísima Giralda
Esparce el bronce hasta el cielo.
Vase acercando la turba,
Pero se la escucha menos;
Ya á la plaza de palacio
Llega, y párase en silencio;
Que la vista del Alcázar
Gozaba del privilegio
De apagar todo entusiasmo,
De convertir todo en miedo.

Quedó, pues, mudo el gentío,
Falto de acción y de aliento,
Para pisar la gran plaza
Con un mágico respeto;
Y el Maestre de Santiago,
Con algunos caballeros
De su Orden, entra, seguido
De corto acompañamiento.
Dirígese hacia la puerta,
Como aquel que va derecho
A encontrar de un buen hermano
El alma y brazos abiertos;
O como noble caudillo,
Que por sus gloriosos hechos
De un Rey á recibir llega
Los elogios y los premios.
Sobre un morcillo lozano
Que espuma respira y fuego,
Y á quien contiene la brida
Si ensoberbece el arreo,
Muéstrase el noble Fadrique
Con el blanco manto suelto,
En que el collar y cruz roja
Van su dignidad diciendo;
Y una toca de velludo
Carmesí lleva, do el viento
Agita un blanco penacho
Con borlas de oro sujeto.

Pálido como la muerte
El iracundo Don Pedro,
En cuanto entrar en la plaza
Vió al hermano desde lejos,
Como si de mármol fuera
Quedó del salón en medio,
Y en sus furibundos ojos
Ardió un relámpago horrendo;
Pero pronto en sí tornando,
Salióse del aposento,
Cual si del huésped quisiera
Buscar afable el encuentro.
Así que volver la espalda
Le vió la Padilla, lleno
El corazón de amargura
Y de llanto el rostro bello,
Alzase y sale turbada
Del balcón al antepecho,
Al gallardo Maestre indica,
Con actitudes y gesto,
Que llega en mal hora, y mueve
Por el aire el pañizuelo,
Diciéndole en mudas señas
Que se ponga en salvo luego.
Nada comprende Fadrique,
Y por saludos teniendo
Los avisos, corresponde
Cual galán y cual discreto.
Y á la ancha portada llega
Do guardias y ballesteros

Le dejan el paso libre,
Mas no entrada á su cortejo.
  Si no conoció las señas
De la Padilla, Don Pedro
Las conoció, pues paróse
Aún indeciso y suspenso
  De la cámara en la puerta
Un breve instante, y volviendo
Los ojos, vió que la dama
Agitaba el blanco lienzo.
  ¡Oh Dios! ¿Fué estaa cción tan noble,
De tan puro y santo intento,
La que llamó á los verdugos,
Y la que firmó el decreto?

  Apenas puso el Maestre,
De dos solos escuderos
Seguido, el pie, confiado,
En el vestíbulo regio,
  Donde varios hombres de armas,
Vestidos de doble hierro,
Paseándose guardaban
De la escalera el ingreso,
  Cuando á uno de los balcones,
Como aparición de infierno,
El Rey se asoma gritando:
Matad al Maestre, maceros.

Siguió como en la tormenta
El súbito rayo al trueno,
Y seis refornidas mazas
Sobre Fadrique cayeron.
Llevó la mano al estoque,
Pero en el tabardo envuelto
Halló el puño, y fué imposible
Desenredarlo tan presto.
Cayó en tierra, un mar de sangre
Del roto cráneo vertiendo,
Y lanzando un alarido
Que llegó, sin duda, al cielo.
Voló al instante la nueva
De tan horrible suceso;
Apelaron á la fuga
Los freiles y caballeros;
Huyó á esconderse en sus casas,
Temblando de horror, el pueblo,
Y del Alcázar quedaron
Los alreedores desiertos.

Diz que el ver sangre embravece
Al tigre con tanto extremo,
Que prosigue los destrozos,
Aunque ya esté satisfecho
Su vientre, porque se goza
En teñir de rojo el suelo.

Sin duda al Rey de Castilla
Le sucedía lo mesmo.
  En cuanto vió á Don Fadrique
Desplomarse en tierra yerto,
Corrió por palacio todo
Buscando á sus escuderos,
  Que, trémulos y amarillos,
De aposento en aposento,
Huyen, sin hallar amparo,
Corren, sin hallar un puerto.
  Por dicha logró fugarse
Ó esconderse el uno de ellos;
Sancho Villegas, el otro,
No fué tan feliz ó diestro.
  Viendo que el Rey le persigue,
Entróse, de espanto muerto,
Donde estaba la Padilla
Desmayada y en su lecho,
  Asistida por sus damas
Que están temblando de miedo,
Y con sus niñas al lado,
Ángeles en alma y cuerpo.
  Mirando allí el infelice
Aún perseguirle el espectro,
Que en asilos no repara,
Coge en sus brazos de presto
  Á Doña Beatriz, que apenas
Cuenta seis años completos,
Hija por quien el Rey tiene
El más cariñoso extremo.

Pero ¡ay! de nada le sirve.....
En vano allá en el desierto
Con la cruz santa se abraza
El peregrino, si recio
Brama el Sur, si arde el espacio,
Si olas de arena, creciendo
Mar espantoso, confunden
La baja tierra y el cielo.
Con la niña entre los brazos,
Y de rodillas, el pecho
Traspasóle furibunda
La daga del rey Don Pedro.

Cual si no hubiese en palacio
Nada ocurrido de nuevo,
Se asentó el Rey á la mesa,
Como acostumbra, comiendo.
Jugó en seguida á las tablas,
Salió después á paseo,
Fué á ver armar las galeras
Que han de ir á Vizcaya luego;
Y en cuanto cubrió la noche
Con su manto el hemisferio
Entró en la Torre del Oro,
Donde tiene en un encierro
Á la linda doña Aldonza,
Á la cual del monasterio

De Santa Clara ha sacado,
Y á la que idolatra ciego.
  Fué un rato á hablar en seguida
Con Leví, su tesorero,
En quien tiene su privanza
Aunque es un infame hebreo;
  Y muy tarde retiróse
Sin más acompañamiento
Que un moro, su favorito,
Hombre bajo, por supuesto.
  Entró en el tranquilo Alcázar,
Llegó al vestíbulo excelso,
Y en él paróse un instante
La vista en torno moviendo.
  Una lámpara pendiente
Del artesonado techo
En derredor derramaba
Ya sombras, y ya reflejos.
  Entre las tersas columnas
Dos hombres de armas, dos negros
Bultos paseaban solos,
Vigilantes y en silencio;
  Y en tierra aún tendido estaba,
De un lago de sangre en medio,
El maestre Don Fadrique
En su roto manto envuelto.
  Se acercó el Rey, contemplóle
Con atención un momento,
Y notando que no estaba
Del todo su hermano muerto,

Pues aún respiraba acaso
Palpitante el hondo pecho,
Le dió con el pie un empuje
Que hizo estremecer el cuerpo;
Desnudó la aguda daga,
Al moro la dió, diciendo:
Acábalo, y, sosegado,
Subió y entregóse al sueño.





EL FRATRICIDIO.

ROMANCE PRIMERO.

EL ESPAÑOL Y EL FRANCÉS.

«Mosen Beltrán, si sois noble
Doleos de mi señor,
Y deba corona y vida
Á un caballero cual vos.
»Ponedlo en cobro esta noche,
Así el cielo os dé favor;
Salvad á un Rey desdichado
Que una batalla perdió.
»Yo con la mano en mi espada,
Y la mente puesta en Dios,
En su real nombre os ofrezco,
Y ved que os lo ofrezco yo,
»En perpetuo señorío
La cumplida donación
De Soria y de Monteagudo,
De Almansa, Atienza y Serón.

»Y á más doscientas mil doblas
De oro, de ley superior,
Con el cuño de Castilla,
Con el sello de León,
»Para que paguéis la hueste
De allende que está con vos,
Y con que fundéis estado
Donde más os venga en pro.
»Socorred al rey Don Pedro
Que es legítimo, otro no;
Coronad vuestras proezas
Con tan generosa acción.»

Así cuando en Occidente,
Tras siniestro nubarrón,
Un anochecer de Marzo
Su lumbre ocultaba el sol,
Al pie del triste castillo
De Montiel, donde el pendón
Vencido del rey Don Pedro,
Aún daba á España pavor,
Men Rodríguez de Sanabria
Con Beltrán Claquín habló,
Y éste le dió por respuesta
Con francesa lengua y voz:

«Castellano caballero,
Pues hidalgo os hizo Dios,

Considerad que vasallo
Del Rey de Francia soy yo,
»Y que de él es enemigo
Don Pedro vuestro señor,
Pues en liga con ingleses
Le mueve guerra feroz.
»Considerad que sirviendo
Al infante Enrique estó,
Que le juré pleitesía,
Que gajes me da y ración.
»Mas ya que por caballero
Venís á buscarme vos,
Consultaré con los míos
Si os puedo servir ó no.
»Y como ellos me aconsejen
Que dé á don Pedro favor,
Y que sin menguar mi honra
Puedo guarecerle yo,
»En siendo la medianoche
Pondré un luciente farol
Delante de la mi tienda
Y encima de mi pendón.
»Si lo veis, luego veníos
Vuestro rey Don Pedro y vos
En sendos caballos, solos,
Sin armas y sin temor.»
Dijo el francés, y á su campo
Sin despedirse tornó,
Y en silencio hacia el castillo
Retiróse el español.

ROMANCE SEGUNDO.

EL CASTILLO.

Inútil montón de piedras,
De años y hazañas sepulcro,
Que viandantes y pastores
Miran de noche con susto,
Cuando en tus almenas rotas
Grita el cárabo nocturno,
Y recuerda las consejas
Que de ti repite el vulgo;
Escombros que han perdonado,
Para escarmiento del mundo,
La guadaña de los siglos,
El rayo del cielo justo;
Esqueleto de un gigante,
Peso de un collado inculto,
Cadáver de un delincuente
De quien fué el tiempo verdúgo;
Nido de aves de rapiña,
Y de reptiles inmundos
Vivar, y en que eres lo mismo
De lo que eras ha cien lustros;
Pregonero que publicas
Elocuente, aunque tan mudo,

Que siempre han sido los hombres
Miseria, opresión, orgullo;
De Montiel viejo castillo,
Montón de piedras y musgo,
Donde en vez de centinelas
Gritan los siniestros buhos,
¡Cuán distinto te contemplo
De lo que estabas robusto,
La noche aquella que fuiste
Del rey Don Pedro refugio!

Era una noche de Marzo,
De un Marzo invernal y crudo,
En que con negras tinieblas
Se viste el orbe de luto.
El castillo, cuya torre
Del homenaje el obscuro
Cielo taladraba altiva,
Formaba de un monte el bulto.
Sobre su almenada frente,
Por el espacio confuso,
Pesadas nubes rodaban
Del huracán al impulso.
Del huracán, que silbando
Azotaba el recio muro
Con espesa lluvia á veces,
Y con granizo menudo;

Y á veces rasgando el toldo
De nubarrones adustos,
Dos ó tres rojas estrellas,
Ojos del cielo sañudos,
Descubría amenazantes
Sobre el edificio rudo
Y sobre el vecino campo,
Del cielo entrambos insulto.
Circundaban el castillo,
Como cercan á un difunto
Las amarillas candelas,
Fogatas de triste anuncio,
Pues eran del enemigo
Vencedor, y que sañudo
El asalto preparaba
Codicioso y furibundo.

De la triste fortaleza
No aspecto de menos susto
El interior presentaba,
Último amparo y recurso
De un ejército vencido,
Desalentado, confuso;
De hambre y sed atormentado,
Y de despecho convulso.
En medio del patio ardía
Una gran lumbrada, á cuyo

Resplandor de infierno, en torno
Varios satánicos grupos
  Apiñados se veían,
En lo interno de los muros
Altas sombras proyectando
De fantásticos dibujos.
  Gente era del rey Don Pedro,
Y se mostraban los unos
De hierro y sayos vestidos,
Los otros medio desnudos.
  Allí de horrendas heridas,
Dando tristes ayes, muchos
La sangre se restañaban
Con lienzos rotos y sucios.
  Otros cantaban á un lado
Mil cánticos disolutos,
Y fanfarronas blasfemias
Lanzaba su labio inmundo.
  Allá de una res asada
Los restos fríos y crudos
Se disputaban feroces,
Esgrimiendo el hierro agudo.
  Aquí contaban agüeros
Y desastrosos anuncios,
Que escuchaban los cobardes
Pasmados y taciturnos.
  Ni los nobles caballeros
Hallan respeto ninguno,
Ni el orden y disciplina
Restablecen sus conjuros.

Nadie los portillos guarda,
Nadie vigila en los muros,
Todo es peligro y desorden,
Todo confusión y susto.
Los relinchos de caballos,
Los ayes de moribundos,
Las carcajadas, las voces,
Las blasfemias, los insultos,
El crujido de las armas,
Los varios trajes, los duros
Rostros formaban un todo
Tan horrendo y tan confuso,
Alumbrado por las llamas,
Ó escondido por el humo,
Que asemejaba una escena
Del infierno y no del mundo.

El rey Don Pedro, entretanto,
Separado de los suyos,
En una segura cuadra
Se entregó al sueño profundo.
Mientras en una alta torre,
Despreciando los impulsos
Del huracán y la lluvia,
De lealtad noble trasunto,
Men Rodríguez de Sanabria
No separaba ni un punto,

Del lado donde sus tiendas
La francesa gente puso,
Los ojos y el pensamiento,
Ansiando anhelante y mudo
Ver la señal concertada,
Astro de benigno influjo,
Norte que de sus esfuerzos
Pueda dirigir el rumbo,
Por donde su Rey consiga
De salud puerto seguro.

ROMANCE TERCERO.

EL DORMIDO.

Anuncia ya medianoche
La campana de la vela,
Cuando un farol aparece
De Claquín ante la tienda.
Y no mísero piloto
Que sobre escollos navega,
Perdido el rumbo y el norte
En noche espantosa y negra,
Ve al doblar un alta roca
Del faro amigo la estrella,

Indicándole el abrigo
De seguro puerto cerca,
  Con más placer, que Sanabria
La luz que el alma le llena
De consuelo, y que anhelante
Esperó entre las almenas.
  Latiéndole el noble pecho
Desciende súbito de ellas,
Y ciego bulto entre sombras
El corredor atraviesa.

  Sin detenerse un instante
Hasta la cámara llega
Do el rey Don Pedro descanso
Buscó por la vez postrera.
  Sólo Sanabria la llave
Tiene de la estancia regia,
Que á noble de tanta estima
Solamente el Rey la entrega.
  Cuidando de no hacer ruido
Abre la férrea puerta,
Y al penetrar sus umbrales
Súbito espanto le hiela.
  No de aquel respeto propio
De vasallo, que se acerca
A postrarse reverente
De su Rey en la presencia;

No aquél que agobiaba á todos
Los hombres de aquella era,
Al hallarse de improviso
Con el rey Don Pedro cerca,
Sino de más alto origen,
Cual si en la cámara hubiera
Una cosa inexplicable,
Sobrenatural, tremenda.

Del hogar la estancia toda
Falsa luz recibe apenas
Por las azuladas llamas
De una lumbre casi muerta.
Y los altos pilarones,
Y las sombras que proyectan
En pavimento y paredes,
Y el humo leve que vuela
Por la bóveda y los lazos
Y los mascarones de ella,
Y las armas y estandartes
Que pendientes la rodean,
Todo parece movible,
Todo de formas siniestras,
Á los trémulos respiros
De la ahogada chimenea.
Men Rodríguez de Sanabria
Al entrar en tal escena

Se siente desfallecido,
Y sus duros miembros tiemblan,
Advirtiendo que Don Pedro,
No en su lecho, sino en tierra,
Yace tendido y convulso,
Pues se mueve y se revuelca,
Con el estoque empuñado,
Medio de la vaina fuera,
Con las ropas desgarradas,
Y que solloza y se queja.
Quiere ir á darle socorro.....
Mas ¡ay!..... ¡en vano lo intenta!
En un mármol convertido
Quédase clavado en tierra,
Oyendo al Rey balbuciente,
So la infernal influencia
De ahogadora pesadilla,
Prorrumpir de esta manera:

«Doña Leonor..... ¡vil madrastra!
Quita, quita....., que me aprietas
El corazón con tus manos
De hierro encendido....., espera.
»Don Fadrique no me ahogues.....,
No me mires, que me quemas.
¡Tello!..... ¡Coronel!..... ¡Osorio!.....
¿Qué queréis? Traidores, ¡ea!

»Mil vidas os arrancara.
¿No tembláis?..... Dejadme..... afuera.
¿También tú, Blanca..... y aún tienes
Mi corona en tu cabeza.....
»Osas maldecirme? ¡Inicua!
Hasta Bermejo se acerca.....
¡Moro infame!..... Temblad todos.
Mas, ¿qué turba me rodea?.....
»Zorzo, á ellos: sus, Juan Diente.
¿Aun todos viven?..... Pues mueran.
Ved que soy el rey Don Pedro,
Dueño de vuestras cabezas.
»¡Ay, que estoy nadando en sangre!
¿Qué espadas, decid, son ésas?.....
¿Qué dogales?..... ¿Qué venenos?.....
¿Qué huesos?..... ¿Qué calaveras?.....
»Roncas trompetas escucho.....
Un ejército me cerca,
¿Y yo á pie?..... Denme un caballo
Y una lanza..... vengan, vengan.
»Un caballo y una lanza.
¿Qué es el mundo en mi presencia?
Por vengarme doy mi vida,
Por un corcel mi diadema (1).
«¿No hay quién á su Rey socorra?»
Á tal conjuro se esfuerza
Sanabria, su pasmo vence
Y exclama: «Conmigo cuenta.»

My Kingdom for a horse.—SHAKSPEARE.

Á sacar al Rey acude
De la pesadilla horrenda:
«¡Mi Rey!, ¡mi señor!», le grita,
Y lo mueve, y lo despierta.
Abre los ojos Don Pedro
Y se confunde y se aterra,
Hallándose en tal estado,
Y con un hombre tan cerca.
Mas luego que reconoce
Al noble Sanabria, alienta,
Y, «soñé que andaba á caza»,
Dice con turbada lengua.
Sudoroso, vacilante,
Se alza del suelo, se sienta
En un sillón, y pregunta:
—«¿Hay, Sanabria, alguna nueva?»
—«Señor—responde Sanabria,—
El francés hizo la seña.»
—«Pues vamos—dice Don Pedro,—
Haga el cielo lo que quiera.»

ROMANCE CUARTO.

LOS DOS HERMANOS.

De mosén Beltrán Claquín
Ante la tienda, de pronto
Páranse dos caballeros
Ocultos en los embozos.
El rey Don Pedro era el uno,
Rodríguez Sanabria el otro,
Que en la fe de un enemigo
Piensan encontrar socorro.
Con gran priesa descabalgan,
Y ya se encuentran en torno
Rodeados de franceses
Armados y silenciosos,
En cuyos cascos gascones,
Y en cuyos azules ojos
Refleja el farol, que alumbra
Cual siniestro meteoro.
Entran dentro de la tienda
Ya vacilantes, pues todo
Empiezan á verlo entonces
De aspecto siniestro y torvo.
Una lámpara de azófar
La alumbra trémula y poco;

Mas deja ver un bufete,
Un sillón de roble tosco,
  Un lecho y una armadura,
Y lo que fué más asombro,
Cuatro hombres de armas inmobles,
De acero vivos escollos.

  Don Pedro se desemboza
Y, «vamos ya», dice ronco;
Y al instante uno de aquéllos,
Con una mano de plomo,
  Que una manopla vestía
De dura malla, brioso
Ase el regio brazo y dice:
«Esperad, que será poco.»
  Al mismo tiempo á Sanabria
Por detrás sujetan otros,
Arráncanle de improviso
La espada, y cúbrenle el rostro.
  ¡Traición!..... ¡traición!..... gritan [ambos,
Luchando con noble arrojo;
Cuando entre antorchas y lanzas
En la escena entran de pronto
  Beltrán Claquín desarmado,
Y don Enrique furioso,
Cubierto de pie á cabeza
De un arnés de plata y oro,

Y ardiendo limpia en su mano
La desnuda daga, como
Arde el rayo de los cielos,
Que va á trastornar el polo.
De Don Pedro el brazo suelta
El forzudo armado; y todo
Queda en profundo silencio,
Silencio de horror y asombro.

Ni Enrique á Pedro conoce,
Ni Pedro á Enrique: apartólos
El cielo hace muchos años,
Años de agravios y enconos,
Un mar de rugiente sangre,
De huesos un promontorio,
De crímenes un abismo
Poniendo entre el uno y otro.
Don Enrique fué el primero
Que con satánico tono,
«¿Quién de estos dos es, prorrumpe,
El objeto de mis odios?»
«—Vil bastardo (le responde
Don Pedro iracundo y torvo),
Yo soy tu Rey; tiembla, aleve;
Hunde tu frente en el polvo.»
Se embisten los dos hermanos;
Y don Enrique, furioso



Como tigre embravecido,
Hiere á don Pedro en el rostro.
Don Pedro, cual león rugiente,
¡Traidor! grita; por los ojos
Lanza infernal fuego, abraza
A su armado hermano, como
A la colmena ligera
Feroz y forzudo el oso,
Y traban lucha espantosa
Que el mundo contempla absorto.
Caen al suelo, se revuelcan,
Se hieren de un lado y otro,
La tierra inundan en sangre,
Lidian cual canes rabiosos.
Se destrozan, se maldicen,
Dagas, dientes, uñas, todo
Es de aquellos dos hermanos
A saciar la furia poco.

Pedro á Enrique al cabo pone
Debajo, y se apresta ansioso,
De su crueldad ó justicia
A dar nuevo testimonio;
Cuando Claquín (¡oh desgracia!
En nuestros debates propios
Siempre ha de haber extranjeros
Que decidan á su antojo),

Cuando Claquín, trastornando
La suerte, llega de pronto,
Sujeta á don Pedro, y pone
Sobre él á Enrique alevoso,
Diciendo el aventurero
De tal maldad en abono:
«Sirvo en esto á mi señor;
Ni rey quito, ni rey pongo.»
No duró más el combate;
De su rey en lo más hondo
Del corazón, la corona
Busca Enrique, hunde hasta el pomo
El acero fratricida,
Y con él el puño todo
Para asegurarse de ella,
Para agarrarla furioso.
Y la sacó..... goteando
¡¡¡Sangre!!!..... De funesto gozo
Retumbó en el campo un *viva*,
Y el infierno repitiólo.





DON ÁLVARO DE LUNA.

ROMANCE PRIMERO.

LA VENTA.

En la ruta de Portillo
Y en las márgenes del Duero,
Hubo (aun escombros lo dicen)
Una venta en otro tiempo.
Á su puerta una mañana
Estaba sentado un lego
De San Francisco, tres mulas
De los ronzales teniendo.
De la venta en la cocina
Se hallaban dos reverendos,
De una sartén apurando
Magras con tomate y huevos.
De maestresala servía
Sin caperuza el ventero,
Que solícito llenaba
Las tazas del vino añejo.

Era el uno el padre Espina,
Predicador del convento
Del Abrojo; el otro un fraile
Anciano, de ciencia y peso.

Aunque con buen apetito,
Mustios ambos y en silencio
Se mostraban, cuando el huésped
Les habló así con respeto:
«¿Es verdad, benditos padres,
Que el Condestable está preso?.....
Anoche dió esta noticia,
Que nos pasmó, un caballero.»
Contestóle el religioso:
«Pues no os engañó, que es cierto.»
Y continuó el padre Espina;
«Sí, desgaños son éstos
»Que avisan á los mortales
De que son perecederos
Los bienes que nos da el mundo,
Y su grandeza embeleco.»
El villano, sin turbarse,
Le cortó el sermón diciendo:
«Y también de que castiga
Sin palo ni piedra el cielo.
»Aun está fresca la sangre
De Alonso López Vivero.

Yo estaba al pie de la torre
Cuando el Condestable mesmo
»Lo arrojó de ella; y he visto
De oro las cargas á cientos
Entrar allá en su palacio.
Dicen también, y lo creo,
»Que hechizado al Rey tenía,
Y aún añaden.....—No debemos,
Dijo grave el religioso,
Dar á hablilla tal acceso.»

La ventera, que hasta entonces
Se estuvo callada al fuego,
Con la mano en la mejilla
Mostrando gran sentimiento,
Y que era, aunque no muy verde,
Fresca y limpia con extremo,
Abultada de pechera
Y con grandes ojos negros,
Saltó súbita: «Envidiosos,
Que no sirven, ni por pienso,
Para descalzarle, han sido
Los que en trance tal le han puesto.»
Díjole el marido: «Calla»,
Y ella respondió: «No quiero.....
¡Qué señor tan llano!..... ¡Parte
El corazón!..... Mes y medio

»Hace que le vimos todos
Tan galán, en el festejo
Que se celebró en la plaza
De Valladolid..... ¡Qué diestro!
¡Qué valiente! ¡Qué gallardo!
Fué el único del torneo.»
«—Calla», con cólera grande
Volvió á decir el ventero;
Y ella, en vez de obedecerle,
Á continuar: «¡Qué discreto!
El oirle daba gusto.....
Alfonso López Vivero
»Era un vil, que lo vendía.....»
«—Calla», repitió de nuevo
Más airado el hombre; y ella:
«No me da la gana: cierto
»Es cuanto digo..... El tesoro
Lo ganó en la guerra, ó premio
Es que el Rey le ha dado en paga
De servicios que la ha hecho.
»La Reina y los ricoshombres,
Revoltosos y soberbios.....»
«—Maldita tu lengua sea,
Clamó furioso el ventero.
»Tú, porque allá te criaste
En su palacio, y..... yo necio!»
Y ella prosiguió llorando:
«La tonta fuí yo, mostrenco.»
Iban en el matrimonio
A poner paz y concierto

Los padres, cuando, *ya llegan*,
Gritó desde fuera el lego;
Y dejando á los esposos,
Que sin duda prosiguiendo
La disputa, la acabaron
Á puñadas, según temo,
Fuéronse á la puerta al punto,
Sobre sus mulas subieron,
Y aquella venta dejaron
Hecha un abreviado infierno.

ROMANCE SEGUNDO.

EL CAMINO.

Se alza una nube de polvo
De lejos por el camino,
Y al tropel que la levanta
Borra y tiene confundido.
En ella relampaguean
Reflejos de acero limpio,
Y forman un trueno sordo
Herraduras y relinchos.

Dando lugar á que lleguen
Los religiosos franciscos,
Á lento paso se ponen
Y atrás miran de continuo.

Se acerca gran cabalgada,
Y vese claro y distinto
Que Diego Estúñiga, el joven,
Es de ella jefe y caudillo.
En un alazán fogoso
Viene, de hierro vestido,
La gruesa lanza en la cuja,
La luenga espada en el cinto,
Un penacho jalde y negro,
Cual matorral sobre un risco,
Ondea sobre su almete,
Y da al sol variados visos.
El ancho plateado escudo,
De una cadena ceñido,
Ostenta la banda negra,
Timbre de su casa antiguo.
Vienen tras él diez jinetes,
De la cimera al estribo,
Armados de punta en blanco,
Y en las lanzas pendoncillos.
Marchan todos en silencio,
Y en todos el sobrescrito

De gran duelo y gran tristeza
Se ve de ballesta á tiro.
Se dijera ser la escolta,
No de un caballero vivo,
Sí de un caballero muerto
Que iba al postrimer asilo.
En medio de ellos venía,
Cabizbajo y abatido,
Caballero en una mula
Con jaeces harto ricos,
Un insigne personaje
De aspecto notable y digno,
De estatura no muy alta,
Pero gallarda y de brío.
Un sayo de paño verde
Con franjas de oro guarnido
Es su traje, y lleva al hombro,
Más blanco que los armiños,
Un gran manto, en cuyos pliegues
La cruz roja, distintivo
De Maestre de Santiago,
Luce en recamo prolijo;
Y una toca de velludo
Negro con bordados picos,
Mas sin airón ni garzota,
Es de su cabeza abrigo.
Era su mirar resuelto,
Bien que apagado y sombrío,
Y su aire tan de persona
De poder y de dominio,

Que por más que se notaba
Ser un preso, descubrirlo
Sin sentir, era imposible,
Cierto respeto sumiso.
Don Álvaro era de Luna,
Del rey Don Juan favorito,
Que á Castilla largos años
Rigió sin freno á su arbitrio.

Cuando emparejó la tropa
Con los dos padres franciscos,
Paráronse éstos, y humildes
Saludo cortés y fino
Hicieron al Condestable,
De quien eran muy amigos.
Don Álvaro contestóles
Tan galán como expresivo.
Ellos en la armada escolta
Se ingirieron de improviso,
Tomando del gran Maestre
Á uno y otro lado sitio.
Largo rato caminaron
Todos en silencio hundidos;
Pero al cabo el padre Espina
Se resolvió, y así dijo:
«En verdad, señor, que valen
Poco del mundo mezquino



Las honras y los haberes
Para el varón de juicio.
»El hombre cristiano y cuerdo
Debe hacia norte más fijo
Encaminar su esperanza,
Servir sólo á Dios benigno.
»Lo que nos da, lo mantiene,
Y al que busca en él asilo,
Para siempre se lo acuerda
En eterno paraíso.»
Con grande atención escucha
Tan saludables avisos
Don Alvaro, que engañado
Juzgó, al salir de Portillo,
Que iba á recobrar honores,
Favor, riqueza y dominio;
Y entreviendo en el instante
Su verdadero destino,
Se estremeció á pesar suyo,
Cubrióse de sudor frío,
Y, «¿voy á morir acaso?»
Preguntó como indeciso.
Contestóle el religioso:
«Todos, mientras somos vivos,
Vamos á morir. El hombre
Que va preso..... en más peligro.....»
«—Basta», exclamó el Condestable;
Y dando á su aspecto altivo
Gran dignidad y gran calma,
Y al semblante noble brillo,

«Basta, siguió; no es la muerte,
Cuando se sabe de fijo
Que llega, tan espantosa
Como el vulgo vil ha dicho.
»Venga, pues: si el Rey lo quiere,
Yo con gusto la recibo.
Padres, hasta el duro trance
No me dejéis, os suplico.»
Oyendo tales razones
Lloró Estúñiga escondido
En su celada, y lloraron
Hasta los armados mismos.
Ambos buenos religiosos
Cumplieron bien con su oficio,
Consolando al Condestable
Con discreción y con tino;
Y él, oyéndolos atento,
Siguió la marcha tranquilo,
Sin dar de dolor ni susto
En su noble rostro viso.

ROMANCE TERCERO.

LAS CALLES.—LA CAPILLA.—EL PALACIO.

Para quien al día siguiente
Mira la muerte segura,
El declinar de la tarde
Solemnidad tiene mucha.
En el sol, que va á ponerse,
Y espeso vapor ofusca
(Semejante á un rey que el trono
A su pesar desocupa,
Y dignidad conservando
Del mundo huye, y se sepulta
Donde los hombres no adviertan
Su dolor y desventuras),
Con honda atención los ojos
Clavó don Alvar de Luna.
Así que lo vió traspuesto
Lanzó un suspiro de angustia,
Como el que lanza el amante,
Cuando el horizonte oculta
El bajel, en que su amada
Los desiertos mares surca
Para no volver. Ansioso
Lleva sus miradas mudas

A los montes apartados,
Cuyas cumbres aún relumbran,
A los ya enlutados bosques,
A las calladas llanuras,
A los altos campanarios
Que entre nieblas se dibujan.
Retardar el despedirse
De la perspectiva augusta
Que presenta el universo,
Parece que sólo busca.
Y al notar que poco á poco
La luz menguante y confusa
Del crepúsculo confunde
La escena que le circunda,
Piensa ya ver de la muerte
La terrible sombra, en cuya
Obscuridad para siempre
Corre á hundirse, y se atribula.
Sus pensamientos penetran
Los doctos frailes, y endulzan
Con eternas esperanzas
Su meditación profunda.

Entre dos luces llegaron
A Valladolid, y turba
Desordenada en las calles
Con sordo rumor circula.
De Alonso López Vivero
Por la calle y casa cruzan,

Donve viven sus criados,
Donde llora su viuda.
Aquéllos, como canalla
Que si al poderoso adula,
En cuanto le ve caído
Feroz le escarnece y burla,
De la cabalgada el paso
Atajan con negra furia,
Y con denuestos y voces
Al ilustre preso insultan.
Éste furioso (presente
El tiempo pasado juzga,
Que aún conserva el poderío,
Que aún domina á la fortuna)
Lleva soberbio la mano
A buscar en su cintura
La guarnición de la espada.....
Mas ¡ay! en vano la busca.
Va preso....., espada no lleva.....
¡Ah!..... Lo advierte, y furibunda
Mirada va á dar al cielo;
Mas se anonada y conturba.
Queda con los ojos fijos,
Parece su faz difunta;
Tiembla, y en sudor helado
Sus miembros todos se inundan.
Delante se halla un espectro.....
¡Un espectro!..... Sí: la mula
Algo ve también; esquiva
Se recela, empina y bufa.

¿De Alonso López Vivero
Ha salido de la tumba
La sombra? De que el Maestre
Ante sí la vió, no hay duda.
En confesión se lo dijo
Aquella noche con muchas
Lágrimas al padre Espina.....
De Dios la venganza es justa.
Con el cuento de la lanza
A palos abre la turba
Estúñiga denodado,
Y la atropella y asusta;
Y en salvo al ilustre preso
Condujo á la casa suya,
En que estaba preparada
Una capilla segura,
Donde pasó el Condestable
Con la espiritual ayuda
Noche serena, pidiendo
A Dios perdón de sus culpas.
Cenó, durmió cortos ratos,
Repitió también algunas
Trovas del famoso Mena,
Que pintan como locuras
Las mundanas ambiciones:
Oró con fervor; en suma,
Fué un cristiano, un caballero,
Un hombre de fe y de alcurnia.

Entretanto, el que parece
Ser el reo, á quien la dura
Sentencia estaba leída,
Y á quien la cuchilla aguda
Del verdugo amenazaba,
Era el Rey..... ¡Mísero! lucha,
Náufrago desventurado,
En airado mar de angustias.
Ama á Don Alvaro, mira
Su sentencia como injusta;
De la Reina y de los Grandes
Se la ha arrancado la furia.
Que su trono se desploma,
Y hasta su existencia juzga,
Y que, al morir el Maestre,
Abrazadas irán juntas
El alma de aquel amigo
Y el alma afligida suya.
¡Grande mal es la flaqueza
En hombre que cetro empuña!
Revolcándose en su lecho,
Rasgando sus vestiduras,
Paseándose sin tino
Por la cámara, que alumbra
Una lámpara medrosa,
Que en el cortinaje abulta
Vagas sombras..... ¡infelice!
¡Qué noche pasó!..... Que ocupa
Ve un rincón de aquella sala,
De pie con la boca muda,

Su físico Fernán Gómez.
A él se va, las manos juntas,
  Y suplicante le dice:
«Si es que mi salud procuras,
Anda á ver al Condestable
Así Dios te dé su ayuda.»
  El bachiller respondióle:
«Le debo mercedes muchas,
Perdone vueseñoría,
No oso verle en tal angustia.»
  Conmovido el Rey, en llanto
Rompió y en voces confusas,
Que el alma á Gómez partieron,
Según dicen cartas suyas.

  Entró al estruendo la Reina
En la cámara, cual una
Aparición, como maga
Que viene á doblar astuta
  Los encantos y conjuros
Con que alto preso asegura,
Y con que la empresa afirma,
De que pende su fortuna.
  Calló el Rey, quedó de mármol
Al verla: ella le pregunta:
«¿Qué es esto?» Y oyendo, «Nada»,
Retiróse muy adusta.



Largo rato el Rey estuvo,
Cual ligado por la oculta
Fuerza del prestigio. Luego
Torna á más reñida pugna
De afectos: la amistad vence,
Llama con voz resoluta
A Solís, su maestresala,
Dícele: «Al momento busca
»A Diego Estúñiga, y dile.....»
En su garganta se anuda
La voz, porque entra la Reina
Otra vez..... calla y trasuda.
La Reina á Solís llevóse,
Y el Rey abrió con presura
El balcón, cual si quisiese
Gozar del aura nocturna:
Y el trono, cetro y corona
Maldiciendo en voces mudas,
Ojos de lágrimas llenos
Clavó en la menguante luna.

ROMANCE CUARTO.

LA PLAZA.

Mediada está la mañana;
Ya el fatal momento llega,
Y Don Álvaro de Luna
Sin turbarse oye la seña.
Recibe la Eucaristía,
Y en Dios la esperanza puesta,
Sereno baja á la calle,
Donde la escolta le espera.
Cabalga sobre su mula,
Que adorna gualdrapa negra,
Y tan airoso cabalga,
Cual para batalla ó fiesta.
Un sayo de paño negro,
Sin insignia ni venera,
Es su traje, y con el garbo
Que un manto triunfal, lo lleva;
Y sin toca ni birrete,
Ni otro adorno, descubierta,
Bien aliñado el cabello,
La levantada cabeza.
Los dos padres franciscanos
Se asen de las estriberas,
Y hombres de armas en buen orden
Le custodian y le cercan.



Así camina el Maestre,
Con tan gallarda presencia
Y con tan sereno rostro,
Que impone á cuantos le encuentran.
Sus enemigos no osan
Clavar la vista soberbia
En él, como consternados
Ya de su venganza horrenda:
Sus partidarios parecen
Decirle con mudas lenguas,
Que aún morirán por salvarle
Y encenderán civil guerra.
Y aquel silencio terrible
Por todas las calles reina,
Que ó gran terror, ó despecho
Grande siempre manifiesta.
Silencio que solamente
De cuando en cuando se quiebra
Con la voz del pregonero,
Que á los más valientes hiela,
Diciendo: *Esta es la justicia*
Que facer el Rey ordena
Á este usurbador tirano
De su corona y su hacienda.
Siempre que oye el Condestable
Este vil pregón, aprieta
La mano del padre Espina,
Que en voz sumisa le esfuerza.

Arriba á la triste plaza,
Que ha pocos días le viera
Tan galán en el torneo,
Con tal poder y opulencia.
El apretado concurso
El cuadrado espacio llena;
Vese una masa compacta
De rostros y de cabezas;
Parece que el pavimento
Se ha elevado de la tierra,
Ó que casas y palacios,
Su basa han hundido en ella.
Un callejón, que tapiales
De hombres apiñados cierran,
Sirviéndole de linderos
Lanzas en vez de arboleda,
Ofrece paso hasta donde
Lecho de muerte descuella,
En mitad del gran gentío,
Que como la mar olea.
El reducido tablado
Enlutado con bayetas,
Una gran tumba parece
Que el pueblo en hombros sustenta.
Sobre él está colocado
Un altar á la derecha,
De terciopelo vestido;
Y entre amarillas candelas,
Cuya luz el sol deslustra
Y arder el viento no deja,



Un crucifijo de plata
En cruz de ébano campea.
Yace un ataúd humilde
Colocado á la izquierda:
Cerca de él se ve una escarpia
En un pilar de madera;
Y en medio, de firme, un tajo,
Delante una almohada negra,
Y una hacha, en cuya cuchilla
Los rayos del sol reflejan.

Al pie del cadalso el reo
De la alta mula se apea:
Fervoroso el padre Espina
Con él sube y no le deja.
De pie ya sobre el tablado
Tres personas se presentan
Á las medrosas miradas
De la muchedumbre inmensa:
El ministro de la muerte,
El que lo es de vida eterna,
Y el que, dando al uno el cuerpo,
Al otro el alma encomienda.
Turbado el tosco verdugo
De atreverse á tal alteza,
Necio terror da á su frente
Que cubre jalde montera.

El religioso metido
En su capucha, se queda
De mármol, cruza los brazos,
Y con fervor mudo reza.

El Condestable, sereno,
El pie al crucifijo besa,
Y luego tiende los ojos
Por la turba que le observa;
Y viendo junto al tablado
En actitud lastimera
A Morales, su escudero,
Hecho de lealtad emblema,
Le llama; de oro un anillo,
Que el sello de sellar era
De su puridad las cartas,
Del pulgar quita, y le entrega,
Diciéndole: «Amigo, toma,
Ya no conservo otra prenda.»
Después atisbó á Barrasa,
Paje del Príncipe, cerca,
Y así le habló en voz sonora:
«Dile á tu dueño, que vea
De dar á los que le sirvan,
Otra mejor recompensa.»
Viendo el pilar y la escarpia,
«¿Para qué?» pregunta. Tiembla

El sayón, y le responde,
Hablar no osando, por señas.
  Y prosiguió el Condestable
Con una sonrisa acerba:
«Después de yo degollado,
Nada son cuerpo y cabeza.»
  Entonces el padre Espina
Que piense sólo, le ruega,
En Dios; y él, «Padre, es mi norte
Y mi esperanza», contesta.
  Se ajusta el traje, descubre
La garganta, ve que llega
El verdugo para atarle
Las manos con una cuerda;
  Saca del seno una cinta
Labrada con oro y seda,
Y, «Atalas, le dice, amigo,
Si es necesario, con ésta.»
  De hinojos en la almohada
Se pone, el cuello presenta,
El religioso le grita:
«Dios te abre los brazos, vuela.»
  El hacha cae como un rayo,
Salta la insigne cabeza,
Se alza universal gemido,
Y tres campanadas suenan.

París, 1833.







RECUERDOS
DE UN GRANDE HOMBRE.

Á mi sobrino el excelentísimo Sr. D. Cristóbal Colón y La-Cerda, Marqués de la Jamaica.

ROMANCE PRIMERO.

EL NIÑO HAMBRIENTO.

Á media legua de Palos,
Sobre una mansa colina,
Que dominando los mares
Está de pinos vestida,
De la Rábida el convento,
Fundación de orden francisca,
Descuella desierto, solo,
Desmantelado, en ruinas.
No por la mano del tiempo,
Aunque es obra muy antigua,
Sino por la infame mano
De revueltas y codicias,

Que á la nación envilecen
Y al pueblo desmoralizan,
Destruyendo sus blasones,
Robándole sus doctrinas.
De este olvidado convento,
Ante la portada misma,
En la llana plataforma,
Sitio de admirable vista,
Una mañana de Marzo,
Mientras que solemne misa
En la iglesia se cantaba
Y escaso concurso oía,
Tres y medio siglos hace,
Para gloria de Castilla,
Apareció un extranjero
De presencia extraña y digna.
En aquel punto acababa
De llegar allí; vestía
Justillo de roja tela,
Aunque usada y vieja, fina;
Un manto de lana pardo
Con mangotes y capilla,
Un birrete de velludo,
Y de orejeras caídas,
Unas portuguesas botas,
Más enlodadas que limpias.
Y bajo el brazo pendiente
Un zurrón, saco ó mochila,
Donde un pequeño astrolabio,
Una brújula marina,

Un libro de devociones
Y unos pergaminos iban.
  Despejada era su frente,
Penetrante era su vista,
Su nariz algo aguileña,
Su boca muy expresiva;
  Proporcionados sus miembros,
Y su edad, si no florida,
Tampoco tan avanzada
Que llegase á estar marchita.

  Con el cariño de padre,
De la mano conducía
Un cansado y tierno niño,
De belleza peregrina.
  Pues en su cándido rostro
De rosa y jazmín lucían
Dos nobles ojos azules,
Llenos de inocencia y vida;
  Y desde su ebúrnea frente
Por su cuello descendían
Los cabellos anillados,
Que el sol miró con envidia.
  Ser dijérase el modelo
Que de Urbino el gran artista,
En los ángeles copiaba,
Que tanto encanto respiran.

Y de su gallardo padre
Á la sombra, parecía
Un lirio fresco y lozano
Que nace al pie de una encina.

Este extraño personaje,
Con esta criatura linda,
Taciturno paseaba
Con facha contemplativa.
Ora por el mar de Atlante
Que rizaban frescas brisas,
Como buscando una senda
Giraba ansioso la vista.
Ora allá en el horizonte
De Occidente la ponía,
Cual si algún objeto viera,
Inmóvil, clavada, fija.
Y ya al cielo una mirada
De entusiasmo y de fe viva
Daba, animando su rostro
Una inspirada sonrisa;
Y ya de pronto, inclinando
La frente á tierra, teñían
Melancólicos colores
Sus deslustradas mejillas.
De sus hondos pensamientos
Y de su inquietud continua,

Sacóle la voz del niño
Que pan y agua le pedía:
  Pues en cuanto oyó su acento
Y vió su aflicción, se inclina,
Tierno le toma en los brazos,
Lo consuela, lo acaricia,
  Y diligente se acerca
Á la abierta portería,
Á demandar el socorro
Que aquel ángel necesita.
  Recíbele afable un lego,
Que éntre en el claustro le indica,
Y que en un escaño espere
Mientras él va á la cocina.

  Fray Juan Pérez de Marchena,
Guardián entonces por dicha,
Junto á los viajeros pasa
Volviendo de decir misa;
  Y curioso contemplando
Su apariencia peregrina,
Informóse del socorro
Que cortésmente pedían.
  Y por un secreto impulso
Que en favor de ellos le anima,
Inspiración de los cielos
Que su nombre inmortaliza,

Ó porque era religioso
De caridad y de eximia
Virtud, y muy compasivo
Con cuantos allí venían,
Á aquellos huéspedes ruega
Que en su pobre celda admitan,
Parte de su escaso almuerzo
Y descanso á sus fatigas.
Aceptado fué el convite,
Y por la escalera arriba,
El religioso delante
Y el hijo y padre en pos iban,
Formando un sencillo cuadro.
Cuyo asunto ser dirían,
El talento y la inocencia
Con la religión por guía.

———•———

ROMANCE SEGUNDO.

———

EL ALMUERZO.

En el estrecho recinto
De una franciscana celda,
Cómoda, aunque humilde y pobre,
Y de extremada limpieza,

De la Rábida el prelado
Con sus dos huéspedes entra,
Y después que sendas sillas
Les ofrece y les presenta,
Abre franco y obsequioso
Una mezquina alacena,
De donde bizcochos saca,
Una redoma ó botella
Del vino más excelente
Que da el condado de Niebla,
Aceitunas, pan y queso,
Y tres limpias servilletas,
Acomodándolo todo
En una redonda mesa,
No lejos de la ventana
Que daba vista á la huerta.
En seguida llama al lego,
Y que al punto traiga, ordena,
Huevos con magras adunia,
Y chanfaina si está hecha.
Encargándole que todo
Caliente y sabroso venga,
Que no charle en la cocina,
Ni se eternice y se duerma.

Dadas sus disposiciones,
Al extranjero se acerca

(Que por tal le ha conocido
En el porte, traje y lengua),
Con una taza le brinda,
Y al niño que tome ruega
Un bizcocho, que le alarga,
Y lo acaricia y lo besa.
Bebe el huésped, luego bebe
Fray Juan Pérez de Marchena;
Y el niño come el bizcocho,
Toma un sorbo de agua fresca,
Y con el zurrón que el padre
Se ha quitado, y puesto en tierra,
Sacando cuanto contiene
Vivaracho travesea.
El Guardián varias preguntas
Hace al extranjero, acerca
De su patria, de su estado,
Y del arte que profesa,
Aunque aquellos instrumentos
Con que la criatura juega,
Que le son muy familiares,
Ya casi se lo revelan.
Que es genovés y viudo
Atento el huésped contesta;
Que es navegar su ejercicio,
Y de piloto su ciencia.
Y así como una vasija
Que está rebosante y llena
De un líquido, algo derrama
A muy poco que la muevan,

Dió indicios claros, patentes,
En sus fáciles respuestas,
De aquel grande pensamiento,
Portentoso, que le alienta,
Que exclusivo su alma absorbe,
Que es la sangre de sus venas,
Que es el aire que respira,
Que es ya toda su existencia,
Y que causó los extremos
Que delante de la iglesia,
El mar contemplando, hizo,
Como referidos quedan.
Que el Occidente escondía,
Dijo, riquísimas tierras;
Que era el ancho mar de Atlante
De la gran Tartaria senda,
Y que dar la vuelta al mundo
Para él cosa fácil era;
Con otras raras especies
Tan inauditas, tan nuevas,
Que al escucharle, pasmado
Fray Juan Pérez de Marchena
(Aunque á osados mareantes
Hablaba con gran frecuencia,
Por haber muchos en Palos,
Y aunque sabe las proezas
Y raros descubrimientos
De las naves portuguesas),
No acierta si está escuchando
A un orate ó á un profeta,

Si es un ángel ó un demonio
El hombre que está en su celda.
  Mudo se alza; llama al lego,
Y que busque á toda priesa
Le manda á Garci-Fernández,
Que estaba ha poco en la iglesia.
  No tardó Garci-Fernández
En presentarse en la escena
Con el lego, que el almuerzo
Colocó sobre la mesa.
  Era médico de Palos,
Hombre docto y de experiencia,
De sagacidad y astucia,
De malicia y de reserva.
  Viejo y magro, pero fuerte,
Mellado, la cara seca,
Calvo, la barba entrecana
Y la tez tosca y morena.
  De estezado una ropilla,
Calzas de burda estameña,
La capa de pardo monte,
Y el sombrero de alas luengas,
  Era su traje. La mano
Y el hábito al fraile besa,
Y al incógnito saluda
Con curiosidad inquieta.

El médico, el extranjero
Y el padre Guardián se sientan,
Dando al almuerzo principio,
Y mutuamente se observan.
Pero el silencio interrumpe,
Después de haber hecho seña
Al sagaz Garci-Fernández,
Fray Juan Pérez, y comienza
A hablar de navegaciones
Y desconocidas tierras,
Preguntándole á su huésped
Su parecer sobre ellas.
Fué bastante haber tocado
Con sagacidad la tecla,
La facilidad verbosa
Del genovés se desplega.
Y con aquellas razones
De convencimiento llenas,
Con que se sienta y sostiene
Lo que se sabe de veras,
Sus inspiraciones pinta,
Sus observaciones cuenta,
Su sistema desenvuelve,
Sus proyectos manifiesta.
Recurre á sus pergaminos,
Los desarrolla, y enseña
Cartas que él mismo ha trazado
De navegar, mas tan nuevas,
Y, según él las explica,
En cosmográfica ciencia

Demostrándose eminente,
Tan seguras y tan ciertas,
Que el pasmo del religioso
Y su indecisión aumentan,
Mientras al médico encantan,
Le convencen y embelesan.
De aquel ente extraordinario
Crece la sabia elocuencia,
Notando que es comprendido,
Y de entusiasmo se llena.
Se agranda, brillan sus ojos
Cual rutilantes estrellas;
Brotan sus labios un río
De científicas ideas;
No es ya un mortal, es un ángel,
De Dios un nuncio en la tierra,
Un refulgente destello
De la sabia omnipotencia.
Comunica su entusiasmo,
Que el entusiasmo se pega,
A los que atentos lo escuchan,
A los que mudos lo observan.
El médico, el religioso,
Y hasta el lego que á la mesa
Sirve, y ha escuchado inmoble,
Y con tanta boca abierta,
Mas sin entender palabra,
En entusiasmo se queman,
Y de haber visto aquel día
Dan gracias á Dios sus lenguas.

Y piden que luego, luego,
Se lleve á cabo la empresa,
Y quieren ir, y una parte
Tener en las glorias de ella.
Y ya se ven en los mares,
Y ya en ignoradas tierras,
Y ya el asombro del mundo
Con nombre y con fama eterna.
Formando la celda un cuadro
Digno de que en él hubieran
Ó Zurbarán ó Velázquez
Apurado sus paletas.

Mas ¡ay! pronto de aquel cielo
De ilusiones halagüeñas,
Bajan á lo positivo
De la miserable tierra;
Cuando en sí mismos volviendo
Reconocen su impotencia,
Y los elementos grandes
Que ha menester tal empresa.
Se hallan como el desdichado
Que en pobre lecho despierta,
Cuando soñaba que un trono
Era poco á su grandeza.
Pues de un obscuro piloto
Volviendo á entrar en la esfera

El genovés, abatido,
Les refiere su pobreza;
Que no han querido ayudarle
Ni su patria ni Venecia;
Que la corte de Lisboa
Se burla de sus propuestas;
Que los sabios no le entienden,
Que los ricos le desprecian,
Que los nobles no le escuchan,
Que el vulgo le vilipendia.
Mas como después añade
Que aún la esperanza le alienta
De encontrar grata acogida
En el Rey de la Inglaterra,
Donde ya tiene un hermano
Con proposiciones hechas,
Y que él mismo, á acalorarlas,
Ir allá muy pronto piensa,
El amor patrio, más puro
En las españolas venas
Del médico y del prelado,
Se inflama y súbito truena,
Pues unánimes prorrumpen:
«De España la gloria sea;
No busquéis lejanos reinos
Cuando el mejor se os presenta,
»Y el que sediento de gloria
Más imposibles anhela.
Corred, buscad el apoyo
De la castellana Reina,

»De doña Isabel invicta,
Que es la más grande Princesa
Que han admirado los siglos,
Y que ha ceñido diadema.»
De los dos el entusiasmo
También á su vez se pega
Al genovés, y aquel nombre,
Pronunciado con tal fuerza
Por el físico y el fraile,
El alma y pecho le llenan
De esperanza tan vehemente,
Que sus planes desconcierta.
En sus rutilantes ojos,
Como en su boca entreabierta,
Y en su palpitante pecho,
Y en su animada apariencia,
El sagaz Garci-Fernández
Lo conoce, y «No se pierda
Momento, prosigue; al punto
Id á Córdoba, que es cerca.
»Allí encontraréis la corte:
Pues el cielo os la presenta
Tan inmediata, propicia
La hallaréis; nada os detenga.»
Y fray Juan Pérez añade:
«Marchad, sí, Dios os lo ordena.
Carta os daré para el padre
Hernando de Talavera,
»Religioso de valía
Que es confesor de la Reina.

Y porque ningún cuidado
Vuestra jornada entorpezca,
»Este vuestro tierno niño
Aquí en el convento queda,
De mi seráfico padre
So la protección inmensa.»
No dijeron más. Escribe,
Dando la cosa por hecha,
La carta Garcí-Fernández;
Fray Juan Pérez de Marchena
La firma; su propia mula
Ensillar al punto ordena,
Y las próvidas alforjas
Preparar en la despensa.
Todo está listo. Y entonces,
Cual si alguna oculta fuerza
Le compeliese, el piloto
Que aún no había dado respuesta,
De pie se puso, y resuelto
Exclama de esta manera:
«Á Córdoba; Dios lo quiere;
Su gracia me favorezca.»
Al tierno y precioso niño
Acaricia, abraza y besa,
No sin lágrimas sus ojos,
No su corazón sin pena.
A rezar un corto rato
Vase devoto á la iglesia,
Do el escapulario viste
De la seráfica regla.

De sus dos nuevos amigos
Se despide ya en la puerta,
Cabalga, aguija, y á trote
De la Rábida se aleja.

ROMANCE TERCERO.

LA DAMA.

De Abderramen la mezquita
Y de Almanzor las murallas,
Y el puente de Julio César,
Y las vividoras palmas,
Que más de dos luengos siglos
Muerto ornato se miraban
Del sepulcro de un imperio,
Ó de una tumba de hazañas,
Como evocadas reviven,
Las musgosas frentes alzan,
Y para Córdoba juzgan
Que una nueva aurora raya.
Y que renacen los días
De gloria, poder y fama,
En que Atenas de Occidente,
En que Roma musulmana,

Ó ilustró al mundo con ciencias,
Ó rindió al mundo con armas,
Como de sabios emporio,
Como de guerreros patria.

Los dos católicos Reyes
Que son Atlantes de España,
Los que un imperio fundaron
Que ningún imperio iguala,
A Córdoba han elegido
Para corte, centro y plaza
De los bélicos aprestos
Que han de triunfar en Granada.
Los grandes y ricos homes
Acuden con sus mesnadas,
Y con todo el aparato
De sus espléndidas casas.
Allá envían sus pendones
Las ciudades más lejanas,
Con sus bravos caballeros
Y con sus huestes gallardas.
Allí los Grandes Maestres
Sus estandartes levantan,
Y allí Prelados concurren,
Y allí Legados del Papa;
Los personajes de corte,
Los magistrados de fama,



Los más ilustres señores
Y las más apuestas damas.
  Y llegan aventureros
Y soldados de ventaja,
Y jinetes, y peones,
Ballesteros y hombres de armas.
  Y cual nube de pardales
Que viene á la seca parva,
Ó cual reguero de hormigas
Que al costal volcado ataca,
  Traficantes, labradores
Y ganaderos se afanan
En apurar la moneda
Con sus ventas y contratas.

  Por ciudad de encantamento
A Córdoba reputara,
Quien notase su bullicio,
Quien oyese su algazara.
  Y al ver llenos sus palacios
De rica nobleza tanta,
Y sus calles, y sus muros,
Y sus huertos y sus plazas
  Hervir en enjambre inmenso
De tan diversas comparsas,
De tan distintos vivientes,
De ocupaciones tan varias.

A las funciones de iglesia
Suceden las cabalgadas,
A los consejos de corte
Los alardes y las danzas;
Los saraos á los banquetes,
A los torneos las farsas,
A las consultas y audiencias
Festejos, toros y cañas.
Todo es movimiento y vida,
Todo actividad extraña,
Todo bélico aparato,
Todo fiestas cortesanas.
Todo es riqueza y aliento,
Todo brocados y holandas,
Todo confusión alegre,
Todo caprichos y galas.
Córdoba es concilio, corte,
Almacén, campo de armas,
Tribunal, mercado, lonja,
Escuela, taller y sala.
Ya una procesión solemne
Lenta por las calles marcha,
Ya los Reyes atraviesan
Con su comitiva y guardias.
Aquí llegan municiones,
Allí grano y vituallas,
Acá se doman corceles,
Allá se adiestran escuadras.
Allí armaduras se bruñen,
Aquí se bordan gualdrapas,

Acá se recaman vestes,
Allá se templan espadas.
Las banderas y penachos,
Los pendoncillos y lanzas,
Las enseñas y divisas
Forman espesa enramada.
El sol chispea en el oro,
Arde en bruñidas corazas,
Y en plumas, telas, recamos,
Vivos colores esmalta.
Ora resuenan clarines,
Ora rimbomban campanas,
Ya redoblan los tambores,
Ya retumban las lombardas.
No hay una persona ociosa,
No hay sin movimiento un alma,
Ni imaginación tranquila,
Ni pecho sin esperanza.
Unos sueñan en despojos,
Otros nombre y lauros ánsian,
Quién va á ganar indulgencias,
Quién gloria pide y aguarda.
Y todas estas ideas
Se humillan, aunque tan varias,
A un gigante pensamiento,
LA CONQUISTA DE GRANADA.

Entre el inmenso gentío
Y entre baraúnda tanta,
Como en medio de un desierto
Solo y silencioso vaga,
Soñador, pobre, abatido,
Sin que sus proyectos hayan
Un solo apoyo encontrado,
Merecido una mirada,
El genovés navegante,
Que á la corte castellana
Desde la Rábida vino
Tras falaces esperanzas.
Y el cual bien puede decirse
Que ha llegado en hora mala
Á aquel abreviado mundo,
A aquella Babel de España.

Fray Hernando Talavera
Es persona de importancia,
Ve una mitra en perspectiva,
Todo lo demás es nada.
Con desdén ha recibido
De un fraile obscuro la carta,
Y juzga al recomendado
Un arbitrista sin blanca.
De estado los grandes hombres,
Que con los Reyes trabajan,

No tienen tiempo, no escuchan,
Sólo de la guerra tratan.
Los cortesanos se burlan
De una catadura extraña,
Y del humilde atavío
De la persona más sabia.
Los guerreros nada tienen
De común con el que habla
De círculos y de estrellas,
Y de cosas que no alcanzan.
El vulgacho vil se mofa,
Cual de un loco, del que anda
Tan desarrapado, y grave
Ofrece montes de plata.
Y conseguir una audiencia,
Y de los Reyes la gracia
Con tan contrarios auspicios,
En caso imposible raya.
Hace un mes que el extranjero
Rueda por las antesalas,
Siendo burla de los pajes,
Juguete de la canalla;
Y aburrido y despechado
De volver por su hijo trata,
Y de volar á otros reinos
Sin pensar más en España.
Pero acá en el mundo somos
De la Omnipotencia sabia
Sólo instrumento, sus miras
Nadie puede penetrarlas;

Y por medios tan ocultos,
Por ocurrencias tan raras
Se cumplen, que en vano el hombre
Esto, dice, haré mañana.

En la catedral sombría
Que Guadalquivir retrata,
Aún no del perverso gusto,
Cual después, contaminada,
Devoto entra el mareante
Cuando el són de la campana
A las vísperas solemnes
A los fieles convocaba.
Por las más obscuras naves,
Y por las más solitarias,
Siempre huyendo del gentío,
Cruza con incierta planta.
Y en aquel bosque de mármol,
Y á su luz tibia y opaca,
Una evocación parece,
Un espectro, una fantasma.
Frente de aquella capilla
De esmaltes y filigranas,
Que del *Zancarrón* el vulgo,
Y todo Córdoba, llama,
A una columna de jaspe
Al cabo apoya la espalda,



Y en hondas meditaciones
Sueña, delira, se extásia.
  Cuando acaso una señora,
Sin advertir en él, pasa
Tan cerca, que con el manto
Casi le toca la cara.
  Este pequeño incidente
Para volverle en sí basta,
Y sintiéndose arrastrado
Por una violencia extraña,
  Por un superior impulso
De aquellos que no se aguardan,
Sigue, cual can á su dueño,
Maquinalmente á la dama.
  Ésta, ante un altar dorado
Donde la imagen brillaba
De la Virgen, se arrodilla,
Abre el manto y se destapa.
  Y á la luz de seis candelas
Que el retablo iluminaban,
Deja ver un lindo rostro
Lleno de candor y gracia;
  Y de expresión tan devota,
Y de belleza tan rara,
Y de modestia tan grande,
Y de nobleza tan alta,
  Como se admira en los rostros
Que dió Murillo á sus santas,
Y que de un ángel del cielo
Pudo tan sólo copiarlas.

El extranjero, encantado,
Sus afanes y sus ansias
Olvida un punto, y los ojos
En aquel tesoro clava.

Levántase la señora
Al acabar sus plegarias,
Retírase, y el piloto
Sigue absorto sus pisadas,
Sin saber qué le sucede,
Sin acertar qué le pasa;
Como sujeto y ligado
Por hechizo, encanto ó magia.
Al patio de los naranjos
Salen ambos, y él se aparta,
Al ver que dos escuderos
A la señora acompañan.
Mas aun de lejos la sigue,
Cuando quiso su desgracia,
Mejor diré su fortuna,
Que en la calle se encontrara
Con un tropel de muchachos,
Que de pronto en él reparan;
Y como de que era loco
Varias especies volaban,
Al loco, gritan, y empiezan
Con silbidos y pedradas,

Con insultos y con voces,
Que suelen pasar por gracia.
Al estruendo la señora
Con curiosidad se pára,
Y al ver en tal paso á un hombre
Pobre, mas de noble traza,
Que le den auxilio al punto
A sus escuderos manda,
Y ella se acerca y le ofrece
El amparo de su casa.

Con doña Beatriz Enríquez,
Que es la cordobesa dama,
Tan discreta como hermosa,
Tan buena como gallarda,
Entra el genovés piloto
En una soberbia cuadra,
De guadamesí vestida
Con las molduras doradas,
Y un estrado de almohadones
De terciopelo con franjas,
Y con grandes borlas de oro
Sobre alfombras de Granada;
Mas tan turbado y confuso
Que no acierta á hablar palabra,
Y tan sólo en que respira
Se ve que no es una estatua.

Tampoco está la señora
Muy en sí; tampoco halla
Aquellas frases precisas
De quien recibe en su casa.
No ha reparado en la iglesia
En aquel hombre, y le pasma
Su noble fisonomía,
Que con su traje contrasta.
Y acertando prontamente
Que es el marino, á quien llaman
Unos loco y otros sabio,
Atenta le observa y calla.
Al cabo el hielo rompióse,
Y la primera la dama
Le ruega que tome asiento
Y ordena le sirvan agua.
Entra obediente al mandato
Una berberisca esclava,
Con búcaros primorosos
En su salvilla de plata.

Sosegado el extranjero,
Con tal dignidad y tanta
Cortesanía le rinde
Por aquel servicio gracias,
Que el parabién la señora
De ocurrencia tan extraña

Se da á sí misma, y se esmera
En obsequios y en palabras.
Esta primera visita
Otras produjo más largas,
Y de muy pocas al cabo
Se entendieron sus dos almas.

Ya no piensa el navegante
En dejar tan pronto á España,
Renueva sus pretensiones,
Torna á rodar antesalas.
De Hernando de Talavera
La altivez ya no le espanta.
Insiste en ver á los Reyes
Y renueva sus demandas.
Doña Beatriz, afanosa,
Siendo ya depositaria
De sus planes y proyectos,
Que la envanecen y exaltan,
Le aconseja y lo reanima,
Lo consuela y lo entusiasma,
Y conexiones le busca
Con femenil eficacia.
Él mismo en Córdoba logra
Con su permanencia larga,
Que algunos doctos lo escuchen,
Tratar á personas altas.

Y ya sus propuestas toman
Cierto color de importancia,
Y ya con calor y aprecio
Del extranjero se habla.
Alonso de Quintanilla,
Del Rey tesorero, enlaza
Con él amistad estrecha
Y en protegerlo se afana.
Y Don Pedro de Mendoza,
El gran Cardenal de España,
Uno de los más ilustres
Varones de nuestra patria,
Afable se le demuestra,
Y con su poder alcanza
Que el mismo Rey le conceda
La audiencia tan deseada.
Frío, suspicaz, severo
Le oye el Rey. Pero le llaman
La atención de aquel piloto
La dignidad y la calma,
El convencimiento firme,
Las explicaciones claras.
Y aunque de la inmensa idea
Toda la extensión no alcanza,
La envidia á los portugueses,
De dominación el ansia,
Y el carácter de aquel siglo
Caballeresco y de hazañas,
Le obligan á que al instante
Dé acogida afable y grata

Al hombre y á su proyecto,
Porque otro rey no lo haga.
Mas los gastos de la guerra
Hacer nuevos le embarazan,
Ni otra empresa empezar puede
Hasta rendir á Granada.
Y cual político astuto,
Por ganar tiempo y dar largas,
Su protección y su auxilio
Al piloto ofrece, y manda
Que los sabios eminentes
De la docta Salamanca
Con detención examinen
La propuesta extraordinaria,
No contenta al navegante
Tal decisión del Monarca,
Mas que con ella se avenga
Doña Beatriz quiere, y basta.

ROMANCE CUARTO.

TIEMPO PERDIDO.

Dejando atrás á Granada,
En cuyas torres el viento
Ya la cruz triunfante adora
Entre cristianos trofeos,

Y dejando atrás la corte
De los hispánicos reinos,
Donde tristes desengaños
Cogió y amargos desprecios,
Va el genovés navegante,
Va el portentoso extranjero
En una mula de paso
Hacia Córdoba derecho.
Sin volver atrás los ojos,
Pobre, abatido y enfermo,
Sale de la hermosa vega
Que le parece el infierno.
Lleva en su faz las señales
Del infortunio y del tiempo,
Que los años y desgracias
Dan con un bronce en el suelo.
Seis años cuenta perdidos
Desde que llegó al convento
De la Rábida, y el nombre
Quiso hacer de España eterno.
Y sus esperanzas todas,
Y todos sus pensamientos,
Disipadas mira en humo,
En polvo mira deshechos.

De la insigne Salamanca
Los doctores y maestros,

Más bien que examinadores,
Jueces inflexibles fueron.
  Y le trataron altivos,
Aunque era más sabio que ellos,
No cual docto que consulta,
Sino cual convicto reo.
  Sus geométricas verdades
Por respuesta hallaron textos,
Sus cálculos silogismos,
Sus demostraciones ergos.
  Y aunque varios religiosos
De San Esteban (colegio
Donde fué la conferencia)
Que eran sabios verdaderos,
  Si comprender no lograron
Al inspirado extranjero,
Lo escucharon con asombro
Y su importancia advirtieron,
  Los más, cual siempre acontece,
Arrollaron á los menos,
Y sobre un hombre tan grande,
Y sobre un tan gran proyecto
  Informaron á la corte
Con el más alto desprecio,
De visionario y de loco
Prodigándole dicterios.
  El no entendido, más firme
En sus altos pensamientos,
De su plan, el contradicho,
Más convencido y más cierto;

De sí mismo más seguro
Mientras halla más tropiezos,
Y nuevas fuerzas cobrando
De su propio abatimiento;
Del genovés navegante
Parece el alma de acero,
Escollo inmoble que arrostra
Siglos, rayos, olas, vientos.
Pero no quiere que España
Acoja ya sus esfuerzos,
Ni que las ventajas logre
De tales descubrimientos.
Y á Córdoba despechado
Veloz regresó, resuelto
De irse á buscar á otra corte
Para realizarlos medio.
Mas Doña Beatriz Enríquez
Y el fruto inocente y tierno
De sus plácidos amores,
Detenerle aún consiguieron.
Eslabones más tenaces
Que los de forjado hierro,
Y con que á aquel hombre insigne
Ató á mi patria el Eterno.

El genovés, obligado
Por las prendas de su afecto

Á no abandonar á España,
Buscó en ella rumbo nuevo;
  Y partió con gran reserva
De Santa María al puerto,
Que era del ínclito Duque
De Medinaceli feudo,
  Á buscar su patrocinio
Y á ofrecerle ignotos reinos.
El Duque con grandes honras
Le acogió y con sumo aprecio;
  Y ya preparaba naves,
Propias suyas, y dinero
Con que el hombre extraordinario
Llevase á cabo su intento,
  Cuando de la corte tuvo
Aviso de que con ceño
Y con envidia y sospechas
Miraba el Rey sus aprestos.
  Suspendiólos advertido,
Y exhortó con noble celo
Al piloto, á que á la corte
Y al Rey regresase luego.

  Á la inexorable suerte
Que sus más vivos anhelos
Contrariaba, y le tenía
Atado al hispano suelo,

Tuvo el genovés constante
Que humillarse con despecho;
Y tornó á la hispana corte,
Y en ella á luchar de nuevo.
El mismo rey Don Fernando,
Que no quedó satisfecho
Del salamanquino informe,
Lo maneja astuto y diestro.
Le halaga con esperanzas
(Que detenerle es su objeto),
Hasta que la infiel Granada
Rinda á sus plantas el cuello.
Siguió aburrido á la corte
El soñador extranjero,
De aquella famosa guerra
Presenciando los progresos.
En el asalto de Baza,
De Málaga en el asedio,
En otras altas acciones,
Y en muchos duros reencuentros,
Discurrió como perito,
Se mostró cual caballero,
Combatió como cristiano
Y se portó como bueno.

De la opulenta Granada
Rendirse el poder soberbio



Presenció, en fin, de Castilla
Y de Aragón al esfuerzo.
  Y de las regias ofertas
Llegado el plazo creyendo,
Con más tesón y energía
Llamó la atención de nuevo.
  Mas en vano; otras consultas
Y otros plazos le han propuesto,
Que los gastos de la guerra
Tienen el tesoro yermo.
  Con que de toda esperanza
Perdidos los fundamentos,
Dejar á España de veras,
De veras tiene resuelto.
  Ni aun de Alonso Quintanilla
Se ha despedido, temiendo
Que elocuente y amistoso
Aún pretenda detenerlo.
  Y hacia Córdoba camina,
Seguro de que los ruegos
De Doña Beatriz Enríquez
No han de hacer mella en su pecho.
  Nada ya, nada en el mundo
Le detiene, no hay remedio.
¡Oh, cuánto poder y gloria
Pierde España con perderlo!
  En su acalorada mente
Tanto agravio recorriendo,
Y ansioso ya de encontrarse
En la corte de otro reino,

Aguija la tarda mula,
No le permite resuello,
Ya de Pinos de la Puente
Llega al miserable pueblo,
Y, sin detenerse, pasa
El despeñado riachuelo,
Que entre riscos y entre juncias
Va de Genil al encuentro.

Sigue adelante el camino,
Cuando, detrás, el estruendo
De un caballo que galopa
Oye resonar violento,
Y alcánzale á pocos pasos,
En un cordobés overo,
De sudor cubierta el anca,
Blanco de espumas el pecho,
Arrogante y decidido
Un atildado mancebo,
Vestido un rico tabardo
De carmesí terciopelo,
Con castillos y leones
De plata y oro cubierto,
Y un penacho rojo y jalde
Volando sobre el sombrero.
Era un paje de la Reina,
Que al punto reconociendo

Á la persona á quien busca
En el piloto extranjero,
Le dice en voz alta: «Amigo,
Atrás volved luego, luego,
Pues de que sin vos no torne
Orden terminante tengo.»
El genovés irritado,
Pára la mula de presto;
Pone la mano en la espada,
Y dice con gran denuedo:
«Antes que la rienda vuelva
Me dejaréis aquí muerto;
Basta, vive Dios, de burlas,
Á España nada le debo.»
Desconcertóse al mirarlo
Tan decidido y dispuesto
El paje, que le responde:
«Ni me burlo ni os ofendo;
»Pues la Reina, mi señora,
Me ha mandado deteneros,
Y que á su presencia os lleve;
Ved si obedecerla debo.»
Bastó el nombre de la Reina
Para un trastorno completo
Del navegante ofendido
Hacer en cabeza y pecho,
Que era nombre á quien tan alto
Prestigio dió el mismo cielo,
Que allanara un alto monte,
Que domara el mar soberbio.

Á tal nombre sus agravios,
Todos sus resentimientos,
Todos los años perdidos,
Y todos sus planes nuevos
El genovés olvidando,
Abre palpitante el pecho
Á tan vehemente esperanza,
Á porvenir tan risueño,
Que le parece aquel paje
Ángel bajado del cielo,
Y en éxtasis delicioso
Queda inmóvil y suspenso.
Jamás conseguido había
Explicar su alto proyecto,
De la gran Reina delante,
Y ahora ve ocasión de hacerlo.
Por lo que rompiendo al punto
Aquel rato de silencio,
Lleno de vida el semblante,
Responde al mudo mancebo:
«Pues Doña Isabel lo manda,
Voy con vos y la obedezco.»
Y revolviendo la mula
Sigue detrás del overo.

ROMANCE QUINTO.

LA REINA.

Del apartado Occidente
Á las ignotas regiones,
Que sólo nuestro viajero
Por revelación conoce,
Ya el sol descendido había,
Dejando estos horizontes
Envueltos en vagas sombras
De una sosegada noche,
Cuando á Santa Fe llegaron,
Sin haber dejado el trote,
Caminando en gran silencio
El extranjero y el joven.
Á las puertas de palacio
Descabalgan, y veloces
La regia escalera suben,
Sin que las guardias lo estorben.
Pues el paje de la Reina,
Á quien todos reconocen,
Le sirve á su compañero
De seguro pasaporte.
Llegados á la antesala,
Donde damas y señores

Acaso esperan audiencia
Con distintas pretensiones,
Al piloto dice el paje
Que allí lo espere, y entróse
Á dar parte á su señora
De estar cumplida la orden.
Vuelve al instante, y llamando
Al genovés, indicóle
La respetada mampara
Que, en cuanto éste entró, cerróse.

En un camarín pequeño,
Vestido con pabellones
De berberiscos damascos
Y una alfombra de colores;
Junto á un cuadrado bufete,
Que rico tapete esconde
De carmesí terciopelo
Con franjas de oro y borlones;
Enfrente de un oratorio
De concha, nácar y bronces,
Donde la imagen brillaba
Del Redentor de los hombres;
Y á la luz de dos bujías,
De aquel breve cielo soles,
Que en candeleros de oro
Daban vivos resplandores;

Sentada en la regia silla,
Con la presencia más noble
Que jamás tuvo matrona,
Que jamás respetó el orbe,
Doña Isabel, la gran Reina
De Castilla y León, mostróse
A los admirados ojos
Del genovés sabio y pobre.
Un brial de raso morado,
Con castillos y leones,
De perlas, esmaltes y oro
En recamadas labores,
Era su traje. En su pecho
Brillaban, como en la noche
Los luceros rutilantes,
Las cruces que en los pendones
De las órdenes guerreras
Son de la victoria norte.
Y de flamencos encajes,
Que regia diadema coge,
Una delicada toca
Ornaba su rostro, donde
Formando un todo divino
De altos celestiales dotes,
El más claro entendimiento,
La virtud más pura y noble,
El esfuerzo más gallardo
Resplandecían conformes.
Doña Beatriz de Galindo,
Que aun hoy conserva el renombre

De la *Latina*, por serlo
Muy aventajada entonces,
  Camarera de la Reina,
Señora de altos blasones,
Y esposa del gran Ramírez,
Del moro en Málaga azote;
  Y Alonso de Quintanilla,
Letrado de claro nombre,
Tras la regia silla estaban
De pie, y con humilde porte.
  Todo lo notó el piloto,
Tanto esplendor deslumbróle,
Y en el suelo, de rodillas,
A tal majestad postróse.
  Con una sola mirada
La Reina vió en aquel hombre
De la inspiración celeste
Los divinos resplandores.
  Y él de una mirada sola
La grandeza reconoce
Y la inteligencia suma
De la Reina que le acoge.

  Tras de un sublime silencio,
Aunque brevísimo, donde
La admiración y el encanto
De entrambos á dos mostróse,

Con grande bondad la Reina
Que alce del suelo mandóle,
Que á la mesa se aproxime,
Y que de su plan la informe.
Obedécela el piloto,
Y con respeto tan noble
Se acerca, y á hablar principia,
Que la atención regia absorbe.
Y con tal convencimiento,
Con tal claridad, tal orden,
Con tan sencilla elocuencia,
Con tan potentes razones
Sus asombrosos proyectos
En breve discurso expone,
Que la gran Reina pasmada
Se le figura que oye
A un inspirado, á un profeta,
A un ángel, y que son voces
Del cielo aquellas que escucha,
Y que en tal pasmo la ponen.
Abarca su entendimiento
El vasto plan, que doctores,
Reyes, repúblicos, pueblos
Juzgan quimeras informes.
Ve la expedición segura,
Y ya en ignotas regiones
Triunfante la fe de Cristo
Con el castellano nombre.
Ve un torrente de riquezas
Que hacia sus vasallos corre,

Y una gloria y poderío
Que envidiarán las naciones.
Y superior á sí misma,
Del cielo ayudada entonces,
Ve aún más que el mismo piloto,
Aún más alta que él alzóse.

En entusiasmo y fe viva,
Germen de grandes acciones,
Abrasada su alma heroica,
Henchido su pecho noble,
Quítase la alta diadema,
Y de su pecho recoge
Las riquísimas insignias
De incalculables valores,
Las joyas y pedrería,
Los brazaletes y broches
Que sus brazos y su cuello
Engalanaban, y pone
Aquella breve riqueza
(Breve sí, pero de enorme
Precio) encima del bufete,
Y «*Toma*, dice á aquel hombre,
»Toma, emplea este tesoro,
Sin que nadie te lo estorbe,
En cumplir el pensamiento
Que Dios te ha inspirado. Corre,

»Vuela. En naves castellanas
Mares nunca vistos rompe,
Arrostra las tempestades,
Tu estrella á los vientos dome.
»Lleva á ese ignorado mundo
Los castellanos pendones,
Con la santa fe de Cristo,
Con la gloria de mi nombre.
»El cielo tu rumbo guíe;
Y cuando glorioso tornes,
O Almirante de las Indias,
Duque y grande de mi corte,
»Tu hazaña bendiga el cielo,
Tu arrojo al infierno asombre,
Tu gloria deslumbre al mundo,
Abarque tu fama el orbe.»
En tanto que así decía
Reina tan ilustre, sobre
Su cabeza colocaba,
Con altas aclamaciones,
Un ángel, corona eterna
De luceros y de soles,
Que mientras más siglos pasan
Adquieren más resplandores.
Con ella la admira el mundo
Y adoran los españoles,
Cuando absortos la recuerdan
En tan importante noche.

———•———

ROMANCE SEXTO.

CONCLUSIÓN.

Bajo un cielo borrascoso
Que jamás mortal alguno
Visto había, en un inmenso
Mar encrespado y sañudo,
Do jamás altiva nave
Osó abrir incierto sulco;
En una región extraña,
Parte ignorada del mundo,
Una frágil carabela,
Casi imperceptible punto,
Con grandes peligros lucha,
Y sin amparo ninguno.
Las olas como montañas
Atajar quieren su curso,
Ya la arrojan contra el cielo,
Ya la hunden en el profundo,
Ya en sus costados se estrellan,
Volando en espuma y humo,
Ya la anegan en torrentes
De amargo espeso diluvio.
El huracán de otra parte,
Y no menos iracundo,

Brama entre sus rotas velas,
Cruje en sus mástiles rudos,
Silba en su jarcia deshecha,
La arrastra con recio impulso;
Y la vuelca y la levanta,
Y combátela sañudo.
No se ve la faz del cielo;
Por el espacio confuso
Los relámpagos deslumbran,
Cruzan los rayos trisulcos,
Retumban y estallan truenos
Cual si reventara el mundo,
Y envuelto en cárdenas nubes
El sol parece difunto.
Mas la frágil carabela
Sigue pertinaz su curso,
Y en tan espantoso caos
Lleva hacia Occidente el rumbo.
Sin duda que se confía
En el talismán seguro
Del pabellón castellano
Que en su popa osada puso,
Pabellón que en aquel siglo
Al Omnipotente plugo
Hacer de rara fortuna
Y de excelsas glorias nuncio.

Un mortal extraordinario,
Tenaz inflexible, duro
Más que el bronce, el gran piloto
Genovés tranquilo y mudo,
En la brújula ambos ojos,
En el timón ambos puños,
Gobierna la dócil nave
Sin mostrar su frente susto.
Mas ¡ay! no tiene su temple
De la ciega chusma el vulgo;
Y aunque esforzados, se postran
Los marineros robustos,
Rendidos y amedrentados
De tantos horrores juntos,
De navegación tan larga,
De porvenir tan confuso:
Recuerdan la dulce España,
De su familia el arrullo,
Y recuerdos y temores
Abortan ciego tumulto.
«Si vive desesperado
Este advenedizo iluso
Y busca la muerte, muera,
Pero él solo», dicen unos.
«Muera, pues, repiten otros;
Es un hechicero, un brujo,
Que á aquí á perecer nos trajo
Por sus designios ocultos.»
«*¡Muera!*, gritan todos, *¡Muera!*
Y atrás volvamos el rumbo.

¡A España, á España!».... Y osados,
Trocando en furor el susto,
A la popa se abalanzan
Esgrimiendo el hierro agudo
Contra el heroico piloto,
Que desprecia sus insultos,
Y que con serena frente,
Aunque con semblante adusto,
«¿Qué queréis? les grita osado;
Sin temor os lo pregunto.
»¿Qué queréis?» *¡España, España!*
Suena en gritos furibundos;
Y el piloto les responde:
«Con indignación lo escucho.
»Gente sin fe ni esperanza,
Cuando á coger vais el fruto
De tanto valor y arrojo,
De tanto peligro y susto,
»¿Queréis tornarle la espalda?
Que en vos volváis os conjuro,
Y el nuevo sol, os lo afirmo,
Será de ventura nuncio.»
La turba, como agitada
Por un satánico influjo,
¡Muera! repite, y desoye
Su acento noble y augusto.

El gran hombre, ya resuelto,
Deja el timón, y ceñudo,

Avanzándose, les grita:
«Llegad, pues; matadme al punto;
»Pero sabed, insensatos,
Que de vosotros ninguno
Puede, desde estas regiones,
Hallar de la patria el rumbo,
»Y que á mí tan sólo es dado,
Porque así á los cielos plugo,
El dominar estos mares
Y el hallar puerto seguro.
»Matadme, pues, ¿qué os detiene?»
La chusma en espanto mudo
No responde, y se deshace
En terrorizados grupos.
Torna al timón el piloto,
Torna la nave á su curso,
Y todos á la obediencia,
Aunque á despecho y disgusto.

Con la noche la borrasca
Cedió de su fuerza mucho,
Amansáronse las olas,
Más blando el viento se puso.
Y al rayar en el Oriente,
Tras de los mares cerúleos,
La nueva luz, ve el piloto
A su frente un leve punto,

Que alzándose lentamente
De las olas, forma el bulto
De azul monte, en cuyas crestas
Brilla el sol cual oro puro.
Se cerciora de que es tierra,
Y hacia el trono del Sér sumo
Ojos, corazón y brazos
Alza y le rinde el tributo
De gratitud. Y en seguida,
«Mirad», le dice á los suyos,
Enseñándoles el monte
Con noble y triunfante orgullo.
La chusma que ve la tierra,
Que ve el fin de tantos sustos,
Y en aquel piloto un ángel,
Convierte la rabia en culto.
Y arrojándose á sus plantas,
Del entusiasmo al impulso
Grita, y acordes repiten
Cielo, tierra y mar profundo:
¡Viva Colón, descubridor de un mundo!

Gibraltar, 1837.





UN EMBAJADOR ESPAÑOL.

ROMANCE PRIMERO.

En Merino y Terracina,
Que dominios son del Papa,
Entra aquel Carlos octavo,
Rey orgulloso de Francia.
Los fuertes castillos toma,
Los campos fértiles tala,
Incendia los caseríos,
Los templos santos profana.
Y en el furor se complace
Con que sus hombres de armas
Como furibundas fieras
Roban, destruyen y matan.
Así cumple los tratados
Que celebró con España,
De defender á la Iglesia
Y de acatar la tiara.
Así el juramento cumple,
Que de San Pedro en las aras

Prestó sobre el Evangelio
En terminantes palabras.
Así al acto corresponde,
Que con humildad tan falsa
Hizo en público, besando
Del Pontífice las plantas.
Así el nombre verifica,
Que tomó para burlarla,
De fiel hijo de la Iglesia
Y defensor de su causa.

Los vasallos infelices
Del Santo Padre, que hallan
Exterminio ó servidumbre
En quien amparo esperaban;
Y que en la paz adormidos,
Y en la ciega confianza
Que los tratados infunden
Y da una regia palabra,
Ni pueden hacer defensa
Ni en ella salud hallaran,
Que numerosas y fuertes
Son las fuerzas de la Francia;
Y á merced de sus guerreros
Dejan haciendas y fama,
Sin quedarles más recurso
Que lágrimas y plegarias:

Lágrimas que el duro pecho
De Carlos feroz no ablandan,
Plegarias á que responden
Insultantes carcajadas.

Del Pontífice un Legado
(Porque un Legado acompaña
Para más escarnio y burla
Al Rey que á la Iglesia ataca)
Inerme, abatido, humilde,
A Carlos ruega y demanda
Que á su ambición ponga freno,
Que coto ponga á su audacia;
Si no por respeto al pacto
Celebrado con España,
Si no por guardar solemnes
Juramentos y palabras,
Por cumplir como cristiano
Y para salvar su alma,
Y por temor, á lo menos,
De la divina venganza.
Pues Dios es juez de los reyes,
Y su mano sacrosanta
Rompe coronas y cetros,
Solios é imperios allana.

Con risa infernal escucha
Y burladora arrogancia,
Las justas reconvenciones
El obcecado Monarca,
Cuando de Borbón el Duque,
Gran Condestable de Francia,
Del venerable Legado
Reproduce las demandas;
Y con muy cristiano celo
Y la autoridad y pausa
Propia de su cuna ilustre,
Propia de sus nobles canas,
Mas con todo el miramiento
A la debida distancia,
Que entre Rey y entre vasallo
Dios mismo establece y marca,
Le repite las razones
Que de pronunciar acaba
El digno representante
De la ofendida tiara,
Insistiendo en que recuerde
Que los tratados quebranta,
Que firmó solemnemente
En Perpiñán con España.

De tan noble personaje
Tampoco consiguen nada,



Con el orgulloso Carlos,
Razones, ruegos, plegarias;
  Pues con desabrido gesto
Y con burladora rabia,
Que no recuerda, responde,
De cuanto le dicen nada.

ROMANCE SEGUNDO.

  Don Antonio de Fonseca,
Caballero de alta ley,
De los Católicos Reyes
El noble Embajador es,
  Que al Rey de Francia acompaña
Y le sigue por doquier,
Y avisado por el Duque
Viene en el momento aquel.
  Preséntase con modestia,
Pero con el rostro que
Cara de pocos amigos
Llama el vulgo, y llama bien.
  Al verle, con fatuo orgullo
El cristianísimo Rey,
Que da al vicario de Cristo
A gustar vinagre y hiel,

Con miradas de desprecio
Y con gesto de altivez,
«¡Oh, caballero, le dice,
Llegáis en buen hora, pues
»El venerable Legado
Me habla, y el Duque también,
De un tratado con España
Que lo que encierra no sé.»
—«Señor, responde Fonseca,
¿Cómo ignorarlo podéis,
Cuando en Perpiñán vos mismo
Pusisteis la firma en él,
»Y debajo el regio sello
Puso vuestro Canciller?.....
Mas puesto que lo olvidasteis,
Escuchadme, os lo leeré.»
Y sacando de su seno
Un abultado papel,
Con respeto y con firmeza
Fonseca empezó á leer.

Cuando un artículo había
Favorable al interés
De la corona de Francia,
Exclamaba al punto el Rey:
«Es muy válido, recuerdo
Que en Perpiñán lo firmé.

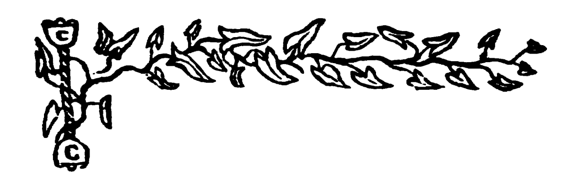


Ese artículo, Fonseca,
Os ofrezco mantener.»
Pero cuando otro escuchaba
Interesante también
O al decoro de la Iglesia,
O de Castilla al poder:
«Dadme el tratado, decía,
Dádmelo Fonseca, pues
Si eso firmé lo desfirmo,
Que enmendar un yerro es bien.»
Y las cláusulas borrando,
Con menosprecio y desdén
El pliego le devolvía
Diciendo: «Seguid, leed.»

Al fin llena la medida
Del sufrimiento cortés,
Don Alonso de Fonseca
No se pudo contener,
Y «Rey de Francia, prorrumpe,
Si mofaros pretendéis
De mí que soy caballero,
De mi patria y de mi Rey,
»Vive Dios que á tolerarlo
No estoy yo dispuesto; y pues
Borráis lo que no os conviene,
Borro y anulo también

»Lo que es á vos favorable,
Rompiendo el tratado, ved.»
Y desgarrando valiente
El respetable papel,
Tiró los rotos pedazos
Del Rey de Francia á los pies,
Y calándose el sombrero
Sin hacer venia se fué.
Y con la mano en la espada
Atravesando un tropel
De alabardas y ballestas,
Salió del campo francés.





LA BUENAVENTURA.

ROMANCE PRIMERO.

LA CITA.

Era en punto media noche,
Y reinaba hondo silencio
De Medellín en la villa,
Sumergida en dulce sueño.
Desde un trono de celajes
Nacarados y ligeros,
Cándida, apacible luna
Brillaba en el firmamento,
Sobre el pardo caserío
Derramando sus reflejos,
Como sobre los sepulcros
De un tranquilo cementerio.
Y en una desierta calle,
Donde sus claros destellos
Una mitad alumbraban,
La otra en sombras confundiendo,

Estaba en la parte obscura,
Receloso y encubierto,
Un noble joven gallardo,
No muy alto, aunque bien hecho.
Ropón y loba vestía,
El uno y el otro negros,
Traje propio de que usaban
Escolares de aquel tiempo.
De su cintura pendía
Una espada de Toledo,
Y un laúd con ambas manos
Apretaba contra el pecho.
Los ojos no separaba,
Vivos, rasgados, de fuego,
Lumbreras de un lindo rostro,
Vivaz, gracioso y moreno,
De las cercanas paredes
De un edificio frontero,
En cuyos sillares blancos
Daba la luna de lleno,
Descubriendo tres balcones
Con barandales de hierro;
Debajo dos rejas grandes
No muy lejanas del suelo;
Y cerrada una ancha puerta,
Sobre la que tiene asiento
Un noble escudo de mármol
Guarnecido de arabescos.



La anchura de aquella calle,
En realidad corto trecho,
Era espacioso teatro,
Mejor diré campo inmenso
De fantásticas escenas,
De mil extraños sucesos,
Indecisos y confusos
Como figuras de un sueño,
Que claramente veía
La imaginación de fuego,
Y la mente arrebatada
De aquel gallardo mancebo.
De Salamanca las ciencias,
Los doctores y los ergos
Que atrás deja, ve delante,
Y su pobre hogar á un tiempo.
Y ve los campos de Italia,
Aunque nunca estuvo en ellos,
Mas á do quiere ausentarse,
De ambición de gloria lleno;
Y ya se juzga soldado,
Y ya se halla en los encuentros,
Y mira reyes cautivos,
Y ve ejércitos deshechos;
Y naciones conquistadas,
Y á sus pies tronos y cetros,
Montes de oro y de laureles,
Anchos mares, mundos nuevos:
Y todo lo ve, que todo
Cuanto abraza el pensamiento

Lo ven, y lo ven palpable
Las almas de privilegio.

Mas de todo cuanto mira,
Como en borrosos bosquejos,
Como las mudables formas
De nubes que rompe el viento,
Es el primer personaje,
Es el más distinto objeto,
Es reina y reguladora,
Y sol de sus pensamientos,
La modesta doña Elvira,
De Medellín embeleso,
Y á quien guardan las paredes
Do los ojos tiene puestos.
Para ella sueña sus glorias,
Para ella anhela trofeos,
Para ella quiere tesoros,
Que está enamorado ciego.
Y sin los lauros y bienes
Que no quiso darle el cielo,
No puede con ella unirse,
Que es pobre, aunque caballero.
También teme á un poderoso
Rival, ignorante y necio,
Pero que ganó en la guerra
Tesoros é ilustres premios.



El que al padre de su amada,
Codicioso como viejo,
Con sus riquezas y honores
Tiene cautivado el seso.
Mas en vano teme el joven,
Es de doña Elvira dueño,
Pues esperándole, inquieta,
Aún está fuera del lecho.
Y en cuanto la seña escuche,
Saldrá, su cita cumpliendo,
A ofrecerle ser su esposa,
Y á jurarle amor eterno.

ROMANCE SEGUNDO.

LAS CUCHILLADAS.

Diz que en cuanto el gallo canta
Desparecen de improviso
Los aquelarres de brujas,
Los fantasmas y vestiglos;
Así desaparecieron
Las escenas ó delirios
A que la mente del joven
Daba vida en aquel sitio,

De un gallo al sonoro canto,
Que al momento repetido
Por otros que parecían
Los ecos de aquel recinto,
Al soñador recordaron
Que allí tan sólo ha venido,
De un *adiós* tierno de amante
A padecer el martirio,
Á exigir una palabra,
Y á ofrecer un plazo fijo,
Que con segura esperanza
Le dé aliento en los peligros.

Vuelto en sí, pulsa las cuerdas,
Y á sus acentos sentidos
Canta una letra amorosa
Con tono dulce y sumiso.
Al punto, cual si el acento
Que dió vida y regocijo
Á las auras de la noche,
Fuera conjuro ó hechizo,
De una reja las maderas
Ábrense en el edificio
Que el mancebo contemplaba;
Y queda un cuadro sombrío,
Do aparece un bulto blanco,
Cuyos contornos divinos



Resaltaban en lo obscuro
Por la luna esclarecidos.
  El amante la guitarra
Suelta, y fuera de sí mismo
Corre á la dorada reja,
Abraza los hierros fríos;
  Y en una mano de nieve,
Que uno de ellos tiene asido,
Estampa labios de fuego
Por la pasión encendidos.

  Balbuciente, temeroso,
Como enamorado fino,
Que ser amor elocuente
De ser falso es claro indicio,
  Iba á pedir que dos años
Le conserven fe y cariño,
Que en ellos ganar espera
Pingüe estado y nombre digno,
  Cuando (siempre los amantes
Han de tener enemigos,
Que en los mejores momentos
Truequen la dicha en martirio),
  Cuando á lo lejos resuena
Un alarmante ruido,
Que á los dos enamorados
Sobresalta de improviso.

«Retírate, dice el joven,
Quede tu decoro limpio,
Que yo tornaré á tus plantas
Sin importunos testigos.
»—Nada temas, seré tuya»,
Entre sollozos le dijo
Su amada, y cerró la reja
Dejando abierto un resquicio.
Quiere el mancebo alejarse,
Mas no puede sin ser visto,
Y no es hombre que la espalda
Sabe volver al peligro.
Tres bultos mira en la calle
Que á él dirigen su camino,
Á dos quedarse ve luego
En no muy distante sitio,
Y al tercero aproximarse
Á paso largo y altivo,
Resplandeciendo la luna
En su pomposo atavío.
Al Comendador conoce,
Que volvió de Italia rico,
Y que á su Elvira pretende
Con impertinente ahinco.
Mucho celebra el encuentro,
Y sólo le pesa el sitio;
Pero ya arrestado á todo,
Le espera firme y tranquilo.



El Comendador le dice,
Á diez pasos dando un grito:
«Retiraos de aquí, estudiante,
Ó mi espada os hará añicos.
»—Otra tengo yo en la mano
Que á ese insulto dé castigo»,
Dice el mancebo, y se arroja
Como rayo desprendido
De las nubes. Los aceros
Relampaguean, y vivo
Arde el combate, lidiando
Sin hablar, cual bien nacidos.
De un leve rasguño tiene
El joven su rostro herido;
Del contrario el pecho roto
Lanza ya de sangre un río;
Y perdiendo va terreno,
Vacilante, cuando un silbo
Da, y vienen, espada en mano,
Los otros dos á su auxilio.
El joven, como valiente,
Desprecia á los asesinos,
Y dejando ya en la tierra,
Al Comendador tendido,
Carga á los dos y los hiere,
Y los pone en tal conflicto,
Que rápidos como el viento
Buscan en la fuga asilo.
El vencedor reconoce
De su victoria el peligro,

Y á su casa se retira,
Pobre solar, aunque antiguo.
Y que también noble escudo
Ostenta en el frontispicio
De la puerta, de que lleva
La llave falsa consigo.

Á don Martín, su buen padre,
Anciano de hidalgo brío,
Encuentra sobresaltado,
Receloso y discursivo:
Que del mancebo en la mano
Viendo el hierro en sangre tinto,
«¿Qué has hecho, Hernando?» le dice,
Y contéstale su hijo:
«Al Comendador he muerto,
Dando á un insulto castigo,
Que el honor que tú me diste
Ha de estar, como el sol, limpio.
«—Válgame el cielo, prorrumpe
El noble anciano, preciso,
Aunque, Hernando, yo no dudo
Que con razón has reñido,
»Es el ponernos en salvo,
Que es inminente el peligro,
Siendo poderoso el muerto
Y nosotros desvalidos.

«—Partiré al momento á Italia,
Cual estaba decidido»,
Dice Hernando; mas el padre,
Prudente, responde: «Hijo,
»De las glorias de la Italia
Ya te has cerrado el camino:
El Comendador en ella
Del Rey ha estado al servicio.
»Del ínclito don Gonzalo
Era deudo y favorito,
Y allá ha dejado parientes
Con honra y con poderío.
«—Pues á las Indias, el joven
Dice, á marchar me decido»;
Y algo extraordinario y grande
Brilló en su rostro al decirlo.

ROMANCE TERCERO.

EL EMBARCO.

En la iglesia de San Pedro,
Una de las más antiguas,
Entre las muchas insignes
De la opulenta Sevilla,

Á las seis de la mañana
Se está diciendo una misa,
Porque Dios dé buen viaje
Á un joven que va á las Indias.
Es el gallardo extremeño,
Á quien hace quince días
Que de Medellín, su patria,
Arrojó su valentía;
Y que en una gruesa nave
Debe aquella tarde misma
Despedirse de la Europa
Á buscar remotos climas.
Y con don Martín, su padre,
Junto al altar, de rodillas,
A San Pedro se encomienda
Y al cielo le pide dicha;
En el traje de soldado
Mostrando tal gallardía,
Que del devoto concurso
Tiene la atención cautiva.
Terminado el sacrificio
Recibe la Eucaristía,
Resplandeciendo en su rostro
El entusiasmo y fe viva.

Vuelve á la humilde posada,
Que era en la Borcinería,



Hostalaje de un morisco,
Estancia pobre y mezquina.
Y así le dijo su padre,
Cuyas áridas mejillas,
Lágrimas de desconsuelo
Quemaban y humedecían:
«Hernando, Hernando, hijo mío,
A tierras lejanas vas,
Donde nunca olvidarás
De mi noble sangre el brío.
»Cual cristiano y caballero
Teme á Dios, guarda su ley,
Sirve con lealtad al Rey,
Sé devoto y sé guerrero.
»Nunca des á la codicia
En tu hidalgo pecho entrada,
Flaqueza vil, que degrada
El cuerpo y el alma vicia.
»Sé á tus cabos obediente,
Afable á tus compañeros,
Y sin bravatas ni fieros
En el peligro valiente.
»En los trabajos sufrido,
Moderado en la ventura,
Con generosa cordura
No estés vano, ni abatido.
»Del malo te apartarás,
Únete siempre á los buenos,
Que si no ganas, al menos
Con ellos no perderás.

ación
ño,

Basta: abrázame, hijo mío,
Recibe mi bendición.»
  La escena tierna, y sublime
Dolorosa despedida
Que pasó entre el hijo y padre,
No es posible describirla.
  De momentos tan solemnes
Los afectos de familia,
Los pensamientos y penas
Se sienten, mas no se pintan.

  Al fin, como breve sueño,
Pasó rápido aquel día,
Los tristes y los alegres
Al mismo paso caminan.
  El sol entre nubes de oro,
De un cadáver comitiva,
A la tumba del ocaso
Con majestad descendía,
  Cuando la pieza de leva
Dió el trueno de la partida,
Del Guadalquivir soberbio
Retumbando en las orillas.
  Ya del arenal la puerta
El padre y el hijo pisan,
Y hacia la torre del Oro
  ıdos de dolor caminan.

Magnífica era la escena,
Soberbia la perspectiva,
Espectáculo grandioso
El que deslumbró su vista:
Cubierto el río de naves
De mil naciones amigas,
Con flámulas, gallardetes,
Banderolas y divisas,
Donde espléndidos colores
Con el sol poniente brillan,
Donde se mecen las auras,
Donde retozan las brisas.
Ambas márgenes cubiertas
De cuanto la Europa cría,
De cuanto el arte produce,
De cuanto ansia la codicia,
De armas, víveres, aprestos,
Fardos, cajones y pipas,
De extraordinarias riquezas,
De varias mercaderías.
Y en las naves y en las barcas,
En los muelles y marismas,
Y en arenal, alameda,
Muro, almacenes, garitas,
Un enjambre de vivientes
De todos reinos y climas,
De todos sexos y clases,
De todas fisonomías.
Del grande español imperio,
Hombres de todas provincias,



Y de todas las naciones
Que la Europa sabia habitan.
  Moros, moriscos y griegos,
Egipcios, israelitas,
Negros, blancos, viejos, mozos,
Hablando lenguas distintas.
  Mercaderes, marineros,
Soldados, guardas, espías,
Alguaciles, galeotes,
Canónigos y sopistas,
  Caballeros, capitanes,
Frailes legos y de misa,
Charlatanes, valentones,
Rateros, mozas perdidas,
  Mendigos, músicos, bravos,
Quincalleros y cambistas,
Galanes, ilustres damas,
Gitanas, rufianes, tías:
  Todo bullicio tan grande,
Tan extraña algarabía,
Tal confusión de colores,
Tal movimiento y tal vida,
  Ofreciendo bajo un cielo
Como el cielo de Sevilla,
Que era un pasmo de la mente,
Un cuadro de hechicería.

Tras de la torre del Oro,
Mientras don Martín activa
El embarco, maldiciendo
Gabelas y socaliñas,
Hernando sueña despierto,
Y pensando en doña Elvira,
Embebido en lo pasado,
Presente y futuro olvida.
Llamó su atención de pronto
Una voz agria y ronquilla
Que le dice: «Caballero,
Por Dios, una limosnita.»
Vuelve en sí sobresaltado,
Y delante de sí mira
Una miserable vieja
De extraña fisonomía.
Un rostro innoble y siniestro,
Seco, como de ceniza,
Con dos penetrantes ojos,
De fuego que mueve chispas,
Descubre entre sucias tocas
Que rojo manto cobija,
Sobre un traje de anascote,
Hecho á desgarrones tiras.
Y en el todo de aquel ente
Algo raro se veía,
Reunión de astucia, ignorancia,
Imbecilidad, malicia.
Para darle algún socorro
En la escarcela registra,



Y mientras le da un cornado,
Dice la bruja ladina:
«¡Qué lindo y gallardo joven!
Si se embarca para Indias,
La buenaventura puedo
Decirle, que sé decirla.»
Hay en la vida momentos,
Que la mitad de la vida
Por columbrar lo futuro,
Se diera con alegría.
Y Hernando, aunque con desprecio,
Contempla aquella estantigua,
La mano diestra le ofrece
Puesta la palma hacia arriba.

La vejezuela la toma,
Un momento la examina,
Y ora las cejas arquea,
Ora amaga una sonrisa;
Y al fin se estremece, tiembla,
Echa fuego por la vista,
Y, «¡Qué estoy mirando, cielos!»
Cual energúmeno grita.
Expresión rara y terrible
Su muerto semblante anima;
Crece, y convulsa le crujen
Los huesos y las canillas.

Y, «¡Oh mancebo generoso!
Exclamó, ¡Qué de inauditas
Glorias y hazañas te esperan!
¡Qué de triunfos en las Indias!
»Tiembla el infierno; ¡tu espada
Cuántos tributos le quita!.....
Ve ufano..... De contemplarte
El cielo se regocija.....
»Emperadores y reyes
Te doblarán la rodilla.
Cual prodigios, cual portentos
Verá el mundo tus conquistas.
»Tu huella hundirá naciones,
Las más guerreras y ricas,
Como del pastor la huella
Hunde vivares de hormigas.
»Con montes de oro y laureles
Los astros allá te brindan.
Eterno será tu nombre,
Inmortales tus fatigas.
»Vuela; el sol de un Nuevo Mundo
Serás.....» No pudo sufrirla
El joven tiempo más largo,
Juzgando la retahila,
Cosa á todo aventurero
Por aquella bruja dicha,
Para sacar recompensa
Más abundante y opima.
Y la interrumpe, y le dice:
«Sólo quiero que me digas

Si seré tan venturoso
Que regrese á estas orillas.»
Quedó suspensa la vieja,
Muda en él los ojos fija,
Pero apagados; su rostro
Se seca, se desanima;
Y con la expresión siniestra
De una sardónica risa,
«Volverás, sí, le responde,
Que volver es tu desdicha;
»Volverás..... sí..... de seguro.....
El sol se va y vuelve..... mira.....»
Y con una enjuta mano
Y un dedo que parecía
El de la terrible muerte,
En rara actitud le indica
A Castilleja, por donde
El rojo sol se escondía.

El joven á Castilleja
Torna de pronto la vista,
Como obediente al mandato
De la mano imperativa;
Y ve que una parda nube,
Que imitaba las cortinas
De un rico dosel, tomaba,
Por el ambiente movida,

De un gran féretro la forma,
Circundado de amarillas
Candelas, y en cuyo seno
Del sol el cadáver iba.
Vago terror siente Hernando,
Los cabellos se le erizan,
Y por algunos momentos,
Hecho mármol, ni aun respira.
La mano del tierno padre,
Su voz grata y sus caricias,
Diciendo: «Llegó la hora,
Vamos, y Dios te bendiga»,
Le tornan en sí; anheloso
Á la bruja ó pitonisa
Busca, mas la busca en vano;
Desaparecido había.
Acaso entre aquella turba,
Do era imposible seguirla,
Otras limosnas demanda,
Otros casos pronostica.
Se abrazan al pie del muelle
El padre y el hijo; pisa
Éste la ligera lancha,
Que al punto huye de la orilla.
Llega á la nave; la nave
Trinquetes y gavias iza,
Y corta pomposa el río
Entre universales vivas.



ROMANCE CUARTO.

CONCLUSIÓN.

Este Hernando, este mancebo,
Era Hernán Cortés; su nombre,
Gloria la mayor de España,
Asombro y pasmo del orbe,
Lo dice todo. Un imperio
De cien guerreras naciones
Descubrió, y rindió su lanza
Con seiscientos españoles.
Vuelto á la patria, por premio
Ingratas persecuciones
Su corazón destrozaron,
Rompieron su pecho noble.
Y aquí en Castilleja, lleno
De desengaños atroces,
Rindió á su Criador el alma
Que tan grande concedióle;
Sin que después haya visto
El absorto mundo un hombre,
Que de Hernán Cortés al lado
La historia imparcial coloque.

Sevilla, 1838.





LA MUERTE DE UN CABALLERO.

El noble francés Bayardo,
El insigne caballero
Que nunca mancilló *tacha*,
Que jamás conoció *miedo*,
Por la falda de los Alpes
En fuga las huestes viendo,
Que al Almirante de Francia
Dió el rey Francisco primero,
Del deshonor de las lises
Furioso su heroico pecho,
Gallardo la lanza empuña,
Riscado revuelve el freno,
Y en los pocos españoles,
Causa de aquel desconcierto,
Se arroja como valiente,
Para morir como bueno.
A pintar su gallardía,
A contar sus altos hechos,
A encarecer sus hazañas,
No basta el humano acento.

En un normando morcillo
Que respira espuma y fuego,
Cuya ligereza es rayo,
Cuyos relinchos son trueno;
Con un arnés que deslumbra
Del mismo sol los destellos,
Y en parte una veste oculta
De carmesí terciopelo;
Y sobre el bruñido casco,
Dando vislumbres al viento,
Un penacho blanco y rojo
Con rica joya sujeto,
Cual águila se revuelve,
Lidia cual león soberbio,
Cual raudo torrente rompe,
Resiste cual risco eterno.
Sólo españoles soldados
Sin ceder pudieran verlo,
Y con él y con los suyos
Trabar combate sangriento.
Mas qué mucho, si los rige
Aquel hijo predilecto
De la victoria en Italia,
Marqués de Pescara excelso.

Del noble francés Bayardo,
A pesar de los esfuerzos,



La francesa artillería
Fué de la España trofeo.
Pues de aquella escaramuza
En lo más trabado y recio,
Cuando las contrarias huestes
Eran de valor portentos,
Una silbadora bala
De obscuro arcabuz partiendo,
Traspasó de parte á parte
Al gallardo caballero.
Al caer de los arzones
Con pesado golpe al suelo,
Cuajó la sangre á sus tropas
De sus armas el estruendo,
Y alzaron tal alarido
De dolor y de despecho,
Que por los lejanos valles
Resonó en fúnebres ecos.

Al oir los españoles
Tan lamentable suceso,
La sangrienta lid suspenden
De asombro y lástima llenos;
Pues la muerte de un contrario,
De valor insigne ejemplo,
Pena y confusión infunde
En sus generosos pechos.

Soldados de ambas naciones
Cercan al noble guerrero,
Cuya sangre empaña el brillo
Del arnés bruñido y terso.
Y el mismo Pescara llega,
De llanto el rostro cubierto,
Y le recoge en sus brazos
Con doloroso respeto.
Sus criados le desarman,
Inténtanse mil remedios,
Mas ¡oh dolor! todo en vano,
Llegó su instante postrero.

Muere Bayardo el famoso,
Y en el último momento,
Después que á Dios pidió gracia
Cual cristiano caballero,
A españoles y á franceses,
Tornando el rostro sereno,
«Por mi Rey y por mi patria,
Exclamó, gozoso muero;
»Y ufano de que haya sido
A las manos y al esfuerzo
De soldados españoles,
De honra y de valor modelo,
»Y de la nación más grande,
Que en más alta estima tengo,

De cuantas pueblan la tierra,
De cuantas cubren los cielos.»
No dijo más, que la muerte
Convirtió su voz en hielo,
Volando á tomar el alma
Entre los héroes asiento.

Dejaron los españoles,
Por honra á tal caballero,
De seguir al Almirante,
Que en Francia salvóse presto.
Y el cadáver de Bayardo,
De lauro inmortal cubierto,
Entregado fué á los suyos
Con justo desprendimiento,
Para que hallara reposo
Tan valiente y noble cuerpo
En su agradecida patria
Al lado de sus abuelos.





AMOR, HONOR Y VALOR.

ROMANCE PRIMERO.

EL EJÉRCITO.

De trompas y de atambores
Retumba marcial estruendo,
Que en las torres de Pavía
Repite gozoso el eco,
Porque á libertarlas viene
De largo y penoso cerco
El ejército del César
Contra el del francés soberbio.
Aquél reducido y corto,
Éste numeroso y fiero;
El uno descalzo y pobre,
El otro de galas lleno.
Pero el Marqués de Pescara,
Hijo ilustre y predilecto
Del valor y la victoria,
Tiene de aquél el gobierno.

Porque los jefes ancianos
Y los Príncipes excelsos
Que lo mandan, se someten
A su fortuna y su esfuerzo;
Y en él gloriosos campean
Los invictísimos tercios
Españoles, cuya gloria
Es pasmo del universo.
Manda las francesas huestes
El rey Francisco primero,
Que ve las del quinto Carlos
Con orgulloso desprecio.
Y juzgando un imposible
Que osen venir á su encuentro
Con tan cortos escuadrones,
Con tan escasos pertrechos,
No á la batalla, al alcance
Prepárase, repitiendo:
Para la cobarde fuga
Levantan el campamento.

En tanto de él en buen orden
Y en sosegado concierto
(Después de dár á las llamas
Y de hacer pasto del fuego
Las tiendas y los reparos,
Las barracas y repuestos),

Salen á coger laureles
Los imperiales guerreros.
De Nápoles el ilustre
Visorrey al frente de ellos,
En un caballo ruano,
Que es del Vesubio remedo.

Ricas armas refulgentes,
En que dan vivos destellos
Las labores de oro y plata
Del sol naciente al reflejo,
Lleva, y sobre el rico almete,
En la cimera sujeto,
Penacho amarillo y rojo,
Que mece apacible viento.
Cien alabardas de escolta
Cércanle, delante enhiesto
Va su pendón, y le siguen
Personajes de respeto.

En el escuadrón segundo,
De un arnés blanco cubierto,
Y de un sayo de brocado,
En un frisón corpulento

Pasa de Borbón el duque:
¡Lástima que tan egregio
Príncipe, contra su patria
Y su Rey combata ciego!
Entre los varios señores
Y famosos caballeros
Que le acompañan, descuella
Por lo galán y lo apuesto
El joven Marqués del Vasto,
Armado de azules veros,
Con blancas y azules plumas,
Gallardas alas del yelmo.
En un pisador castaño
Que con la espuma del freno,
Escarcha en copos de plata
Los azules paramentos,
Su destreza de jinete,
Con corvetas y escarceos,
Y su agilidad de mozo
Va presumido luciendo.

Tras este escuadrón segundo
Marcha el escuadrón tercero,
Y Alarcón á su cabeza,
Cana barba, rostro serio,
Armas fuertes, mas sin brillo,
Corcel alto, duro, recio,



Una refornida lanza
Que empuña un puño de hierro;
  Sin visera ni penacho,
Capacete de gran peso,
Y sobreveste y gualdrapa,
Ambas de velludo negro,
  Sin recamadas insignias,
Sin divisas ni embelecos,
Eran, como lo era siempre,
Su simple y marcial arreo.
  Siguen tras los hombres de armas
Los escuadrones ligeros,
Y de Cívita-Santángel
El Marqués al frente de ellos.
  Joven valiente y gallardo,
Ignorando va risueño,
Que á manos de un Rey, la muerte
Le aguarda á pocos momentos.
  Rico y galán sayo viste
De purpúreo terciopelo:
¡Harto pronto con su sangre
Mas purpúreo ha de ponerlo!
  De un cuartago de Calabria,
Causa de su fin funesto,
Rige las flexibles bridas,
Que cortadas serán luego.

Las triunfadoras banderas
Donde desarrolla el viento
Los castillos y leones,
Ya de dos mundos respeto,
Y que adorna la fortuna
De palma y laurel eternos,
Donde quiera que tremolan
En entrambos hemisferios,
La invencible infantería
De los españoles tercios,
En bien formadas escuadras,
Sigue por lado diverso.
Descalza, pero contenta;
Pobre, mas de noble esfuerzo
Tan rica, que á sus hazañas
Es el orbe campo estrecho.
El valor y gracia reinan,
Y de la muerte el desprecio,
En sus ordenadas filas
De frugalidad modelo;
Y que de vencer seguras
Llenan de coplas el viento,
Con apodos y con vayas
De andaluces á gallegos.
A sus bravos capitanes
Humildes obedeciendo,
Forman un bosque de picas
Cuyas puntas son luceros;
Y donde los arcabuces,
Preñados de rayo y trueno,

Van pronto á llenar el aire
De humo, plomo, muerte y miedo.
Allí el capitán Quesada,
Allí el capitán Cisneros,
Y Santillana el alférez,
Y Bermúdez el sargento,
Y Roldán el sevillano,
Extremado arcabucero,
Y mil y mil allí estaban,
Gloria del hispano suelo,
Cuyos inmortales nombres
La fama guarda del tiempo,
Y al pronunciarlos palpita
De todo español el pecho.
Con un limpio coselete,
Del sol envidia y espejo,
Con celada borgoñona
Sin cimera ni plumero,
Y con sus calzas de grana,
Y con su jubón eterno
De raso carmesí, llega
Después de dejar dispuesto
Como caudillo el ataque,
Y como caudillo experto,
El gran Marqués de Pescara
En su tordillo ligero.
En su diestra centellea
Un estoque de Toledo,
Y un broquel redondo embraza
Con una muerte en el medio.

Viene, y se coloca al frente
De los españoles tercios,
De sus planes y esperanzas
Con gran razón fundamento.
Y con el semblante afable,
Y con el rostro risueño,
Responde á sonoros vivas
En sazonado gracejo.

Detrás de los españoles
Tardos marchan los tudescos,
Que apiñados parecían
Muro movible de cuerpos.
Sus amarillos pendones
Las águilas del imperio
Ostentan, y lentamente
Las siguen con gran silencio.
Micer Jorge de Austria, anciano
De gran valor y respeto,
Va á su frente en un morcillo
Que hunde donde pisa el suelo.
Lleva arnés empavonado,
Y devoto hasta el extremo,
Con franciscana capucha
El casco y gorjal cubiertos.
Las últimas que desfilan
Y salen del campamento,



Son las banderas de Italia
En pelotones pequeños.
  Dos culebrinas de bronce
Y una lombarda de hierro,
Son toda la artillería
Para tan terrible empeño.
  Don César Napolitano,
Caudillo bizarro y diestro,
Y el capitán Papacodo
Vienen á su frente puestos.

  Ya los franceses cañones,
Cuyo número era inmenso,
Contra estas huestes lanzaba
Muerte envuelta en humo y fuego.
  Y ya viva escaramuza
Se iba rápida encendiendo,
Entre avanzados jinetes
Y alentados ballesteros,
  Y aún del incendiado campo
Llegan á ocupar sus puestos
A todo correr soldados,
Y á escape los caballeros.
  Sólo entre tantos no acude,
Cuando siempre es el primero,
El gallardo don Alonso
De Córdoba, y lo echan menos,

Porque de un noble el retardo,
En tan críticos momentos,
Es mucho más reparable,
Porque debe dar ejemplo.
Y por esperarle todos
Miran hacia el campamento,
Donde con grande sorpresa
Ven, y quédanse suspensos,
Que su tienda solamente
No es ya de las llamas cebo,
Y que aún intacta descuella
Entre el general incendio.

ROMANCE SEGUNDO.

LA TIENDA.

Entre humo, llamas, cenizas,
Que volando en remolinos
Del abandonado campo,
Al sol ofuscan el brillo,
De don Alonso la tienda
Tiene desde lejos fijos
De la multitud los ojos,
La atención de sus amigos.

Aderezado un overo
Cerca de ella, altos relinchos
Da, y huella y escarba el polvo,
No cabiendo ya en sí mismo.
Porque la mano en el diestro
Tiene sujeto su brío
Un paje, que también tiene
Un lanzón con pendoncillo.

Están dentro de la tienda,
A un lado, sentada en rico
Almohadón de terciopelo
Sobre tapete morisco,
Una gallarda señora
Con semblante dolorido;
Teniendo en sus bellos brazos
Dos hermosísimos niños.
Y de pie, á su frente, un joven
De brillante arnés vestido,
La cabeza sin almete
Y el rostro contemplativo.
Dos luceros son los ojos
De aquella dama ó prodigio,
Que á las mejillas de nácar
Le dan perlas por rocío.
Las negras y luengas trenzas
Con negligente prendido
Dan más blancura á su frente,
Dan á sus ojos más brillo,

Dan más carmín á sus labios
De amor poderoso hechizo,
Dibujando un albo cuello
Y un seno de ángeles nido;
Pues viendo en él agrupados
A los dos infantes lindos,
El llamarle de esta suerte
No es exagerado estilo.
El mancebo armado muestra,
En aspecto y atavío,
De su linaje lo ilustre
Y de su cuna lo rico.
Es el noble don Alonso
De Córdoba, que cautivo
De un amor firme, combate
Por salir de un laberinto.
Del gran Marqués de Alcaudete
Hermano, y aun presuntivo
Heredero, aquella hermosa
Ha tiempo tiene consigo,
Con disgusto y con despecho,
No sólo del Marqués mismo,
Sino de otros dos hermanos
Capitanes de gran brío,
Que en las huestes españolas
Con el de Pescara invicto,
Para avalorar su nombre
Ocupan honroso sitio.

La dama, en ilustre sangre,
Al joven esclarecido
No iguala, es cierto, mas junta
A los altos atractivos
De la gracia y la belleza,
Del donaire y señorío,
Y de los ojos de fuego,
Y del hablar argentino,
Tal bondad y tal ternura,
Tan cultivado y pulido
Entendimiento, y modales
Tan dulces, gratos y finos,
Que de don Alonso tienen
Disculpa los extravíos,
Por prenda en quien tantos dotes
Colocar el cielo quiso;
Pues amor y entendimiento
Y valor, siempre se ha dicho,
Que igualarlo pueden todo:
Y no es error el decirlo.
Ella es honrada, aunque humilde,
Y para hombre bien nacido
El honor de las mujeres
No es juguete de capricho.
Y si es que tiene de padre
Ya la obligación consigo,
Con Dios y con los sensatos
Se ve en grande compromiso.

Don Alonso, caballero
De tan altos requisitos,
Cuando va á exponer la vida
A un inminente peligro
(Siempre solemne momento
En que entra el hombre en sí mismo,
Porque voces que no mienten
Le dan interiores gritos),
Revuelve allá en su cabeza
Mil encontrados arbitrios,
Para entre el mundo y el cielo
Encontrar algún camino.
Su pecho es campo en que luchan
Irritados enemigos,
Preocupaciones, afectos,
Miramientos y cariños.
Y con los brazos cruzados,
El rostro helado y marchito,
Desencajados los ojos,
Convulsos los labios fríos,
Hecha pedazos el alma,
El corazón derretido,
Quisiera que un rayo ardiente
Le clavara en aquel sitio.

La dama, que no sospecha
El confuso laberinto

En que se pierde su amante,
Demudado y discursivo,
Creyendo que el amor sólo
Detiene su heroico brío,
En momento en que el retardo
Pone el honor en peligro,
Sollozando: «¿Qué os detiene,
Dice, amado dueño mío,
Cuando las trompas os llaman
Y os espera el enemigo?
»Volad, que yo no os detenga;
Volad, señor, os suplico,
Vuestro nombre y vuestra fama
Son antes que yo y mis hijos.»
De tal labio, don Alonso,
Al escuchar tal aviso,
Que fué del honor espuela
Y del amor incentivo,
En sí torna, se resuelve,
Y dando un largo suspiro,
Como lo da el que cansado
Sale de un profundo abismo:
«Decís bien, señora, exclama;
Mas venid á ser testigo
De que pago cuanto debo
A Dios, á vos y á mí mismo.»
Cálase el yelmo; del brazo
En frenético delirio
Ase á la dama, que aprieta
Contra su seno á los niños.

Sale con ella y con ellos,
Monta en el overo altivo,
Acomoda en la gurupa
A su dama y á sus hijos,
Y hacia el campo de batalla
A escape toma el camino,
En velocidad y en fuego
Rayo ó disparado tiro.
Todos cuantos lo esperaban
Reconócenlo al proviso,
De que traiga, avergonzados,
Tal embarazo consigo.
La lenguaraz soldadesca
Prorrumpe en picantes dichos,
Pues no hay respeto que imponga
Freno al vulgacho maligno.
Y los dos nobles hermanos
De don Alonso, ofendidos,
De enojo y cólera ciegos,
En tierra los ojos fijos,
Temiéndose nueva afrenta
En tal hora y en tal sitio,
Con las viseras esconden
Los rostros escandecidos

ROMANCE TERCERO.

EL CABALLERO.

Sin templar las flojas bridas,
Ni dar descanso á la espuela,
El ilustre don Alonso
A do están los tercios llega;
Dando al desprecio las burlas,
Sordo haciéndose á la befa
De licenciosos soldados
Y de desatadas lenguas,
Ante el Marqués de Pescara,
Que siente tal ocurrencia,
Y que está suspenso y grave,
Pone fin á la carrera.
Desocupa los arzones,
A niños y madre apea,
Y con firme acento dice,
Alzándose la visera:
«Marqués de Pescara egregio,
Pues circula en vuestras venas
Sangre tan noble y cristiana
Como el mundo reverencia,
»No extrañaréis el que un noble,
Que de cristiano se precia,

Sus obligaciones cumpla
Y satisfaga sus deudas;
»Ni que un valiente soldado
Que á combatir marcha, quiera
Para entrar con más empeño,
Dejar mayores riquezas.
»Ni que tranquila su alma
Al lance llevar pretenda,
Porque si es del valor centro,
Mayor valor hay en ella.
»Yo estoy obligado y debo,
Mil bienes se me presentan
Que asegurar, y mi alma
La tranquilidad anhela.
»Bajo vuestro patrocinio
Cumpla, pues, pague, enriquezca,
Mi alma tranquilice, y obre
Según Dios y mi conciencia.
»Al capellán que os asiste
Mandadle, señor, que venga,
Y que me case ahora mismo
Aquí con doña Teresa.
»Y bendecido mi enlace,
Estos dos ángeles sean
Hijos legítimos míos,
Purgados de toda afrenta.
»Y si el cielo dispusiese
Que yo caiga en la pelea,
Habrá quien me sustituya
En lealtad y en fortaleza.»

Calló; y el Pescara insigne
Y los jefes que le cercan,
Conmovidos y admirados
Tan cristiano empeño aprueban.

Viene el capellán al punto
En una mula; se apea,
De don Alonso elogiando
Acción tan gallarda y buena.
Entusiamo por las filas
Cunde con la extraña nueva,
Porque una acción generosa
Tiene mágica influencia.
Y un ejército testigo
Siendo de la boda, hecha
Fué con los sagrados ritos
Que á sacramento la elevan.

Desmáyase la señora,
Y en los brazos la sustenta
Su esposo, que á entrambos niños
Contra la coraza aprieta.
Se enternece el sacerdote,
Pescara los brazos echa

Al regocijado novio,
Y da mil enhorabuenas.
  El ejército, de vivas,
Admirado el aire llena.
Vienen los amigos todos,
Todos los curiosos llegan.
  Y de don Alonso entonces
Ya no tienen resistencia
Los enojados hermanos,
Y entre sus brazos lo estrechan;
  Y despojándose afables
De anillos y de cadenas,
Unos dan á su cuñada,
Otros en los niños cuelgan.
  De cordialidad, de gozo,
Y de dicha tal escena
Formando, en aquel momento,
Que á un mármol enterneciera.

  Pero los instantes urgen:
Don Alonso activo, ordena
A su esposa y á sus hijos
Retirar de allí á gran priesa;
  Porque ya silban las balas,
Y ya cruzan las saetas,
Y las trompas y atambores
Dan de combatir la seña;



Y cabalgando ligero,
La lanza en la cuja puesta,
Vuelto al Marqués de Pescara
Dice así con voz resuelta:
«Por uno antes combatía,
Porque uno tan sólo era,
Mas hoy combatir por cuatro
Quiero que el mundo me vea:
»Por mí, por mis tiernos hijos
Y por mi esposa discreta:
Vos veréis, caudillo excelso,
Si sé hacerlo, aunque perezca.»
Revuelve el potro, la lanza
En el ristre á punto puesta.
Y en lo más trabado y recio
Entróse de la pelea.
Síguenle sus dos hermanos;
Y de los tres las proezas
En aquel tremendo día,
Que á España de gloria llena,
Fueran tales, que lograron
Aplausos y recompensas,
Y en el clarín de la fama
Nombre inmortal, gloria eterna.





LA VICTORIA DE PAVÍA.

Al Sr. D. Mariano Roca de Togores.

ROMANCE PRIMERO.

PESCARA Y LOS ESPAÑOLES.

De la sitiada Pavía,
Desde las gigantes torres
Que el bravo Antonio de Leiva
Guarda con sus españoles;
Entre nubes de humo y polvo
Do arcabuces y cañones,
De rayos llenan el aire,
De truenos el horizonte;
Se ve la horrenda batalla,
En que disputan feroces
Francisco y Carlos el cetro
De Italia y de todo el orbe.
Dos veces más numerosos
Los franceses escuadrones

Son, que los que allí combaten
De Carlos quinto en el nombre.
Y aquéllos á su cabeza,
Con lo que valen el doble,
Tienen á su rey Francisco,
Monarca de excelsos dotes.
Pues en valor y destreza,
Y en caballeroso porte,
Quien le exceda y sobrepuje
El mundo no reconoce.
Al ejército del César,
Si la ventaja nególe
El cielo, de ver al frente
A su soberano entonces,
Le dió la de que lo rija
El aventajado y noble
Marqués de Pescara invicto,
Guerrero de alto renombre.
Y si es en número escaso
Y viene de galas pobre,
También con la fama cuenta
De los tercios españoles.

La francesa artillería,
Cuyo número era enorme,
Deshace apretadas filas,
Espesas hileras rompe,

Y cual tempestad horrenda
Llena de pavor el orbe,
Borrando el són de las trompas
Y de los cabos las voces.
Mas las imperiales huestes
Desprecian el fuego, y corren
A que decida el combate
De la dura lanza el bote.
Y de Nápoles embiste
El Visorrey á galope,
De hombres de armas y ligeros
Con los bravos escuadrones.
El Rey de Francia los suyos
Numerosísimos pone,
Mas cual bisoño caudillo,
Para la batalla en orden.
¡Cuán gallardo y rozagante,
Augusto, lozano y joven,
Oprime un tordo rodado
Que á tal dueño corresponde!
De morado terciopelo
Y brocado de oro, sobre
El arnés fúlgido, lleva
Vestes de ricas labores:
Efes de oro son y lises
Que deslumbran como soles;
Y de oro y morada seda
Lazos, borlas y cordones.
En el alto capacete,
Del viento halago y azote,

Amarillos y morados
Vuelan flexibles airones.
Y en medio de ellos descuella
Una flecha de oro, donde
Primoroso pendoncillo
Un claro emblema propone.
Bordada una salamandra
Que en vivo fuego se esconde,
Es el cuerpo de la empresa,
Y *modo et non plus* el mote.
El Almirante de Francia,
Personaje de alto nombre;
El gran Príncipe de Escocia,
Gallardo y hermoso joven;
El Príncipe de Navarra;
De San Pol el bravo Conde;
El mariscal Montmorency,
Y otros insignes señores,
Le acompañan y le sirven,
Con él las filas recorren,
Y con él al campo abierto
Salen á esperar el choque.

Terrible fué; parecía
Que se encontraban los montes,
Que se desplomaba el cielo
Y que caducaba el orbe.

Mas ¡ay! las fuerzas de Francia
Eran en número dobles,
Y el valor no hace imposibles,
Aunque el valor los arrostre.
Si bien del Virrey la lanza
Dió al Almirante fin noble;
Si bien insignes franceses
Cayeron de los arzones;
Si bien resisten constantes,
Como murallas de bronce,
Los imperiales jinetes,
Al cabo, al cabo eran hombres.
Muere del Rey en la lanza
El desventurado joven,
A quien Cívita-Santángel
Por su Marqués reconoce.
El mismo Alarcón á tierra
Vino de una maza al golpe,
Como cae gigante pino,
Cual se desploma una torre.
Y á pie combate y resiste
Dando tajos y mandobles,
Y á su vigor y destreza
Debió no morir entonces.
El del Vasto en gran peligro
Se ve entre diez borgoñones,
Y tiene que abrirse paso
Con la punta del estoque.
Todo es muerte y exterminio;
Cuatro jinetes se oponen

A cada jinete nuestro,
Sin que la lid abandone.
  Y ya no queda esperanza
De que á la victoria logren
Seducir tan alto esfuerzo,
Y tantas hazañas nobles;
  Cuando el capitán Quesada
En el combate lanzóse,
Seguido de cien certeros
Arcabuces españoles.
  Y con tanto tino asesta
Sus rayos atronadores,
Que á los contrarios asombra
Y en retirada los pone.

  En tanto, por otra parte
Otros frescos escuadrones
De bien montados franceses,
Francia apellidando á voces,
  Arrollando cuanto encuentran,
Con la lanza enristre corren,
Y á los tercios de la Italia
Vencen, deshacen y rompen.
  Los esguízaros que siguen
De la Francia los pendones,
A reforzar el combate
Presurosos se disponen.



Y hasta el mismo rey Francisco
Con nuevo escuadrón á trote,
Va á asegurar la victoria
Que ya suya reconoce.
El gran Marqués de Pescara
Que lo advierte, decidióse,
Confiado en su fortuna,
A aventurar todo entonces:
Y con risueño semblante
A los tercios españoles
Torna, y animoso dice:
«¡Ah de mis fuertes leones!
»Vuestro debe ser el día;
Allí donde más feroces
Los enemigos se agolpan,
Allí hay laureles mayores.
»Venid conmigo á cogerlos,
Vuestras frentes solas logren
Coronarse con sus ramas
Entre tan varias naciones.»
Vivas que asordan el aire,
Y seis mil bravos acordes
Lanzan, sonoroso grito
De ansia de gloria y renombre,
Fué la respuesta. Y al punto
Con celeridad movióse
De picas y de arcabuces
Un espesísimo bosque.
Al momento la fortuna,
Tan indecisa hasta entonces,

En las imperiales huestes
Los mudables ojos pone;
  Y del pendón de Castilla
Los gloriosos resplandores
Encantaron sus miradas,
Y en su favor declaróse.

  Los arcabuces de España
No hay fila que no destrocen,
No hay caballo que no ahuyenten,
No hay guerrero que no postren.
  Y las picas españolas
No hay escuadra que no arrollen,
Embate que no resistan,
Ni denuedo que no asombren.
  Huyen de su ardiente brío,
De sus balas y sus botes,
Los franceses hombres de armas,
Y los ligeros peones.
  Y los esguízaros huyen
En confusión y desorden,
Y huyen los nobles jinetes,
Y huye el Rey mismo á galope,
  Y de un ejército inmenso
Que ya vencedor juzgóse,
Triunfa el Marqués de Pescara
Con sus seis mil españoles.



Este valiente caudillo,
Cuyo esfuerzo no conoce
Rival en el ancho mundo,
Más alta empresa dispone:
Y ordenando que el alcance
Prosigan los vencedores,
Y que los tudescos vengan
A sostenerlos veloces,
Junta á varios caballeros
Y de armas á algunos hombres,
Que escaramuzando andaban
Sin jefes y sin pendones;
Y poniéndose á su frente,
Y requiriendo el estoque,
En un escuadrón lejano
Que el rey Francisco recoge,
Para tornar donde pueda
Dejar bien puesto su nombre,
Al grito de *cierra España*
Con nueva furia lanzóse.

En tanto Antonio de Leiva,
Que la ventaja conoce
De las fuerzas imperiales,
Cual raudo torrente rompe
Por las puertas de Pavía;
Y cayendo osado sobre

La retaguardia francesa,
En grande aprieto la pone.
  Ya es de Carlos la victoria,
Ya los tercios españoles,
Como el huracán que arrasa
Los enmarañados bosques,
  Abriéndose en un momento
Ancha calle á sus furores,
No ven ya en su paso estorbo,
No encuentran quien los afronte.
  Pero en medio de su triunfo
Con pasmo y con dolor oyen,
De que su Pescara es muerto
Correr las siniestras voces.
  Es cierto que no parece
Desde que con pocos hombres
De armas le vieron lanzarse
Con tanto denuedo, donde,
  Aún trabada la pelea,
Reina confuso desorden.
Vengarlo, pues, juran todos,
Y allá revuelven feroces,
  Cuando entre el polvo y el humo
Ven aparecer á trote,
Al victorioso caudillo
De sus esperanzas norte.



Mas ¡oh Dios, en cuál estado!
Herido su rostro noble,
Pasado el brazo siniestro
De una lanza al duro bote;
El coselete partido
Y atravesado del golpe
De una bala, que parece
Que fin á sus glorias pone.
Y el tordillo moribundo,
Herido en cuello y quijotes,
Un raudal de negra sangre
Derramando á borbotones.
Las españolas escuadras
Quedan al mirarlo inmobles,
Y el placer de la victoria
En llanto y dolor tornóse.
Al cabo llega Pescara
Sin que la muerte le asombre,
Y dice con voz tranquila,
Partiendo los corazones:
«¿Por qué os detenéis, amigos?
Valerosos españoles,
Pues ya es vuestra la victoria
Nada mi falta os importe.»
Desplómase el tordo en tierra;
Dos capitanes recogen
Al General en los brazos,
Y Vega, su gentil hombre,
Del sangriento coselete
Le desencaja los broches,

Y ve..... ¡oh placer! que la bala,
Causa de tantos temores,
Aplastada contra el pecho,
Leve contusión esconde:
Del coselete, sin duda,
En los adornos de bronce
Perdió su temible fuerza;
Ó por dicha disparóse
Desde tan lejos, que trajo
Escasa violencia el golpe.
Reanímanse los soldados,
Por milagro reconocen
Dicha tan grande, y en *vivas*
Prorrumpen y alegres voces.
Y repuesto el mismo herido,
Que traspasado juzgóse,
De la contusión del pecho
Por los agudos dolores,
«Bendito sea Dios», exclama.
Ármase de nuevo, y sobre
Otro corcel restablece
En las escuadras el orden.
Y en las márgenes floridas
Del manso Tesín, por donde
Se retiran derrotados
De Francia los escuadrones,
Sembrando exterminio y muerte,
Aparecieron veloces,
El gran Marqués de Pescara
Y los tercios españoles.

ROMANCE SEGUNDO.

EL ESTANDARTE ANTE TODO.

Del Tesín en las orillas
Quiere hacer su último esfuerzo,
Vencido y avergonzado
El rey Francisco primero.
Sus numerosas escuadras
Dispersas ve y sin aliento,
Y fuerzas aún poderosas
En confuso desconcierto.
Con el estoque en la mano,
De cálida sangre lleno,
Pues soldado fué valiente,
Si no fué caudillo experto;
Deslucidas ya sus galas,
Deslustrados sus arreos,
Y abollados de los golpes
El capacete y el peto;
En su corcel, que de espuma,
De sangre y sudor cubierto,
Cruza fatigado el campo
Obediente á espuela y freno;
Solo y sin séquito corre
Llamando á sus caballeros,

Denosta sus fugitivos,
Recoge algunos dispersos,
Y revuelve valeroso
A escaramuzar ligero,
Pensando que aún algo puede
Con su valor y su ejemplo.
Todo en vano; la fortuna
La espalda y rostro le ha vuelto,
Y hasta las heces el cáliz
Beberá del vencimiento.
De Alarcón los hombres de armas
Vestidos de tosco hierro,
Los del Virrey denodados
Y los de Borbón soberbio,
Y entre el tropel de jinetes,
Mezclados arcabuceros
Españoles, cuyas balas
Tienen prodigioso acierto,
Del Rey de Francia infelice
Invalidan los esfuerzos,
Y hacen sordos á sus voces
A los franceses guerreros.

El despechado Monarca
Del desapiadado cielo
Tenaz resistencia opone
Al inmutable decreto.

Y retirarse ordenados
Á sus esguízaros viendo,
Del Tesín á un ancho vado,
Donde su fin va á ser cierto,
Vuela á ponerse á su frente
Para advertirles el riesgo
Que van á hallar en las aguas,
Por no arrostrar el del fuego,
Y los conjura y exhorta
A que con él revolviendo,
Noble resistencia opongan
Al vencedor altanero;
Y que cual valientes busquen
Con él de salud un puerto,
No del Tesín en las ondas,
Mas de la lid en el hierro;
Que allí segura es la muerte,
Y aquí bien puede no serlo;
Que aquí aún les espera gloria,
Y allí sólo vilipendio.
Mucho alcanza, pues consigue
Formarlos y contenerlos,
Y ya de esperanza nueva
Ve casi el rostro risueño,
Cuando aterrador fantasma
Se ve venir á lo lejos:
Los pendones invencibles
De los españoles tercios.
Y olvidando que á su frente
Tienen hombre tan excelso,

Y del engañoso río
Olvidando el grave riesgo,
  Los esguízaros soldados,
De pánico asombro llenos,
Huyen, al Rey abandonan,
Y al vado parten derechos.
  El francés Monarca entonces,
Las lágrimas del despecho
Quemando su rostro augusto,
Quiere morir como bueno,
  Y vuela hacia el puente, donde
Aún resisten con empeño
Algunos fieles magnates,
Algunos nobles guerreros.

  Mas ¡ay! la suerte tremenda
Llegar le impide á aquel puesto,
Donde libertad y gloria
Iba á conseguir al menos,
  Pues que silbadora bala,
De ignoto arcabuz partiendo,
De su corcel fatigado
Rompe y atraviesa el pecho.
  Vacila el bruto, retiembla,
De sangre espumosa el suelo
En raudo torrente inunda,
Quédase clavado y yerto.



De nieve son sus orejas,
De sus ojos muere el fuego,
Y en grave estruendoso golpe
Desplómase con su dueño.
¡Oh dolor, yace en el fango
El trono de Francia excelso,
El poderoso monarca
Que juzgaba el orbe estrecho!
De inconstancias de fortuna
Grande y doloroso ejemplo,
Y de la humana soberbia
Aterrador escarmiento.
Nada hay firme en este mundo:
Valor, gloria, nombre, imperio,
Cuando una espada se empuña,
Todo queda en duda puesto.

El hidalgo vizcaíno
Juan de Urbieta, que cubierto
De tosco arnés, en un potro
Escaramuzaba suelto,
Pasa y ve bajo el caballo
Tan lucido caballero,
Que por levantarse pugna
Con inútiles esfuerzos.
No sospechando quién era
Le pone el lanzón al pecho,

Y «Ríndete al punto, grita,
Ó quedarás aquí muerto.»
Respóndele el derribado:
«Soy el Rey de Francia, quedo
A tu Emperador rendido,
Y heme ya tu prisionero.»
Retira Urbieta la lanza
Con el debido respeto,
Y con tan rara fortuna
Pasmado queda y suspenso.
Animado el Rey prosigue:
«Que al punto bajes te ruego,
Que este maldito caballo
Me revienta con su peso.»
Iba el noble vizcaíno
A darle socorro presto,
Y ya para echarse á tierra
Soltó el estribo derecho,
Cuando del puente á la boca
Ve de franceses en medio
Su estandarte, y que el alférez
Solo lo está defendiendo.
Y el honor de su estandarte,
Y la fe del juramento,
Más que ansia de vanagloria
En su alma ilustre pudieron.
«Ya, señor, al Rey le dice,
Socorro daros no puedo,
Que es mi estandarte ante todo,
Y está mi estandarte en riesgo.



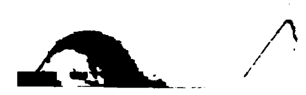
»Confesad que os he rendido,
Y pues que prenda no llevo,
Porque podáis conocerme
Si á vuestra presencia vuelvo,
»Miradme, que soy mellado.»
Y alzando del tosco yelmo
La visera, en un instante
Le mostró dos dientes menos.
Y revolviendo el caballo
Al puente voló ligero,
Con el lanzón en el ristre,
De honra y de lealtad modelo.

ROMANCE TERCERO.

UN REY PRISIONERO.

Mientras el bizarro Urbieta
Va á libertar su estandarte,
Dejando la alta fortuna
Que le plugo al cielo darle,
Al rey Francisco, impedido
De moverse y levantarse,
Porque le sujeta en tierra
De su caballo el cadáver,

Diego Avila, el granadino,
También hombre de armas, vase,
Y que se rinda le grita
Decidido y arrogante.
Respóndele el Rey: «Rendido
A otro español estoy antes,
Y que soy el Rey de Francia
Para tu gobierno sabe.»
Sorprendido el granadino
De aventura tan notable,
«¿A ese español, le pregunta,
Habéis dado prenda ó gaje?
—»Le dí sólo mi palabra,
Que mi palabra es bastante,
Contesta el Rey; mas si quieres,
Toma mi espada y mi guante,
»Y sácame del caballo
Y ayúdame á levantarme,
Que la visera me ahoga
Y esta pierna se me parte.»
Avila toma las prendas
Destilando fresca sangre,
Echa pie á tierra, y ayuda
Al Rey con trabajo grande,
Y levántalo, y el yelmo
Le desencaja al instante,
Para que le dé en el rostro,
Que lo ha menester, el aire.



Hita, soldado gallego,
Tosco y de toscos modales,
Con su sangrienta alabarda
Y desarrapado traje,
Llega, y con poco respeto,
Ya resuelto á despojarle,
De la insignia se apodera
Del más elevado Arcángel.
De San Miguel el collar
Echase al cuello el salvaje,
Con su tosquedad y harapos
Haciendo extraño contraste.
El Rey le dijo: «Valiente,
Por él te doy de rescate
Seis mil ducados de oro,
Y más, si en más lo estimares.»
Y contestóle el gallego:
«Guardaréle, que colgarle
De mi Emperador al cuello
Podré yo, temprano ó tarde.»

En esto llegaban otros
Soldados sin capitanes,
Con la victoria embriagados,
Cebados con el pillaje,
Y en su sagrada persona
Ponen sus manos rapaces;

La veste del Rey desgarran,
Sus preseas se reparten,
Y le arrebatan del yelmo
La bandereta y plumajes,
Que la codicia villana
No guarda respeto á nadie.
Avila, Hita y Urbieta
(Que ya en salvo su estandarte
Dejó), con vanos esfuerzos
Por defenderle combaten.
Cuando llegaron á punto
Varios nobles personajes,
Que á tan feroz soldadesca
Obligan á reportarse,
Enseñándoles valientes
A que respeten y acaten
A la majestad augusta,
Que aunque vencida es muy grande.

De estar el Rey prisionero
Cunde la nueva al instante,
Por el uno y otro campo
Con efectos desiguales.
Los franceses caballeros
De más valor y linaje,
Tornan á correr la suerte
Que á su Rey Dios quiso darle.

Y los jefes y caudillos
De las tropas imperiales,
Vuelan á que cese al punto
La mortandad y la sangre.
El de Pescara glorioso
Corre ligero á la parte,
En que al rey Francisco juzga
Expuesto á villano ultraje.
Llega, del caballo salta,
Y con respeto admirable,
Hincadas ambas rodillas,
La mano quiere besarle.
No lo consiente el Monarca,
Que tiene un consuelo grande
En verse ya protegido
Por hombre que tanto vale.
Y obligándole risueño
De la tierra á levantarse,
«Noble Marqués de Pescara,
Pues que la fortuna os cabe,
»Le dice, de tal victoria,
Os pido no se derrame
De mis vencidos vasallos
La desventurada sangre.
»Y espero que en vos encuentren
Protector, amparo y padre,
Los franceses que se miren,
Como yo, en tan duro trance.»
De lágrimas arrasados
Los ojos al escucharle

Pescara: «Señor, le dice,
Vuestra súplica es en balde;
»Pues la nación española,
Que logra triunfo tan grande,
En la victoria es tan noble
Como brava en el combate.»

También el del Vasto llega
Y el Rey lo recibe afable,
Y con dignidad lo elogia
Por su apostura y su talle.
Y el consuelo se divisa
En su abatido semblante,
De verse entre caballeros
Que tratar con Reyes saben.

Mas imprevisto incidente
Vino de nuevo á alterarle,
Y á hacer más terrible y duro
Su destino deplorable.
De Borbón el Duque altivo,
¡Desacato repugnante!
A su Rey vencido quiere
Sin reparo presentarse.

¿Y cómo? Manchado todo
Con propia francesa sangre,
De un valor mal empleado
Haciendo insolente alarde.
No le conoce Francisco;
Pero de pronto, al mirarle,
Dió, por un secreto impulso,
De gran enojo señales.
Y quién era, preguntando,
Como el Marqués contestase:
«Señor, de Borbón el Duque,»
Puso un ceño formidable.
Y volviendo las espaldas
Con dignidad, ocultarse
Quiso entre aquellos guerreros,
Porque el Duque no llegase.
Notólo Pescara al punto,
Y como discreto parte
A evitar inconvenientes
Y á allanar dificultades.
Ruega de Borbón al Duque
Que el sangriento estoque envaine,
Que quite la sobreveste
Y que se limpie la sangre.
Y con él á pie se acerca,
Donde el Rey, inexorable,
No digna volver el rostro,
Que en ira y en furor arde.
La mano el Duque le toma
De rodillas; arrogante

La retira el Rey. El Duque
Tiene la audacia de hablarle,
Y el Monarca, levantando
Los ojos como volcanes
Al cielo, en voz alta dice:
«¡Santo Dios, paciencia dadme!»
Oyendo lo cual Pescara,
Hace que de allí se aparte
El de Borbón, y de él libre
Tornó el Rey á sosegarse.

ROMANCE CUARTO.

UN ANDALUZ.

Reunidos los generales
De las naciones distintas,
Que el ejército del César
Ya vencedor componían,
Acatan al Rey cautivo,
Y le consuelan y animan,
Conducirlo disponiendo
A los muros de Pavía.
Danle un corcel generoso,
Con honrosa comitiva

De franceses personajes
Que rendidos le seguían.
  Y antes confesando todos,
Con admirable justicia,
Que victoria tan insigne,
Triunfo tan grande y tal dicha,
  Se debe tan solamente
A la española milicia,
Disponen que España sola
Tenga la prerrogativa
  De guardar un prisionero
De tan importante estima;
Y que Alarcón el famoso
De Alcaide y guarda le sirva.

  En medio, pues, de los tercios
Españoles, y á su vista,
Desplegadas las banderas
De gloria y laureles ricas;
  De Alarcón á la derecha
El Rey de Francia camina,
Esforzándose orgulloso
En dar á su faz sonrisa.
  Los escuadrones tudescos,
Que una ladera contigua
De aquel camino ocupaban,
Al pasar la infantería

Española, entusiasmados
Le hacen salva, y alta grita
Levantan hasta las nubes
Repitiendo: *¡España viva!*
Al Rey suspende tal muestra
Dada por las tropas mismas
Del ejército triunfante,
Y es novedad que le admira.
Reconociendo cuán alta
La española gloria brilla,
Pues competencias no admite
Y da admiración, no envidia.
Afable el Rey conversando
Con las personas distintas
Que le cercan, caminaba
Gallardo sobre la silla.
Y al encontrar de franceses
Prisioneros las cuadrillas,
Los consuela con su ejemplo
Y con su voz los anima.
Y á los cabos españoles,
Que en respeto y cortesía
Ni un sólo punto desdicen
De lo que á nobles obliga,
Los recomienda con tanto
Extremo, afán y caricias,
Que se arrasaban los ojos
De cuantos allí venían.

En los altos de la marcha
Embarazosa y prolija,
Varios soldados de cuenta
A ver al Rey acudían.
Y el Rey demostraba atento
Con delicadeza fina,
Gusto en que le presentasen
Los de garbo y nombradía.
Llegó entre tantos acaso
Roldán, hijo de Sevilla,
Llamado el *Arcabucero*,
Mote puesto con justicia;
Pues lo era tan extremado,
Que nunca erró puntería,
Clavando siempre la bala
Donde clavaba la vista.
Este tal, galán y apuesto,
De cara muy expresiva,
De talle en extremo airoso,
De aguda fisonomía;
Con aire matón y jaque,
Calzas de majo y ropilla,
Con un inmenso chapeo
De alas luengas y tendidas;
Con su cuera y sus mangotes,
Y sus frascos en la cinta,
De recamos adornada
Y de escarcela provista,
Se acerca al Rey, y apoyado
Del arcabuz en la horquilla,

Y zarandeando el cuerpo,
Cual hombre que nada admira,
»Señor— con ceceo dice,
Y lengua aunque gorda viva,—
Cuando mi sargento anoche
Me dijo que combatía
»Vuestra Alteza en este empeño,
Prepararé varias cosillas;
Los trastos que en tales lances
Cualquier hombre necesita.
»Fundí, señor, doce balas,
Que al cabo son la comida
De esta serpiente (mostróle
El arcabuz con sonrisa,
»Prosiguiendo); fundí, digo,
Doce balas, las precisas.
Seis de plomo, destinadas
A canalla gabachina;
»Y las seis, muy á mi gusto
Cumplieron; ¡Dios las bendiga!
Fundí otras cinco de plata
Para gente de alta guisa;
»Y en cinco ilustres monsiures
Se hallarán, no están perdidas,
Que ¡vive Dios! tal acierto
No lo he tenido en mi vida.
»Y una fundí, finalmente,
De oro muy puro y sin liga,
Aquí está, señor, miradla.»
Expuso á la regia vista

Una gruesa bala de oro
Que en la escarcela traía,
Continuando, sin turbarse,
Con gracejo y con malicia:
«Gran señor, fundí esta bala
Para daros muerte digna,
Si en el combate de veros
Se me lograba la dicha.
»Y ya que vuestra fortuna
No os puso en mi puntería,
Vuestra debe ser la prenda,
Que siempre vuestra á ser iba.
»Tomadla, señor, tomadla;
Pesa dos onzas cumplidas,
Y puede que para ayuda
De vuestro rescate sirva.»
Al rey Francisco tal gracia
Hizo aquella retahíla
Del andaluz, y el despejo
Con que acertara á decirla,
Que afable tomó la bala
Diciendo: «Amigo, la estima
Mi aprecio en mucho, y confío
Que os lo mostraré algún día.»
Roldán le hizo reverencia
Y vuelve á entrar en su fila,
Tan contento de sí mismo,
Que ni á Carlos quinto envidia.

ROMANCE QUINTO.

CONCLUSIÓN.

Dueño absoluto de Italia
Fué el insigne Emperador,
Con esta excelsa victoria
Del alto esfuerzo español.
Y cautivo el Rey de Francia
Vino á Madrid y habitó
La torre de los Lujanes,
Con Hernando de Alarcón.
En la plaza de la Villa
Aún dora esta torre el sol,
Coronada de recuerdos
Que el tiempo no borra, no.
De ella al cabo el rey Francisco
Rescatándose, tornó
A ocupar el rico trono
De la francesa nación.
Pero su rendida espada,
Prenda de insigne valor,
Testigo eterno de un triunfo
Que el orbe todo admiró,
En nuestra regia armería
Trescientos años brilló,

De los franceses desdoro,
De nuestras glorias blasón.
Hasta que amistad aleve,
Que ocultaba engaño atroz,
Con halagos y promesas
Que ensalzó la adulación,
Tal prenda de un triunfo nuestro
Para Francia recobró;
Como si así de la historia
Se borrase su baldón.
Harto indignado, aunque joven,
Esta espada escolté yo,
Cuando á Murat la entregaron
En infame procesión,
Pero si llevó la espada,
La gloria eterna quedó,
Más durable que en acero
De la alta fama en la voz.
Y en vez de tal prenda, España
Supo añadir, ¡vive Dios!
Al gran nombre de Pavía
El de Bailén, que es mayor.





UN CASTELLANO LEAL.

ROMANCE PRIMERO.

«Hola, hidalgos y escuderos
De mi alcurnia y mi blasón,
Mirad, como bien nacidos,
De mi sangre y casa en pro.
»Esas puertas se defiendan,
Que no ha de entrar ¡vive Dios!
Por ellas, quien no estuviere
Más limpio que lo está el sol.
»No profane mi palacio
Un fementido traidor,
Que contra su Rey combate
Y que á su patria vendió.
»Pues si él es de reyes primo,
Primo de reyes soy yo;
Y Conde de Benavente,
Si él es Duque de Borbón.
»Llevándole de ventaja,
Que nunca jamás manchó

La traición mi noble sangre,
Y haber nacido español.»

Así atronaba la calle
Una ya cascada voz,
Que de un palacio salía
Cuya puerta se cerró;
Y á la que estaba á caballo
Sobre un negro pisador,
Siendo en su escudo las lises
Más bien que timbre, baldón;
Y de pajes y escuderos
Llevando un tropel en pos,
Cubiertos de ricas galas,
El gran Duque de Borbón:
El que lidiando en Pavía,
Más que valiente, feroz,
Gozóse en ver prisionero
A su natural señor;
Y que á Toledo ha venido,
Ufano de su traición,
Para recibir mercedes,
Y ver al Emperador.



ROMANCE SEGUNDO.

En una anchurosa cuadra
Del alcázar de Toledo,
Cuyas paredes adornan
Ricos tapices flamencos,
Al lado de una gran mesa
Que cubre de terciopelo
Napolitano tapete
Con borlones de oro y flecos,
Ante un sillón de respaldo,
Que entre bordado arabesco
Los timbres de España ostenta
Y el águila del Imperio,
De pie estaba Carlos quinto,
Que en España era primero,
Con gallardo y noble talle,
Con noble y tranquilo aspecto.

De brocado de oro y blanco
Viste tabardo tudesco,
De rubias martas orlado,
Y desabrochado y suelto,

Dejando ver un justillo
De raso jalde, cubierto
Con primorosos bordados
Y costosos sobrepuestos,
Y la excelsa y noble insignia
Del Toisón de oro, pendiendo
De una preciosa cadena
En la mitad de su pecho.
Un birrete de velludo
Con un blanco airón, sujeto
Por un joyel de diamantes
Y un antiguo camafeo,
Descubre por ambos lados
Tanta majestad cubriendo,
Rubio, cual barba y bigote,
Bien atusado el cabello.
Apoyada en la cadera
La potente diestra ha puesto,
Que aprieta dos guantes de ámbar
Y un primoroso mosquero.
Y con la siniestra halaga,
De un mastín muy corpulento
Blanco, y las orejas rubias,
El ancho y carnoso cuello.

Con el Condestable insigne,
Apaciguador del reino,

De los pasados disturbios
Acaso está discurriendo,
Ó del trato que dispone
Con el Rey de Francia, preso,
Ó de asuntos de Alemania,
Agitada por Lutero,
Cuando un tropel de caballos
Oye venir á lo lejos
Y ante el alcázar pararse,
Quedando todo en silencio.
En la antecámara suena
Rumor impensado luego;
Ábrese al fin la mampara
Y entra el de Borbón soberbio.
Con el semblante de azufre
Y con los ojos de fuego,
Bramando de ira y de rabia
Que enfrena mal el respeto.
Y con balbuciente lengua
Y con mal borrado ceño,
Acusa al de Benavente,
Un desagravio pidiendo.

Del español Condestable
Latió con orgullo el pecho,
Ufano de la entereza
De su esclarecido deudo.



Y aunque advertido procura
Disimular cual discreto,
A su noble rostro asoman
La aprobación y el contento.
El Emperador un punto
Quedó indeciso y suspenso,
Sin saber qué responderle
Al francés, de enojo ciego.
Y aunque en su interior se goza
Con el proceder violento
Del Conde de Benavente,
De altas esperanzas lleno
Por tener tales vasallos,
De noble lealtad modelos,
Y con los que el ancho mundo
Será á sus glorias estrecho;
Mucho al de Borbón le debe
Y, es fuerza satisfacerlo,
Le ofrece para calmarlo
Un desagravio completo.
Y llamando á un gentilhombre,
Con el semblante severo
Manda que el de Benavente
Venga á su presencia presto.

ROMANCE TERCERO.

Sostenido por sus pajes,
Desciende de su litera
El Conde de Benavente
Del alcázar á la puerta.
Era un viejo respetable,
Cuerpo enjuto, cara seca,
Con dos ojos como chispas,
Cargados de largas cejas,
Y con semblante muy noble,
Mas de gravedad tan seria,
Que veneración de lejos,
Y miedo causa de cerca.
Era su traje unas calzas
De púrpura de Valencia,
Y de recamado ante
Un coleto á la leonesa.
De fino lienzo gallego
Los puños y la gorguera,
Unos y otra guarnecidos
Con randas barcelonesas.
Un birretón de velludo
Con su cintillo de perlas,
Y el gabán de paño verde
Con alamares de seda.

Tan sólo de Calatrava
La insignia española lleva,
Que el Toisón ha despreciado
Por ser orden extranjera.

Con paso tardo, aunque firme,
Sube por las escaleras,
Y al verle, las alabardas
Un golpe dan en la tierra.
Golpe de honor y de aviso
De que en el alcázar entra
Un grande, á quien se le debe
Todo honor y reverencia.
Al llegar á la antesala,
Los pajes que están en ella
Con respeto le saludan,
Abriendo las anchas puertas.
Con grave paso entra el Conde,
Sin que otro aviso preceda,
Salones atravesando
Hasta la cámara regia.

Pensativo está el Monarca,
Discurriendo cómo pueda
Componer aquel disturbio,
Sin hacer á nadie ofensa.

Mucho al de Borbón le debe,
Aún mucho más de él espera,
Y al de Benavente mucho
Considerar le interesa.
Dilación no admite el caso,
No hay quien dar consejo pueda,
Y Villalar y Pavía
A un tiempo se le recuerdan.
En el sillón asentado,
Y el codo sobre la mesa,
Al personaje recibe,
Que comedido se acerca.

Grave el Conde le saluda
Con una rodilla en tierra,
Mas como grande del reino
Sin descubrir la cabeza.
El Emperador, benigno,
Que alce del suelo le ordena,
Y la plática difícil
Con sagacidad empieza.
Y entre severo y afable,
Al cabo le manifiesta
Que es el que á Borbón aloje
Voluntad suya resuelta.
Con respeto muy profundo,
Pero con la voz entera,
Respóndele Benavente
Destocando la cabeza:

«Soy, señor, vuestro vasallo,
Vos sois mi Rey en la tierra,
A vos ordenar os cumple
De mi vida y de mi hacienda.
»Vuestro soy, vuestra mi casa,
De mí disponed y de ella,
Pero no toquéis mi honra
Y respetad mi conciencia.
»Mi casa Borbón ocupe,
Puesto que es voluntad vuestra;
Contamine sus paredes,
Sus blasones envilezca,
»Que á mí me sobra en Toledo
Donde vivir, sin que tenga
Que rozarme con traidores,
Cuyo solo aliento infesta;
»Y en cuanto él deje mi casa,
Antes de tornar yo á ella,
Purificaré con fuego
Sus paredes y sus puertas.»

Dijo el Conde, la real mano
Besó, cubrió su cabeza
Y retiróse, bajando
A do estaba su litera.
Y á casa de un su pariente
Mandó que lo condujeran,
Abandonando la suya
Con cuanto dentro se encierra.

Quedó absorto Carlos quinto
De ver tan noble firmeza,
Estimando la de España
Más que la imperial diadema.

ROMANCE CUARTO.

Muy pocos días el Duque
Hizo mansión en Toledo,
Del noble Conde ocupando
Los honrados aposentos.
Y la noche en que el palacio
Dejó vacío, partiendo
Con su séquito y sus pajes
Orgulloso y satisfecho,
Turbó la apacible luna
Un vapor blanco y espeso,
Que de las altas techumbres
Se iba elevando y creciendo.
A poco rato tornóse
En humo confuso y denso,
Que en nubarrones obscuros
Ofuscaba el claro cielo;
Después en ardientes chispas,
Y en un resplandor horrendo

Que iluminaba los valles,
Dando en el Tajo reflejos,
  Y al fin su furor mostrando
En embravecido incendio,
Que devoraba altas torres
Y derrumbaba altos techos.

  Resonaron las campanas,
Conmovióse todo el pueblo,
De Benavente el palacio
Presa de las llamas viendo.
  El Emperador confuso
Corre á procurar remedio,
En atajar tanto daño
Mostrando tenaz empeño.
  En vano todo; tragóse
Tantas riquezas el fuego,
A la lealtad castellana
Levantando un monumento.
  Aun hoy unos viejos muros
Del humo y las llamas negros,
Recuerdan acción tan grande
En la famosa Toledo.





EL SOLEMNE DESENGAÑO.

Al Excmo. Sr. Duque de Osuna, etc., etc., etc.

ROMANCE PRIMERO.

EL GALÁN. — LA ENFERMEDAD.

De fortuna en la alta cumbre,
Grande, joven, rico, bueno,
De virtud, saber, belleza,
Dechado, pasmo y modelo;
El más galán en la corte,
En las justas el más diestro,
El más afable en su casa,
El más docto en el consejo;
Brilla el Marqués de Lombay
Cual rutilante lucero,
Al lado de Carlos quinto
Domador del universo.
Mas entre tantos aplausos
Y en tan elevado asiento,

Donde el orbe le sonríe,
Y donde le halaga el cielo,
Algo falta á su ventura,
O alguna mano de hierro
Del corazón se la arranca,
Y se la saca del pecho.
Meláncolico el semblante,
Y los labios entreabiertos,
Y las siniestras miradas,
Y el mudo desasiego,
Ya en los saraos de la corte,
Ya en los festines risueños,
Ya en la caza bulliciosa,
Ya en solitarios paseos,
Ya en el salón, ya en la plaza,
Ya en la justa, ya en el templo,
En la mesa, en el despacho,
En la vigilia, en el sueño,
Un alma rota descubren
Por un fijo pensamiento,
Y un corazón que devora
El cáncer de un gran secreto.

En vano sondar procuran
Los malignos palaciegos,
Con astucia cortesana
Aquel abismo encubierto.

Tan solamente columbran
Que los ocultos tormentos
Del Marqués, se dulcifican
Para ser mayores luego,
O cuando en palacio asiste
Al servicio honroso, atento,
De la Emperatriz augusta,
De las hermosas modelo;
O cuando busca devoto
Con el fervor más ingenuo,
Arrodillado en la iglesia,
En Dios amparo y consuelo;
O cuando por los jardines,
Que al pie de la gran Toledo
Riega el Tajo, se pasea
Sólo, y del bullicio lejos,
Con Garcilaso su amigo;
Ora escuchando sus versos,
Ora en largas conferencias
De gran sigilo y misterio.
Allá en palacio embebido
Quedaba en mudo embeleso,
Pálido ó rojo el semblante,
Convulso, agitado el pecho,
Y bebiendo con los ojos,
Llenos de vida y de fuego,
De la Emperatriz hermosa
Los más leves movimientos.
En acatarla, en servirla,
Y en acertar sus deseos,

Aunque tímido y turbado,
Diestro y hábil por extremo.
  Abatido y consternado
Se le miraba en el templo,
Como quien está en batalla
Con gigantes del infierno,
  Y pide al Omnipotente
Para tal combate esfuerzo;
Y después de orar un rato,
Y aun de verter llanto acerbo,
  Dijérase que encontraba,
De misericordia lleno,
Al Señor á quien auxilio
Demandaba en tanto aprieto.
  Y con su amigo en las selvas
Era tan locuaz y tierno,
Tan expresivo unas veces,
Otras tan callado y serio,
  Como el que ó cuenta delirios
Y habla de locos proyectos,
O escucha reconvenciones
Y oye inflexibles consejos.
  En estado miserable
Su espíritu estaba puesto,
Y era infeliz en las dichas,
Luchando consigo mesmo,
  Entre pasiones, virtudes,
Obligaciones, deseos,
Infernales sugestiones
Y celestiales preceptos;

Siendo campo de batalla
Su mente y su roto pecho,
Do luchaban frente á frente
Angeles malos y buenos.

La más lozana azucena,
Gala del jardín, el cuello
Dobla marchita, si esconde
Roedor gusano en su seno.
Y la más gallarda encina
Que alza su pompa á los cielos,
Si el corazón se le seca
Rómpese al soplo del viento.
Así con un alma enferma
No puede haber sano cuerpo,
Ni salud que no se postre
Con un corazón deshecho.
Al cabo maligna fiebre
Convierte la sangre en fuego,
Por las robustas arterias,
Por el juvenil cerebro
Del de Lombay, que postrado
Yace doliente en su lecho
De oro y seda, que es ya ¡oh mundo!
Duro potro de tormentos.

Como jefe de palacio
Tiene su vivienda dentro,
Con ostentación servido
De pajes y de escuderos.
Mas la pena más amarga
Y el más hondo desconsuelo,
Y la ansiedad más horrenda
Y el cuidado más acerbo
Reinan en las ricas salas,
Entre amigos y entre deudos,
Cunden en palacio todo,
Y consternan á Toledo.
Pues reyes, príncipes, grandes,
Hidalgos y caballeros,
Y hasta el vulgo humilde, miran
Con asombro y desconsuelo,
En el peligro de muerte
A tan gallardo mancebo,
A tan alto personaje,
De virtud á tal portento.
Y no hay semblante sin llanto,
Ni sin angustias hay pecho,
Ni labio que no pregunte
Con inquietud y con miedo.

Garcilaso de la Vega
(Sin que ni el hambre ni el sueño

En su ansiosa vigilancia
Tengan el menor imperio),
Ni una hora, ni un instante
Deja el lado del enfermo,
Y de él los ojos no aparta
Sentado junto á su lecho:
Ojos de llanto arrasados,
Pero de continuo atentos
A que nadie, nadie escuche
Sus fantásticos conceptos,
Las voces rotas, que acaso
Del delirio en el acceso
Suelen dar funesta lumbre,
Revelando hondos misterios.
Y cuando allá á media noche,
Rendidos ya por el sueño,
Yacían los servidores,
Reinando feral silencio,
Y en letargo sumergido
También miraba al enfermo,
En el estado terrible
En que es casi muerte el sueño;
A la luz trémula, opaca,
Del lejano candelero,
Que abultaba obscuras sombras
En las cortinas del lecho,
Dando vislumbres escasas
Y fantásticos reflejos,
En rapacejos de oro,
Molduras y terciopelos;

Garcilaso, vigilante,
Un tenue rumor oyendo,
Se alzaba con mudos pasos,
Y á un lado del aposento
Levantaba, no sin susto,
Un rico tapiz flamenco,
Y en la pared descubría
Angosto postigo abierto.
Vago bulto silencioso
Por él asomaba luego,
Con manto y capuz sin formas,
Aparición, sombra, ensueño,
Sobrenatural producto
De algún conjuro. Con lentos
Pasos, sin rumor, al lado
Llegaba del rico lecho,
Y en el doliente clavaba
Ojos cual brasas de fuego;
Y una mano, que en la sombra
Daba vislumbres de hielo,
Por la calurosa frente
Del aletargado enfermo
Pasaba, gemidos hondos
Ahogando con duro esfuerzo.
Y al instante, y por el mismo
Postigo oculto y estrecho
Desparecía, dejando
Como embalsamado el viento.
Ser dijérase un encanto,
Y que había cobrado cuerpo

Alguno de los delirios
De la mente del enfermo.
La senda el tapiz borraba,
El muro otra vez cubriendo,
Y tornaba Garcilaso
A ocupar mudo su puesto.

El doctor Juan Villalobos,
De aquella corte Galeno,
Al personaje consagra
Toda su ciencia y su esmero;
Y en el pronóstico duda,
Y cauto no quiere hacerlo,
Hasta que síntomas note
Más favorables que adversos.
De la juventud al cabo
Triunfó la fuerza, y el cielo
Miró con benignos ojos
La angustia de todo un pueblo.
Y apuró el doctor su ciencia,
Y tornó á lucir risueño
El rayo de la esperanza
En los aterrados pechos.
Docto ó sagaz Villalobos,
Prescribe como remedio
Que busque fuera de España
Nuevos aires, climas nuevos.

ROMANCE SEGUNDO.

LA AUSENCIA.

El gran Marqués de Lombay,
Del inminente peligro
Salvo, en que se vió de muerte
Por enfermedad ó hechizo,
Salió de España, siguiendo
Los saludables avisos
Del docto Juan Villalobos,
Ó médico ó adivino.
Y aunque el dejar á Toledo,
Para su pecho lo mismo
Fué que dejarse allí el alma,
Resignóse al sacrificio.
Mas aquella oculta flecha,
Aquel veneno escondido,
Aquel encubierto cáncer,
Aquel pertinaz martirio
Que desgarraba su pecho,
Que turbaba sus sentidos,
Que devoraba su vida,
Que era su infierno continuo,
A los campos de la Italia
Llevó ¡mísero! consigo;

Pues penas como las suyas,
Que astros y contrarios signos
Combinan, fraguan y aplican
Para un fin desconocido,
En un alma de gran temple,
En un pecho de alto brío,
No mudan cuando se muda
De atmósfera y domicilio,
Porque no cambian del cielo
Los misteriosos designios.

Halló el Marqués en Italia
(Porque al cabo el cielo quiso
Que algún consuelo encontrase,
Que tuviese algún alivio)
A su tierno confidente,
A Garcilaso, su amigo,
Que guerrero tan insigne
Como trovador divino,
Siguió de Italia la empresa
Por el césar Carlos quinto,
Con el canto de las Musas
Uniendo de Marte el grito.

El Marqués, cual siempre mustio,
Y cual siempre discursivo,
De aquella guerra los lances
Siguió con denuedo y brío.

Y ante la imperial presencia,
Con Garcilaso, su amigo,
Lidió como caballero
En los combates y sitios.
Le encantaron las campiñas
Y los Alpes y Apeninos,
Y visitó cual curioso,
Y admiró como entendido
Los insignes monumentos,
Ya modernos y ya antiguos,
Que hacen el suelo de Italia
En altos recuerdos rico.
Como devoto cristiano
Oró postrado y sumiso,
En las ermitas humildes
Que daban nombre á los riscos,
Y en los magníficos templos
Que ensalzan al cristianismo,
Y son de aquellas ciudades
Ornato, fama y prodigio.

¡Cuántas veces los jardines
Que riega el Tesín y el Mincio,
Los mismos nombres oyeron
Que el Tajo oyó sorprendido!
¡Cuántas veces las canciones
De Garcilaso, que hoy mismo



Nos admiran y estremecen,
Vencedoras de tres siglos,
Tiernas lágrimas sacaron
De los ojos encendidos
Y del corazón doliente
Del Marqués contemplativo,
En las selvas do arrancaron
No menos hondos suspiros,
De otros destrozados pechos
Los acentos de Virgilio!
¡Cuántas veces ¡ay! seguían
Del Marqués los ojos fijos,
De la plateada luna
El lento y mudo camino;
Y al verla hacia el Occidente
Rodar con pausado giro,
Algún encargo le daba
Para el Tajo cristalino;
Con sus miradas queriendo
Como estampar en el disco
Caracteres, que otros ojos
Por un prodigioso instinto
Leyeran, cuando argentada
Derramara el claro brillo
Sobre el regio balconaje
De algún alcázar dormido!

De la expedición de Francia
Tornaba, pues, el servicio

Del Emperador siguiendo,
Con Garcilaso el divino,
  Cuando no lejos de Niza,
Antigua torre ó castillo,
A los pendones del César
Osó estorbar el camino.
  Tal empresa de dementes,
Por temeraria, el prestigio
Perdió de valiente, siendo
Sólo acreedora al castigo,
  Y á dárselo Garcilaso,
Desnudo el acero limpio,
Y embrazada la rodela,
Voló en enojo encendido.
  Desesperados resisten
Los tenaces enemigos,
Y darles súbito asalto
Determínase al proviso.
  Se aplica la escala al muro,
Y sube por ella altivo,
El valeroso poeta
Que el miedo jamás ha visto;
  Cuando de los matacanes
Desplómase con ruido
Grave piedra, que arrollando
La escala, frágil camino
  Por do á la gloria subían
Tanto ingenio y tanto brío,
Hirió la noble cabeza,
Do el lauro á la hiedra unido



Hubiera evitado el rayo,
Y no pudo ¡infausto sino!
De un tosco peñasco entonces
Evitar el rudo tiro.
Cayó el noble Garcilaso
En el foso; horrendo grito
De desconsuelo y venganza
Atronó el fatal recinto;
Y el de Lombay presuroso
Al socorro de su amigo
Voló, y en sus tiernos brazos
Retirólo con peligro.

Una hora después escombros
Era el funesto castillo,
Y de la alevosa sangre
Era su ancho foso un río,
Pues completa la venganza
De Garcilaso hacer quiso,
En dolor y saña ardiendo
El Emperador invicto.
Mas ¡ay! fué venganza estéril,
Cual siempre todas han sido,
Pues en Niza á pocos días
Era el poeta divino
Cadáver yerto, dejando
La fama de sus escritos,

Y la gloria de su muerte
Por rica herencia á los siglos.
  Golpe atroz, golpe tremendo
Fué para el Marqués su amigo,
Pérdida tan impensada,
Tormento tan imprevisto;
  Y del dolor más profundo
Mil pensamientos distintos,
Y mil funestos presagios
Le hundieron en tal abismo,
  Que si el brazo del Eterno,
Que aún para mayor conflicto
Le reservaba, no hubiera
Dádole piadoso auxilio,
  Acaso una misma losa,
Acaso un túmulo mismo
Encubrieran y tragaran
Los restos de ambos amigos.

  Á poco, con luto amargo
En el alma y el vestido,
Tornó ¡infelice! á Toledo
Con el césar Carlos quinto
  El Marqués, sin confidente
En quien encontrar alivio,
Ahogando en tormento mudo
De su alma rota los gritos.

ROMANCE TERCERO.

UN SOL APAGADO.

Era la estación florida
De la hermosa primavera,
Tan hermosa en las regiones
Que el Tajo aurífero riega;
Y un sol joven, rutilante,
Rodando por la alta esfera
De puro zafir, torrentes
De luz vivifica y nueva
Derramaba por Castilla,
Y sobre las gigantescas
Torres de la gran Toledo,
De España corte y diadema;
De Toledo, que con justas,
Banquetes, danzas y fiestas,
De su Monarca triunfante
Solemnizaba la vuelta.
Córrense cañas y toros,
Donde luce su destreza,
Gran jinete en ambas sillas,
El sacro y augusto César.
En los soberbios palacios
Músicas acordes suenan,

A cuyo compás gallardas
Lucen las damas sus prendas.
Joyas, insignias, brocados
Los ricos salones llenan;
Y plazas, calles, paseos,
Corceles, galas, libreas.
Opulentos cortesanos
En los festejos se esmeran,
Y disponen un torneo
Donde ostentar sus grandezas.
En él armado aparece,
Deslumbrando la palestra,
El de Lombay, revolviendo
Una berberisca yegua;
Y con la pica en el ristre,
Haciendo tan altas pruebas,
Que de palmadas y vivas
El vulgo la plaza atruena.
Sobre las lucientes armas
Una banda lisa y negra,
Y negros los martinetes
Del erguido casco lleva.
Unos dicen son el luto
Con que á su amigo recuerda,
Otros, de su pensamiento
Melancólico el emblema,
Y que funesto presagio
De una desgracia tremenda,
Que le amenaza inminente,
Sólo juzgarse debiera.

El ancho campo preside
La Emperatriz, como reina
De la hispana monarquía
Y de la humana belleza,
Y de cuantos corazones
Laten en la plaza extensa,
Y en toda la fiel España
Lealtad y honradez alientan.
Un gran festín en palacio,
Cuando el sol á las estrellas
Cedió de los altos cielos
Las despejadas esferas,
Celebróse; y luego danza,
En que al són de las orquestas,
Las majestades augustas
Tomar parte no desdeñan.
Y para la luz siguiente
Funciones se anuncian nuevas,
Sin que ni el sueño intervalo
Permita entre fiesta y fiesta.

¡Oh Dios, y cuán fácilmente
En la miserable tierra,
Tras de las más dulces horas
Horas de amargura vuelan!
¡Cuán fácilmente las dichas
En infortunios se truecan,

Cámbiase la gala en luto,
Se torna el gozo en tristeza!
  Sale el sol, inmenso pueblo
Las calles y plazas llena,
Ansiando nuevos placeres,
Y que aún no madruga piensa;
  Alistan los cortesanos
Sus comparsas y libreas,
Joyas, armas, vestes, plumas,
Corceles, lanzas, empresas;
  Cuando demudado el rostro,
De la alcoba de la Reina
Sale trémula, llorosa,
Una camarista ó dueña.
  Y á los jefes de palacio,
Grandes y damas de cuenta,
Que á Su Majestad aguardan
Para ir á misa con ella,
  Dice, inflexiones buscando,
Que desfiguren la nueva:
«*La Emperatriz hoy no sale,*
La Emperatriz está enferma.»
  Pasma la noticia á todos,
Embarga á todos la lengua,
Y en un silencio profundo
La estancia aterrada queda.
  El de Lombay, el primero,
De los pies á la cabeza
Temblando, y pálido el rostro,
Pregunta con gran sorpresa:

«*¿Y Su Majestad qué siente?*»
Y le responde la dueña:
«*Aguda fiebre la abrasa,*
Grave postración la aqueja.
»*Que el doctor Juan Villalobos*
Sin perder instantes venga,
Pues hay peligro inminente,
Si no me engañan las señas.»
Dió el Marqués atrás dos pasos,
Y en un sillón de vaqueta
Se desplomó, como herido
Por envenenada flecha.

La noticia que en voz baja
Anunció la camarera
Creció al punto, y como trueno
Que al orbe asombra y aterra,
Ya por Toledo retumba,
Helando á todos las venas,
Partiendo los corazones,
Trastornando las cabezas.
Desaparecen las galas,
Recógense las libreas,
Murmullo de horror circula,
Clamor de angustia resuena.
En vez de las claras trompas
Que los festejos celebran,

Se oyen sólo las campanas
Que al cielo piedad impetran.
  A las puertas de palacio
En su parda mula llega
El doctor Juan Villalobos,
El portento de la ciencia.
  Presuroso, fatigado,
Sube sin hablar, penetra,
Del Emperador seguido,
En la alcoba de la Reina.
  Con los penetrantes ojos
Que clava en la augusta enferma,
Su quebrada vista advierte,
Su pálida faz observa.
  La pulsa atento, examina
La respiración molesta,
Dice un obscuro aforismo,
Arrugando frente y cejas,
  Y con la faz angustiada,
Y con azogada diestra,
Después que un rato medita,
Docto escribe una receta.

  La Emperatriz de Alemania,
De España la augusta Reina,
Hermosa entre las hermosas,
Discreta entre las discretas;



La gentil, fresca, radiante
Y embalsamada azucena,
Que dió á Toledo Lisboa,
De paz y dominio prenda,
En vez del trono del mundo,
Do el mundo la reverencia,
Yace en el doliente lecho,
De nuestra humana flaqueza
Agotando las angustias,
Apurando las miserias,
Deslustrada la hermosura,
Trastornada la cabeza:
Flor lozana que al impulso
Del cierzo se troncha y seca,
Astro á quien apaga y hunde
Del Criador la omnipotencia.

Un sol y otro sol de Oriente
Los umbrales atraviesan,
Y sumergida á Toledo
En consternación encuentran.
Ya ven por calles y plazas
Cruzar procesiones lentas,
Fervorosas rogativas
Y públicas penitencias.
Y oyen llanto en el alcázar,
Y oyen llanto en las iglesias,

Y llanto hay en los palacios,
Y llanto en las chozas suena;
  Que era universal la angustia
Por tan adorada Reina,
Y con lágrimas su nombre
Se oye repetir doquiera.
  El de Lombay, convertido
En muda y helada piedra,
Ni un solo momento falta
De la antecámara regia.
  Ni hambre ni sueño conoce
Que apartarle un punto puedan
Del cerco de una ventana,
Fijos los ojos en tierra.
  Cuando el docto Villalobos
Con otros físicos entra
En la silenciosa alcoba,
Le acompaña hasta la puerta,
  Y con inquietud extraña
Su salida ansioso espera,
Y algo preguntarle quiere
De que teme la respuesta.
  Y al verle salir se turba,
Con las palabras no acierta,
Y en él clava ardientes ojos,
Cual si penetrar pudiera
  Su pensamiento escondido,
Los arcanos de la ciencia.
Y calla, y lágrimas pocas
Su mustio semblante queman.

¡Desdichado! ¡Harto le dice
Su corazón!..... Sólo queda
En él alguna esperanza
En las bondades eternas.

Cabildo, comunidades,
Parroquias, todos se esmeran
En solemnes rogativas,
Votos, plegarias y ofrendas.
Grandes, nobles y plebeyos
Los templos llorosos llenan,
Y á voces al cielo piden
La salud para su Reina.
Todo en vano; fué de bronce
A los clamores y quejas,
Pues sus ocultos designios
Jamás el mortal penetra.
El doctor, en tanto apuro,
Los sacramentos ordena,
Pues ya remedios no sabe
Para tan grave dolencia.
Y con pompa augusta y santa,
Pero que los pechos quiebra
Del aterrado gentío,
Que la gran Toledo puebla,
Consternado el Arzobispo,
Con devota pompa lleva

Al regio doliente alcázar
El pan de la vida eterna.

Tal consuelo sintió el alma,
De piedad insigne llena,
Que aún pudo dar fuerza al cuerpo
De la agonizante enferma.
Dió margen falaz alivio
A esperanzas pasajeras;
Mas el doctor aterrado
Término fatal recela.
A los dos días tal fiebre,
Tales síntomas se muestran,
Que de repente el palacio
De gran confusión se llena.
Acude Juan Villalobos,
En llanto prorrumpe el César,
Y desatentadas corren
Las camaristas y dueñas.
Lombay en su puesto, inmoble,
Sin mover los labios reza,
Cuando de la regia estancia
Abren las doradas puertas.
Era el doctor Villalobos,
A quien con temor se acerca,
Preguntándole angustiado
Si alguna esperanza queda.



Y el doctor, mudo, no hallando
Cómo darle la respuesta,
Alza los ojos al cielo
Y entrambas palmas eleva.
Lo ve Lombay, se estremece,
Y cobrando extraña fuerza,
Movimiento convulsivo
Y una actividad horrenda,
De la cámara corriendo,
Parte, la guardia atraviesa,
Sale á la plaza; el gentío
Clamoroso que la llena,
Del palacio en los balcones
La vista y las almas puestas,
Penetrando, sin que nadie
En tan gran señor advierta;
Y por calles solitarias
Sin objeto vaga y vuela,
El ferreruelo arrastrando,
Destocada la cabeza.
Alza los ojos al cielo,
Y el cielo de primavera
Azul, despejado, puro,
Que espléndidos hermosean
Celajes de oro y de grana,
Do el sol poniente refleja,
Una bóveda de plomo
Que sobre su frente pesa,
Que lo ahoga y lo confunde,
Sin aire y sin luz en tierra,

Se le figura, y le faltan
Para echar el paso fuerzas.
  Sigue, párase, vacila,
Suda, se abrasa, se hiela,
Gíranle en torno las casas,
Que se le hunde el suelo piensa,
  Y le zumban los oídos.....
Una bomba es su cabeza,
Pronta á estallar..... cuando mira
De la catedral la puerta.
  Ansioso buscando asilo
Por sus umbrales penetra,
Al tiempo que en Occidente
Daba el sol su luz postrera.

— ———

  El de Lombay, en el templo
Obscuro y frío, tropieza
Con varios informes bultos,
Fieles devotos que rezan.
  Y cuyos vagos contornos
Ver la obscuridad no deja;
Y al presbiterio le guía
Fulgor de mustias candelas,
  Así como por el bosque,
Perdido en la noche ciega,
Tropezando, el peregrino
Va hacia la lejana hoguera.

———

Del altar santo delante
Se arroja en las losas tersas
Del pavimento, formando
Tras sí larga sombra en ellas.
Los brazos en cruz, clavados
Los ojos (en que reflejan
Del retablo los esmaltes,
Las lámparas y las velas)
Del Redentor en la imagen,
No con los labios y lengua,
Que estaban entumecidos,
Sino con la voz interna
Del corazón y del alma,
Que es la que hasta el cielo llega,
Esta petición expone,
Y en estos términos ruega:
«Misericordia, Dios mío,
Piedad para con mi Reina,
No dejéis huérfana á España,
Y al mundo hundido en tinieblas.
»Si una víctima es precisa
De vuestra alta Omnipotencia
A miras inescrutables,
Que yo la víctima sea.
»Caiga yo, caigan mis hijos,
Mi estirpe toda perezca,
Y sálvese.....» ¡Tomb!!! Retumba
En el mismo instante, y llena,
Estremeciendo las cimbrias,
Los ámbitos de la iglesia

La gran campana, de muerte
Dando al mundo infausta nueva.
¡Son espantoso!..... Lo escucha
Como el No con que respuesta
Da á su plegaria el Eterno,
El Marqués, y cae á tierra.

ROMANCE CUARTO.

VIAJE FÚNEBRE.

Con blancas sobrepellices
Y con hachas encendidas,
Cantando fúnebres rezos
En voz confusa y sumisa,
Sobre mulas enlutadas,
Formando dos largas filas,
Cien devotos capellanes
A lento paso caminan.
Siguen treinta caballeros
Que negros caballos guían,
Del pie á la cabeza armados
Y las viseras caídas.
Negros son los pendoncillos
De las inclinadas picas,

Y negros los paramentos,
Vestes, bandas y divisas.
Luego, entre veinte alabardas,
En cuyas anchas cuchillas
Las rojas luces reflejan
De noche, y el sol de día,
Cercada de doce pajes
Viene una litera rica,
Que de negro terciopelo
Un regio manto cobija.
Los castillos y leones
Recamados lo salpican,
Entre águilas imperiales
Y entre portuguesas quinas,
Arrastrando por el suelo
Los flecos de sus orillas,
Y gruesos borlones de oro
En sus cuatro puntas brillan.
Dos magníficas coronas,
Imperial y regia unidas,
Un rico cetro y un mundo
Lleva la litera encima.
Detrás, tan pegado á ella,
Que al notarlo se diría,
Que alguna mano de adentro
Del freno acerado tira,
Marcha un corcel generoso,
Sobre el que mudo camina
El que la fúnebre marcha
Dirige, gobierna y guía:

El gran Marqués de Lombay,
Con faz como de ceniza,
Con los ojos apagados,
Con boca que no respira;
En cuyo enlutado pecho
Sólo se descubre y brilla,
Pendiente de una cadena,
Del Toisón de Oro la insignia.
Y también de oro una llave,
Que aunque primorosa y chica,
Pesa para él más que un monte,
Y es áspid que le horroriza.
Gentiles hombres, hidalgos,
Caballeros de alta guisa,
Y gente de iglesia lleva
Por séquito y comitiva;
Y en pos lacayos, repuestos,
Y acémilas bien provistas,
Cubiertas con reposteros
De blasones y de cifras.
Lleva dentro la litera
Una caja de ataujía,
De negro plomo aforrada
Y de brocado vestida,
Con gonces y cerraduras,
Con biseles y aldabillas
De oro á cincel trabajado,
En labores muy prolijas.
Y en esta caja el cadáver,
Lleno de bálsamos iba,



De la que ayer era Reina,
Y hoy sólo polvo y ceniza.
  De las riberas del Tajo
Del Genil va á las orillas,
A buscar reposo eterno
En la iglesia granadina.

  Con pavoroso silencio
Esta triste comitiva,
Haciendo descansos breves,
Marcha de noche y de día,
  Por lo angosto del camino,
Por los recuestos arriba,
Y en los tornos y revueltas
Del largo espacio que pisa,
  Caminando con tal orden,
Tan silenciosa y unida,
Que un solo cuerpo formaba;
Y de lejos parecía
  Inmensurable serpiente,
Que deslizándose iba
Entre campos y entre montes,
Dando sus escamas chispas.
  De los cortijos y aldeas
Presurosos acudían
A los bordes del camino,
Ó á las cercanas colinas,

Ya curiosos, ya asustados,
Villanos con sus familias,
Y por un encantamento
Aquella visión tenían.

Al avistar este entierro
Las murallas granadinas,
De los Católicos Reyes
Fresca y gloriosa conquista;
Cuando en las antiguas torres
De la Alhambra relucían,
Al sol ardiente de Junio,
Alicatadas cornisas;
Ayuntamiento y Cabildo,
Con enlutadas insignias,
La Audiencia, comunidades,
La nobleza y clerecía
Salen la fúnebre pompa
A recibir, y caminan
Con ella entre inmenso pueblo
Que cubre las avenidas:
Apretada muchedumbre,
Do las dos razas distintas
Se conocen en los trajes,
La cristiana y la morisca.
Ya las calles de Granada
El funeral regio pisa,



A la catedral marchando
Entre dos espesas filas
  De lanzas y de arcabuces,
Que de lindero servían
Al hervoroso gentío
Que en la carrera se apiña.
  Las campanas clamorosas,
Sus graves sones envían
Al firmamento, retumban
Las salvas de artillería,
  Resuenan roncos tambores
Y destempladas bocinas,
Y de dolor y respeto
Fúnebre murmullo gira.
  El de Lombay nada escucha;
Sigue la litera rica,
Y tan pegando con ella
Que son una cosa misma.
  Y sin que nada le llame
La atención, toda absorbida
En ella, de ella ni un punto
Los áridos ojos quita.

ROMANCE QUINTO.

LO QUE ES EL MUNDO.

Terminados los sufragios
Y los oficios solemnes,
Ultimo auxilio que presta
La santa Iglesia á los fieles;
En el templo de Granada,
Que los Católicos Reyes,
Consagraron victoriosos
Al Señor omnipotente;
En medio de la gran nave
Por do vuela el humo leve,
Que seis flameros de plata
Dan de olorosos pebetes;
A la luz de cien blandones,
Cuyas rojas llamas mueve
El vapor del gran gentío
Que en el templo obscuro hierve,
Y que reflejan y brillan
En los ojos y en los dientes
De un enjambre de cabezas
De todos sexos y temples;
Entre doce caballeros
De pavonados arneses,



Tan inmóviles, que estatuas
De obscuro acero parecen;
En medio de cuatro pajes
Que amarillas hachas tienen,
Cubiertos de ricas galas,
Y plumas en los birretes;
Sobre excelsa gradería
Que alfombra pérsica envuelve,
Y bajo un dosel ó palio
Que seis pértigas suspenden,
Se alza un túmulo pequeño
Con recamado tapete,
Donde los regios blasones
Esmaltados resplandecen;
Y encima la caja rica
Cerrada está, que contiene
A la Emperatriz y Reina,
Despojo ya de la muerte.
De pie descuella á su lado,
Inclinada la alta frente,
Que á la luz de los blandones
La de un cadáver parece,
Y cruzados sobre el pecho
Los brazos en nudo fuerte,
El gran Marqués de Lombay,
De aquellas exequias jefe.
Aunque también está inmóvil,
Harto que tiembla se advierte,
En que el Toisón y la llave,
Que en su noble cuello penden,

Dando súbitos reflejos,
Como dos hojas se mueven,
Que en un álamo en otoño
Aura imperceptible mece.

En la soberbia capilla
Donde las cenizas duermen,
En magníficos sepulcros,
De los Católicos Reyes,
Ya está la bóveda abierta,
Cuya ancha boca parece
De la eternidad la boca,
Que voraz su presa atiende.
Llega por fin el momento
En que el cadáver se entregue
Al granadino Prelado
Con testimonio solemne;
Siendo el Marqués de Lombay,
¡Tan inflexible es la suerte!
Quien reconocer el cuerpo
Y hacer de él la entrega debe.
¡Acto espantoso, terrible,
Para el que Lombay no tiene
Fuerza en sí mismo bastante,
Por más alma que le aliente!
Al ver que ya el Arzobispo
Los trémulos pasos tiende

Por las gradas, que se pone
Del regio féretro enfrente,
  Que el Notario lo acompaña,
Que en derredor aparecen
Los testigos, y que el pueblo
Espera el acto impaciente;
  Con expresión tan amarga,
Mas con una fe tan fuerte,
Alza el rostro, y ambas manos
Hacia los cielos extiende,
  Que, sin duda, de su ruego
Se apiadó el Omnipotente,
Y resignación y brío
Le dió para el trance fuerte;
  Pues de pronto en sí tornando,
Con resolución desprende
La afiligranada llave
Sobre su pecho pendiente;
  En la estrecha cerradura
Sin mostrar temblor, la mete,
Y veloz le da la vuelta
Que hace resonar los muelles.

  Al punto un paje la tapa
Alza del féretro, y vese
Con sus regias vestiduras
Un cuerpo. Mas el ambiente

Con tal fetidez se infesta,
Que el brillo las luces pierden;
Atrás se retiran todos,
Y el concurso se conmueve.
Del cuerpo oculta el semblante
Un blanco holán, que guarnecen
Los encajes más costosos
Que el prolijo belga teje;
Y observando la etiqueta,
El Marqués tan sólo debe
Levantarlo, porque pueda
El rostro reconocerse.
Vacila, tiembla, la mano
Va á extender una y dos veces,
Y la retira veloce,
Cual si el cendal fuego fuese.
Convulso, desatentado,
A tocarlo se resuelve,
Lo ase, lo levanta..... ¡Cielos!
¿Qué es lo que dejó patente?
¡Horror! ¡Horror! Aquel rostro
De rosa y cándida nieve,
Aquella divina boca
De perlas y de claveles,
Aquellos ojos de fuego,
Aquella serena frente,
Que hace pocos días eran
Como un prodigio celeste,
Tornados en masa informe,
Hedionda y confusa vénse,



Donde enjambre de gusanos
Voraz cebándose hierve.
Tal espectáculo horrendo,
Y la fetidez y peste
Que en torno se difundían,
Al gran concurso estremecen
Con terror pánico. Un grito,
Un alarido de muerte
Unánime se levanta;
Huye asustada la plebe,
Huyen pajes, caballeros,
Arzobispo, nobles, prestes,
Y aterrados y oprimidos
Se apiñan en los canceles.

Sólo el Marqués de Lombay
Clavado está, sin moverse,
Fijo en su puesto. Su rostro
Ni palabras ni pinceles
Pueden retratarlo. Azufre
Ser sus facciones parecen,
En que expresión nunca vista
De afecto ignoto se advierte.
Con los ojos que le saltan
Del casco, mas que no tienen
Ni luz, ni lágrimas, fijos,
Todo aquel espanto bebe.

Extendidos los dos brazos
Contra el túmulo, sostienen
Su cuerpo, como puntales,
Y ya no tiembla, que pende
Inmóvil el Toisón de Oro,
Cual si de un poste pendiese.
¡No es hombre quien logra tanto,
Mármol es quien tanto puede!

La obligación y el respeto
Que al regio cuerpo se debe
Pronto al Prelado, Cabildo
Y caballeros compelen
A volver, porque el cadáver
Sin sepultura no quede;
Y aunque no muy cerca, tornan
Y al Marqués llaman. Mas éste
Ni ve más que un desengaño,
Ni oye más que una solemne
Voz del cielo; ó ya es un tronco
Que ni ve, ni oye, ni siente.
Un su gentilhombre llega,
Notando que allí la muerte
Está bebiendo insaciable,
Y le tira de la veste.
Todo en vano. Decidido
Con él se abraza; parece



Que está abrazado de un roble
Que raíz profunda tiene.
  En esto un paje la tapa
Del féretro de repente
Cierra, con cuerdo discurso,
Porque aquella infección cese.
  Y al ocultarse á la vista
Todo el horror que contiene,
Y al estruendo de los gonces,
Cerraduras y batientes,
  Tiembla el Marqués, da un gemido,
Su rígida fuerza pierde,
Y á brazos del gentilhombre
Flojo y desplomado viene.

  Acuden sus servidores,
Y entre todos, cual si fuese
Cadáver, fuera del templo
Le conducen como pueden.
  En cuanto le dió en el rostro
A cielo abierto el ambiente,
Los ojos abre, suspira,
De nuevo á la vida vuelve,
  Se pone en pie, gira en torno
La vista, como si hubiese
De una pesadilla horrible
Despertado. En la celeste

Bóveda la clava, y dice
Con acento tan ferviente
Y una expresión tan sublime
Que hasta las piedras conmueve:
«*No más abrasar el alma*
Con sol que apagarse puede,
No más servir á señores
Que en gusanos se convierten.»
Y desmayóse de nuevo
Hundido en maligna fiebre,
Que puso su noble vida
Muy á pique de perderse.

Este Marqués de Lombay
Estaba á los pocos meses
En una mezquina celda
Confundido y penitente;
Y predicando á los hombres,
Con ejemplo tan solemne,
El desprecio que á las pompas
Del ciego mundo se debe.
Hoy San Francisco de Borja
Lo llama la Iglesia, y tiene
Culto propio, con que buscan
Su patrocinio los fieles.

Madrid, 1838.





UNA NOCHE DE MADRID EN 1578.

ROMANCE PRIMERO.

TRES GALANES.

En el pretil de Palacio,
Cerca de una casa antigua,
Donde hoy estudia sus obras
Un esclarecido artista (1),
Van á cumplirse tres siglos
Que su palacio tenía
De Evoli el Príncipe ilustre,
Rodrigo Gómez de Silva.
Sus magníficos salones
Eran de la corte envidia:
Tanta riqueza y tal gusto
En ellos resplandecían.

1) Don Vicente López, primer pintor de cámara. Ya existe la casa, y todo aquel sitio ha cambiado de as- to.

Las más espléndidas telas,
Hasta aquel tiempo no vistas,
Que nuestras naves gloriosas
Transportaban de la China,
Adornaban sus paredes
Del friso hasta las cornisas,
Y eran en sus balconajes
Pabellones y cortinas.
Los portentos del Ticiano,
Y los que el arte prolija
De la bélgica paciencia,
Émula de aquél, tejía,
Escaleras, antesalas
Y corredores vestían,
Pareciendo sus figuras,
Figuras de bulto y vivas.
Sobre ricos escritorios,
Cuyas puertas embutidas
De concha y nácar formaban
Un laberinto á la vista,
Y sobre mesas de mármol
De las sierras granadinas,
De mosaicos de alto precio,
De maderas exquisitas,
Juguetes de filigrana
Primorosos relucían,
Y búcaros olorosos
De las españolas Indias.
En aquel siglo de Europa
Iguales no conocían



Sus carrozas y caballos
Ya de tiro, ya de silla.
  Y en joyas, galas y plumas,
Jarrones de oro y vajillas,
Los de un Príncipe de Oriente
Sus repuestos parecían.
  Pero el tesoro más grande
Qüe en aquel palacio había,
Pasmo, prodigio y asombro
De la corte de Castilla,
  Era el de la gran belleza,
El de la gracia expresiva,
El del claro entendimiento,
El de la alta gallardía
  De la esposa de Ruy-Gómez,
De la Princesa divina,
Diosa de aquel rico templo,
Sol de aquella esfera y vida.

  Tres distintos personajes
A diversas horas iban
A rendirle obsequio ó culto,
A conquistar su sonrisa;
  Ardiendo sus corazones,
Aunque de edades distintas,
En el delirante fuego
Que una beldad rara inspira.

Melancólico era el uno,
De edad cascada y marchita,
Macilento, enjuto, grave,
Rostro como de ictericia;
Ojos siniestros, que á veces
De una hiena parecían,
Otras vagos, indecisos,
Y de apagadas pupilas.
Hondas arrugas, señales
De meditación continua,
Huellas de ardientes pasiones
Mostraba en frente y mejillas.
Y escaso y rojo cabello,
Y barba pobre y mezquina
Le daban á su semblante
Expresión rara y ambigua.
Era negro su vestido,
De pulcritud hasta nimia,
Y en su pecho campeaba
Del Toisón de Oro la insignia.

Era el otro recio, bajo,
De edad mediana; teñían
Sus facciones de la audacia
Las desagradables tintas.
Moreno, vivaces ojos,
Negros bigote y perilla,

Aladares y copete,
Boca grande, falsa risa;
  Formando todo un conjunto
De inteligencia y malicia,
Con una expresión de aquellas
Que inquietan y mortifican.
  Lujoso era su atavío,
Mas negligente, y tenían
No sé qué sus ademanes
De una finura postiza.

  El último era el más joven,
De noble fisonomía,
Pálido, azules los ojos
Con languidez expresiva;
  Castaño claro el cabello,
Alto, delgado, muy finas
Modales, y petimetre
Sin dijes ni fruslerías.
  Ser un caballero ilustre,
De educación escogida,
Cortés, moderado, afable,
Mostraba á primera vista.

  El primero iba de noche,
Desde que desparecían

Los crepúsculos de ocaso
En las montañas vecinas,
  Hasta que las altas torres
De la coronada villa
Recordaban los sufragios
De las ánimas benditas.
  Por la mañana el segundo
Frecuentaba su visita,
Cuando no estaba en su casa
Rodrigo Gómez de Silva.
  El tercero entraba en ella
Sin hora ni época fija,
Pero siempre que encontraba
Alguna ocasión propicia.

  Y la gallarda Princesa,
La discreta, noble y linda,
¿Por quién de ellos?..... Por ninguno;
Cual la estrella matutina
  Era su alma pura, como
El sol su conciencia limpia.
..... Mas lo que pasa en el pecho
Sólo Dios lo sabe y mira.
  Cuando la Princesa estaba
En la presencia aflictiva
Del primero, miedo helado
Por sus venas discurría.

En la del segundo, grave
Se mostraba y aun altiva,
Pero inquieta y recelosa
Midiendo sus frases mismas.
Y con el tercero estaba,
Aunque silenciosa, fina,
Y sin temor ni recelo,
Pero triste y discursiva.
El rey Felipe segundo,
A quien España se humilla,
Es el galán misterioso
De las nocturnas visitas.
El segundo Antonio Pérez,
Secretario que tenía
Del Rey estrecha privanza,
Cual brazo de sus intrigas.
Juan de Escobedo el tercero,
Amigo en quien deposita
El insigne Don Juan de Austria
Sus secretos y su estima.

ROMANCE SEGUNDO.

LA MEDITACIÓN.

De Madrid el regio alcázar
Triste y mezquino era entonces,
Donde hoy el Palacio nuevo
Ostenta su inmensa mole.
De ladrillo y berroqueña,
Y en cada esquina una torre,
Era albergue poco digno
De los reyes españoles.
Ni el arco ni la armería
Cerraban la plaza, donde
Hoy se forma la parada
Para los regios honores;
Pues hasta el margen del río,
De menos caudal que nombre,
Ásperas cuestas mediaban
Entre viejos murallones.

Una tarde sosegada
De Abril, cuando al horizonte
Entre dorados celajes
Y entre ligeros vapores

El claro sol descendía,
Dando lugar á la noche,
De quien los luceros daban
Ya en Oriente resplandores;
Del tal ya olvidado alcázar,
En uno de los balcones,
Se descubría de lejos
Vestido de negro un hombre,
Que en la baranda apoyado,
Al Occidente encaróse,
Gran rato permaneciendo
En una actitud inmoble.
Era Felipe segundo,
Que de altas meditaciones
Políticas fatigado,
A respirar asomóse.
Y con los ojos siguiendo
Al sol ya poniente entonces,
Varios pensamientos llenan
Su mente, en que cabe el orbe.

Lo primero que le ocurre
Es que el astro que se pone,
Aún ilumina radiante
A la lusitana corte.
A la cabeza del reino
Que la desventura enorme

De una expedición guerrera,
Tan cristiana como noble,
  Bajo su dominio ha puesto;
Y sagaz discurre sobre
Los medios de asegurarse
Diadema de tal renombre.
  Tomando más largo vuelo
Su imaginación veloce,
Salva los inmensos mares,
Y sigue al sol, que traspone
  Para llevar luz y vida
A las ignotas regiones,
En que gloriosos ondean
Estandartes españoles.
  Y al pensar que en cuantos climas
Visita el astro y recorre,
Vasallos suyos alumbra,
En su grandeza gozóse.

  Pero tornando en sí mismo
El vuelo altivo recoge,
Y su vanidad se estrella
En siniestras reflexiones.
  Al ver los celajes densos,
Que de la esfera borrones,
Del sol el descenso aguardan
Para ofuscarle, latióle

El pecho agitado, y dijo:
«Del mismo modo los hombres
A que un Rey decline esperan,
Para tragarlo feroces.»
Se le figuró el gran astro
Cadáver, que de vapores
Con la mortaja se hundía
En la tumba de los montes;
Y recordando que todo
La muerte lo traga y rompe,
Retembló, de sudor frío
Su rostro seco bañóse;
Y tornó la vista á Oriente,
Ya dominio de la noche,
El espectáculo huyendo
Que el ocaso presentóle.
Notó allí varios luceros
Relucir, y sonrióse
Amargamamente, exclamando
Con hondas é internas voces:
«Si la majestad declina
Y su resplandor se esconde,
¡Qué ufanos su pobre brillo
Muestran vulgares señores!»

También aparta los ojos
Del Oriente, hallando donde

Quiera que los revolvía,
Desengaños ó temores;
Y de Évoli en el palacio,
Que estaba cerca, los pone,
Y sin intención los clava
En sus abiertos balcones.
Por ellos juzga que advierte
Dos bultos en los salones,
Uno blanco y de señora,
El otro obscuro y de hombre.
Y un agudo grito lanza,
Su rostro se descompone,
Y las tinieblas maldice
De la ya cerrada noche.
Los ojos baja, y á Pérez
Viendo que se acerca, entróse
Cerrando el balcón maldito
Con recio y violento golpe.

ROMANCE TERCERO.

EL SECRETO.

En un obscuro aposento
Que solamente alumbraban
Las luces de dos bujías
En candeleros de plata,

Donde tiene su despacho
El augusto Rey de España,
Y donde á pocas personas
Se les permite la entrada,
A su secretario Pérez
Felipe segundo aguarda,
Pues que llegó á conocerlo
Al atravesar la plaza.
A los muy pocos momentos
Cruje y se abre la mampara,
Y Pérez entra en silencio,
Y mudo á su Rey acata.
Este afable lo recibe,
Que se le aproxime manda,
Y en conversación secreta
Dijéronse estas palabras:

«*Rey*.—Mi hermano Don Juan (al cabo
Es bastardo y esto basta)
Con su ambicioso manejo
Va á precipitar á Holanda.
»*Secretario*.—Su poder allí es temible.
R.—Yo, Pérez, no temo nada;
Todos sus pasos vigilo,
Y sé cuanto piensa y habla.
»*S*.—Vuestra comprensión inmensa.....
R.—Y mi poder. Confianza

Tiene en Don Juan de Escobedo.
S.—Es de sus planes el alma.
»*R.*—Recibe sus instrucciones.
S.—También recibe sus cartas.
R.—Y en una cartera verde,
Que jamás del seno aparta,
»Las lleva..... Las necesito.
S.—Pues no es cosa fácil..... *R.*—Nada
A mi poder es difícil.
¿Y juzgas, Pérez, que trata
»Con la Princesa estas cosas?.....
Las discretas, ó son falsas.....
O se alucinan..... *S.*—No creo
Que una señora tan alta.....
»*R.*—Y tan bella y entendida.....
Pero Escobedo en su casa
Entra de oculto..... Esta noche.....»—
Siguió el Rey en voz tan baja
Hablando á su secretario,
Y con expresión tan vaga,
Que adivinar no es posible
Cuáles fueron sus palabras.

Palabras que escuchó Pérez
Con una zozobra extraña,
Con el pecho palpitante,
Y con la faz demudada.



Y al callar el Rey, le dijo:
«Vuestra Majestad lo manda,
Y es para mi ley suprema
Su voluntad soberana.
»Mas señor..... Si por escrito,
Una orden vuestra firmada,
O la firma solamente.....
Con sólo la firma basta.»
Dió un paso atrás, furibundo,
Al escucharlo, el Monarca,
Y lo fulmina y lo aterra
Con dos ojos como brasas.
Pérez, que se abriera el suelo
Quisiera bajo sus plantas,
Y que en aquel punto mismo
Lo confundiera y tragara.
Cuando de pronto, Felipe,
Con una sonrisa amarga,
Y el desprecio con que mira
Un feroz tigre á una rata,
«Dices bien,» prorrumpe, «amigo:
Toma, que la empresa es ardua.....»
Y escribiendo cuatro líneas
En un papel, se lo alarga.
Temblando lo toma Pérez
Y va á partir; mas le traba
El brazo con mano dura,
Más dura que unas tenazas,
El Rey; en su helado rostro
Ojos del infierno clava,

Diciendo: «Secreto y priesa,
Y yo soy quien te lo encarga.»
   Marchó Pérez, y Felipe
Tomando el estoque y capa,
Salió solo, y dirigióse
De la Princesa á la casa.

ROMANCE CUARTO.

LA CARTERA VERDE.

   En su magnífico estrado
¡Cuán gallarda, cuán hermosa
Brilla la persona ilustre
De Doña Ana de Mendoza!
   De seis candelas de esperma
Que un candelabro coronan,
Do recorta y abrillanta
La luz cinceladas hojas,
   Al resplandor aparecen
Su tez de nieve y de rosa,
De oro puro sus cabellos,
Claros luceros sus joyas.
   Sentada en un taburete
El brazo ebúrneo coloca

En un velador cuadrado,
Que cubre persiana estofa,
 Y en que matizadas flores
Dan al ambiente su aroma,
En vasos de porcelana
De extraño barniz y forma.

 Enfrente de la Princesa,
En un sillón de caoba,
De los primeros acaso
Que se usaron en Europa,
 Está Felipe segundo,
Procurando á toda costa
De amable y franca dulzura
Dar el aire á su persona.
 Y después de varias frases,
De mera etiqueta todas,
Y de discretas razones
De cortesana lisonja,
 «Al anochecer», prorrumpe,
«¿Habéis tenido, señora,
Alguna visita?» Y clava
Los ojos, cual de raposa,
 En el pálido semblante
De Doña Ana de Mendoza,
Que responde balbuciente:
«No, señor..... he estado sola;

»Mi mayordomo un momento.....»
No dijo más, y á la boca
Del Rey, que nada contesta,
Sonrisa infernal asoma.

Tras de un rato de silencio,
Que á Doña Ana se le antoja
Un siglo, se alza Felipe,
Un laúd templado toma,
Y galán se lo presenta
Diciendo: «Tened, señora,
Dad vida al callado ambiente,
Encadenad mi alma toda.»
La Princesa obedeciendo,
Las cuerdas pulsa sonoras,
Y melancólicos tonos
Sin concierto alguno brotan.

El Rey lento se pasea
Por la estancia, dando poca
Atención á lo que escucha,
Que otras ideas le acosan.
Y aunque gran sosiego finge,
Es su inquietud bien notoria,
Y que habla consigo mismo
En su semblante se nota.



La Princesa lo conoce
Y trasuda y se acongoja,
Pidiéndole á Dios de veras
Que la visita sea corta.
Al balcón el Rey se acerca
Y lo abre inquieto, se asoma,
Y se retira, y escucha,
Y sin cerrarlo lo entorna.
Entra la brisa en la sala,
Agita las luces todas,
Y á su ondulación parece
Que todo se mueve y borra,
Y que el aposento tiembla,
Y que en fantásticas formas
Los muebles y colgaduras
Ya se alargan, ya se acortan.
«Señor», dice la Princesa,
«¿El viento, no os incomoda?
Está harto fresca la noche,
Cuidad más vuestra persona.»
Iba á responder Felipe,
Cuando á las ánimas tocan
Las campanas, y en la tierra
Con gran devoción se postra.
Lo mismo hace la Princesa,
En silencio entrambos oran,
Se santiguan y levantan,
Y el Rey mudo á escuchar torna.

Se oye un rumor á lo lejos,
Y como un grito: se azora
La dama, y dice: «¿Qué suena?»
Y, el alma deshecha y rota,
Va hacia el balcón. Mas Felipe
Lo cierra de pronto, y ronca
La voz «Nada ha sido», dice;
«El rumor de alguna ronda.»
De mármol queda Doña Ana,
El Rey clavado en la alfombra,
Y todo en hondo silencio,
Y en quietud la estancia toda.

Llega un paje, anuncia á Pérez,
Y entra Pérez. Su persona
Es más siniestra que nunca,
Más descompuesta su ropa.
Es su semblante de azufre,
Entreabierta trae la boca,
Y tiemblan sus miembros todos,
Grande agitación le agobia.
Desconcertado, en secreto
Dice al Rey palabras pocas,
Y de terciopelo verde
Le da una cartera. Toma
La cartera el Rey, la mira
Y en contemplarla se goza,



Mostrando su faz el gusto
Que en su corazón rebosa.
  También la ilustre Princesa
La mira y la mira ansiosa,
La reconoce y advierte
De sangre en ella una gota;
  De sangre fresca, y de sangre
Ve en la mano temblorosa
De Pérez alguna mancha,
Y en sus puños y valona.
  Y da un profundo gemido,
Su cabeza se trastorna,
Y exánime y desmayada
En un sillón se desploma.

ROMANCE QUINTO.

EL CADÁVER.—EL FUGITIVO.—EL MUERTO.

  Á la mañana siguiente,
Cuando fué devoto pueblo
Á oir la misa del alba
De Santa María al templo,
  En aquella corta calle,
Mas bien callejón estrecho,

Que por detrás de la iglesia
Sale frente á los Consejos,
  Se halló tendido un cadáver,
De un lago de sangre en medio,
Con dos heridas de daga
En el costado y el pecho.
  Pronto fué reconocido
Por el de Juan de Escobedo,
Del insigne Don Juan de Austria
Secretario y camarero.
  Y como aún rico ostentaba
La cadena de oro al cuello,
Y magníficos diamantes
En los puños y en los dedos,
  Que obra no fué de ladrones
Se aseguró, desde luego,
El horrible asesinato
Que á Madrid cubrió de duelo.

  Fugitivo á pocos meses
Antonio Pérez, el reino
De Aragón turbó con bandos
Y desastrosos sucesos;
  Y condenado y proscrito,
Pobre, aborrecido, enfermo,
Murió en la mayor miseria
En países extranjeros.

Y después de algunos años,
Al rey Felipe, ya viejo,
Arrebatóle la muerte
Á dar cuenta al Sér supremo.
Donde se habrán encontrado
Los tres, tan sólo saberlo
Puede Dios, mas yo imagino
Que habrá sido en el infierno.





EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

ROMANCE PRIMERO.

LOS TOROS.

Está en la plaza Mayor
Todo Madrid celebrando
Con un festejo los días
De su rey Felipe cuarto.
Éste ocupa, con la Reina
Y los jefes de palacio,
El regio balcón, vestido
De tapices y brocados.
En los otros, que hermosean
Reposteros y damascos,
Los grandes con sus señoras,
Y los nobles cortesanos,
Ostentan soberbias galas,
Terciopelos y penachos.
Las damas y caballeros
Llenan los segundos altos,
Y de fiesta gran gentío

Los barandales y andamios,
Jardín do á impulso del viento
Ondean colores varios.
  Ante la Panadería,
Del balcón del Rey debajo,
Y de espalda á la barrera,
En la arena del estadio,
  La guardia tudesca en ala,
Parece un muro de paño
Rojo y jalde, con cornisa
Hecha de rostros humanos,
  Sobre la cual vuelan plumas
En lugar de jaramagos,
Y brillan las alabardas
Heridas del sol de Mayo.
  Los alguaciles de corte
Con sus varas en la mano,
Á la jineta en rocines,
Están en fila á los lados.
  El Rey, la Reina, los grandes,
Las damas, los cortesanos,
Los tudescos y alguaciles,
El inmenso pueblo, y cuantos
  En la plaza están, los ojos
Tornan de Toledo al arco,
Por cuya barrera asoma
Un caballero á caballo.



Vése en medio de la arena,
Furia y humo respirando,
Los ojos como dos brasas,
Los cuernos ensangrentados,
Con la pezuña esparciendo
Ardiente polvo, el más bravo
Retinto, á quien dió Jarama
Hierba encantada en sus campos.
Aun no estrenó la almohadilla
De su cuello erguido y alto
Hierro alguno, ni ha embestido
Una sola vez en vano.
Entre capas desgarradas
Y moribundos caballos,
Se ostenta como el guerrero
Que se corona de lauro,
Entre rendidos pendones,
Sobre muros derribados;
Del Genio del exterminio
Parece emblema y retrato.

En un tordillo fogoso,
De africana yegua parto,
Que de alba espuma salpica
El pretal, el pecho y brazos;
Que desdeñoso la tierra
Hiere á compás con los cascos;

Que una purpúrea gualdrapa
Con primorosos recamos,
De felpa y ante la silla,
En el testero un penacho,
La cabezada y rendaje
De oro y seda roja, y lazos
En el codón y en las crines
Soberbio ostenta y ufano;
A combatir con el toro
Sale aquel señor gallardo.
Viste una capa y ropilla
De terciopelo más blanco
Que la nieve, de oro y perlas
Trencillas y pasamanos;
Las cuchilladas, aforros,
Vueltas y faja de raso
Carmesí; calzas de punto,
Borceguíes datilados,
Valona y puños de encaje;
Esparcen reflejos claros
En su pecho los rubíes
De la cruz de Santiago.
Un sombrero con cintillo
De diamantes, sujetando
Seis blancas gentiles plumas,
Corona su noble garbo.
Con la izquierda rige el freno,
En la diestra lleva en alto
Un pequeño rejoncillo
Con la cuchilla de á palmo.



Acompáñanle dos pajes,
A pie, de uno y otro lado;
Y llevan las rojas capas
Prontas al lance en la mano:
Síguenle sus escuderos
Y un gran tropel de lacayos,
Los que por respeto al toro
Se van haciendo rehacios.

Puesto en medio de la plaza
Personaje tan bizarro,
Saluda al Rey y á la Reina
Con gentil desembarazo.
Aquél, serio corresponde,
Ésta muestra sobresalto,
Mientras el concurso inmenso
Prorrumpe en vivas y aplausos.
Era el gran Don Juan de Tarsis,
Caballero cortesano,
Conde de Villamediana,
De Madrid y España encanto
Por su esclarecido ingenio,
Por su generoso trato,
Por su gallarda presencia,
Por su discreción y fausto.
Gran favor se le supone,
Aunque secreto, en palacio,

Pues susurran malas lenguas.....
Pero mejor es dejarlo.
De todos y todas dicen,
Y es poner puertas al campo,
Querer de los maliciosos
Sellar los ojos y labios.

Valiente Villamediana,
Cortas las riendas, y bajo
Del rejoncillo el acero,
Vase al toro paso á paso.
Éste cabecea, bufa,
La tierra escarba marrajo,
Y espera instante oportuno
En que partir como el rayo.
El paje de la derecha,
Con grande soltura y garbo,
A la fiera irrita y llama,
La capa ante ella ondeando.
Embiste, pues; el jinete
Tuerce el bridón, de soslayo
Pasa el toro, el otro paje
Con la capa hace un engaño,
Y lo revuelve, y de nuevo
Lo pára. Determinado
Le hostiga de frente el Conde;
Torna á embestir rebramando



El jarameño; parece
Que el caballero y caballo
Van á volar á las nubes,
Cuando de la fiera intactos
En primorosas corvetas
Se separan y con saltos.
Un punto el toro vacila
Bramido ronco lanzando,
Y desplómase en la tierra,
Haciendo de sangre un lago
Con el torrente que brota
Por la cerviz, do clavado
Medio rejón aparece,
Que el otro medio en la mano
Del noble y valiente Conde
Va al concurso saludando.
Por balcones y barandas,
Vallas, barreras y andamios,
Formando una riza nube,
Ondean pañuelos blancos;
Y *¡viva!* el pueblo repite,
Y los caballeros *¡bravo!*,
Y *¡qué galán!* las mujeres,
Haciendo lenguas las manos.
La Reina, que sin aliento,
Los ojos desencajados
En jinete y toro tuvo,
Vuelve, ansiosa respirando;
«¡Qué bien pica el Conde!», dice,
Y, «Muy bien», los cortesanos

ROMANCE SEGUNDO.

LAS MÁSCARAS Y CAÑAS.

Siguió el festejo á la tarde,
Y llenóse la gran plaza
Con el pueblo y con la corte,
Cual lo estuvo la mañana.
Magníficas son las fiestas
Que la regia villa paga,
Para celebrar el nombre
Del poderoso Monarca.
De clarines y timbales
Al són que asorda las auras,
Y al de orquestas numerosas,
Que entonan guerrera marcha,
En orden y á lento paso
Numerosas mascaradas
Entran por partes distintas,
Y al Rey y á la Reina acatan.
De los reinos diferentes
Que el reino forman de España,
Ostenta cada cuadrilla
Distintivos y antiguallas,
Arbolando un estandarte
Con el blasón de sus armas;



Y de su música propia,
Al compás de las sonatas,
  Mézclanse ligeras luego,
Formando mímica danza,
En concertado desorden
De figuras ensayadas.
  Los cascos y coseletes
De la indómita Cantabria,
De los fieles castellanos
Las dobles cueras y calzas;
  Las fulgentes armaduras,
De los infanzones gala,
Del ligero valenciano
Los zaragüelles y mantas;
  De chistosos andaluces
Los sombrerones y capas,
Y las chupas con hombreras
Y con caireles de plata;
  Los turbantes granadinos,
Jubas, albornoces, fajas;
Los terciopelos y sedas
De vestes napolitanas;
  De la Bélgica los sayos
Con sus encajes y randas,
Los milaneses justillos
Con las chambergas casacas,
  Y las esplendentes plumas
Teñidas de tintas varias,
Con los arcos y las flechas
Que el cacique indiano gasta,

Forman un todo indeciso
Que cubre la extensa plaza
De movibles resplandores,
De confusión bigarrada.
Parece que está cubierta
Con una alfombra persiana,
Cuyos matices se mueven
Al conjuro de una maga.
Aquí añafiles moriscos,
Allí tamboril y gaita,
Más allá trompas guerreras,
Acá sonorosas flautas;
Las antárticas bocinas
En un lado, las guitarras
Y crótalos en el otro,
Los caracoles de caza
Forman estruendo confuso
En que ya el acorde falta,
Y que llenando el espacio
Aún más aturde que halaga.
Por fin, terminado el baile,
Sepáranse las comparsas,
Y hacia lados diferentes,
En orden puestas, descansan.
Y cada una se dirige,
Según la suerte la llama,
A saludar á los Reyes
Con solemnidad y pausa;
Y doblando la rodilla,
Ofrecen á su Monarca



Un rico dón de productos
De aquel reino que retratan.
  Despejando luego todas,
El circo desembarazan
A los nobles caballeros
Que salen á correr cañas.

  Por la izquierda y la derecha,
A un tiempo entraron galanas
Dos diferentes cuadrillas,
Que á unirse en el centro marchan.
  Compónese cada una,
Compitiendo en garbo y gala,
De doce nobles jinetes,
Que de dos en dos avanzan.
  El Conde de Orgaz, mancebo
De gentileza y de gracia,
Es caudillo de la una;
De la otra es Villamediana.
  Aquél, en caballo negro
Enjaezado de plata,
De terciopelo amarillo
Con celestes cuchilladas,
  Vestido sale: figura
Con argentinas escamas
Peto y espaldar, y azules
Lleva plumas y gualdrapa.

Éste, en un caballo blanco,
Cuya crin el oro enlaza,
Ostenta un rico vestido
De terciopelo escarlata:
El arnés de hojuelas de oro,
Y de rica seda blanca,
Con brillantes bordaduras,
Los afollados y faja.
Unidas las dos cuadrillas,
Hacia el regio balcón ambas,
Al paso, la pista siguen
De los jefes que las mandan;
Y el concurso en gran silencio
Curioso la vista clava
De los dos gallardos Condes
En las brillantes adargas;
Pues logrando de discretos
Y de enamorados fama,
Interesa á todo el mundo
Ver las empresas que sacan.
Es la de Orgaz una hoguera
De la que el vuelo levanta
El fénix con este mote:
Me da vida quien me abrasa.
Un letrero solamente
Es la de Villamediana,
Que dice: *Son mis amores.....*
Y luego reales de plata
Puestos cual si fueran letras,
Con que aquel renglón acaba.



La empresa de Orgaz la entienden
Todos, y aciertan la llama
Que le da vida y le quema.
La del de Villamediana
Despierta más confusiones,
Aunque es en verdad bien clara.
Propensión funesta tiene
El joven galán que alcanza
Favores de una señora,
A la par hermosa y alta,
De publicarlos al punto
Y de sacarlos á plaza:
Vanidad de enamorados
Que en peligros no repara.
Muchos el sentido entienden
Que las monedas declaran,
Mas por miedo disimulan
Y de explicarlo se guardan.
Otros, necios, se calientan
Los cascos por descifrarla.
Son mis amores dinero,
Repiten; pero no cuadra
Con el carácter del Conde
Esta explicación villana.
Mis amores efectivos
Son, dicen otros: ¡bobada!
Velasquillo el contrahecho,
Enano y bufón que alcanza,
No sin despertar envidia,
Gran favor con el Monarca,

A disgusto de los Grandes
En el balcón regio estaba,
Malicias diciendo y chistes
Con insolencia y con gracia.
Y ó por faltarle su astucia
Entonces, ó porque trata
De vengarse del desprecio
Con que la Reina le acaba,
Ó porque ve de mal ojo
Al noble Villamediana,
Ó por gusto de hacer daño,
Que es de tales bichos ansia,
Dijo: «Ta, ta; ya comprendo
Lo que dice aquella adarga:
Son mis amores reales»,
Y soltó la carcajada.
Trémulo el Rey y amarillo,
Y conteniendo la saña,
«Pues yo se los haré cuartos»,
Respondió al punto en voz baja.
Lo oyó la Reina, y quedóse
Inmóvil como una estatua,
Pálida como la muerte,
Hecha pedazos el alma.

Las cuadrillas empuñando,
En vez de robustas lanzas,

De cintas y oro vestidas
Leves quebradizas cañas,
Se embistieron..... Imposible
Es ya que encuentre palabras
Con que describir la fiesta:
Mi atención la Reina embarga.
¡Pobre señora! Tampoco
Merece versos y fama
Tal diversión, ya reflejo
Débil, copia degradada
De las justas, que ha dos siglos
Los caballeros usaban
Con gloria, que nunca gloria
En donde hay peligro falta,
Y en que las picas de guerra
Dobles petos abollaban,
No los juncos inocentes
Sedas, brocados y holandas.

ROMANCE TERCERO.

EL SARAO.

Mientras que la Monarquía
Se desmorona, y el borde
Toca de una sima horrenda,
Duermen en pueriles goces,

Entre placeres se aturden,
Deleites sólo conocen,
Sin cuidarse del peligro,
El Rey de España y sus nobles.
Así una casa se quema,
Así desdichas atroces
Sobre una infeliz familia
El ciego destino pone;
Y en tanto el imbécil ríe,
Duerme el embriagado joven,
Y el niño con sus juguetes
Es el más feliz del orbe.
Si alegre fué todo el día
Con públicas diversiones,
Con saraos y luminarias
No lo fué menos la noche.
El pueblo las anchas calles
En gozosas turbas corre,
Para ver iluminadas
Las casas de los señores.
En las plazas principales
Suenan músicas acordes,
Y farsas se representan
Del Rey celebrando el nombre.

Del palacio del Retiro
Llenos están los salones

De todo el fausto y la gala,
Que son honra de la corte.
  En los soberbios jardines
Brillan vasos de colores,
Que en el estanque reflejan
Formando guirnaldas dobles.
  Un gran fuego de artificio
Las densas tinieblas rompe,
Y rastros de luz envía
A las celestes regiones:
  De los rayos que le lanzan
Los nublados tronadores,
Dijérase que la tierra
Se estaba vengando entonces.
  Varias encendidas ruedas,
Girando luego veloces
En atmósfera de chispas,
Parecen mágicos soles;
  Mas pronto en huecos tronidos
De humo blanco alzando un monte,
Se disipa, y desparece
Aquel gigantón enorme
  De luz, que ofuscó los astros,
Y que deslumbró á la corte
Como trasunto ó emblema
Del orgullo de los hombres.

En el salón de los reinos,
Donde el trono de dos orbes,
De oro y terciopelo, estriba
En colosales leones,
El Rey está con las damas,
La Reina con los señores,
Y chocolate y conservas,
Y helados pasan en orden,
En mancerinas de oro
Y en bandejas, cuyos bordes
Lucientes piedras adornan
En caprichosas labores.
En seguida se bailaron,
Al compás de alegres sones,
Las folías y chaconas,
Y aun zarabandas innobles.
De cada señora al lado
Sitio un caballero escoge,
Y en un cojín para hablarle
La rodilla izquierda pone.
Allí en animados grupos
Lo más rico y lo más noble
De Madrid y España asiste,
Y extranjeros de alto porte.
Estaban, pues..... ¿De qué sirve
Que el tiempo perdamos, nombres
Ya olvidados repitiendo,
Y que alcanzaron entonces
Boga por riqueza y sangre,
Mas que hoy ya nadie conoce?



De conocidos hablemos,
De amigos nuestros, de hombres
  Que aún los vemos y tratamos,
Aunque ha dos siglos que esconde
Sus cenizas el sepulcro,
Sima que todo lo sorbe.

  En un lado de la sala
Estaba el famoso Lope,
El fénix de los ingenios,
Con el cabello y bigote
  Blancos como pura nieve,
Y al través se reconoce
De sus clericales ropas
Que fué guerrero de joven.
  La insignia adorna su pecho
De la hospitalaria orden,
Y el fuego brilla en sus ojos,
Que hace á los mortales dioses.
  Con él habla un caballero,
Cabeza gorda, deformes
Los pies, de negro azabache
Melena y barba, mas noble
  Aspecto; diciendo chistes
Está, y resuenan conformes
Carcajadas, y aun aplausos,
En cuantos hablar le oyen.

Es Don Francisco Quevedo,
A quien un clérigo, torpe
Ya por la edad, ceceando
Y con malicias responde.
Ser el tal pronto se advierte
Don Luis Góngora y Argote,
Del nuevo estilo de moda
Inventor, columna y norte.
El padre Paravicino,
Que de sabio alto renombre
Goza, y á Madrid encanta
Por sus peinados sermones,
También es del corro; y luego
En él ufano ingirióse,
Aún tan niño que en sus labios
Ni bozo se ve que asome,
Don Esteban de Villegas,
Español Anacreonte,
En versos cortos divino,
Insufrible en los mayores.
En una pausa del baile,
De Villamediana el Conde,
Que ha danzado con la Reina,
Alargó la mano á Lope,
Y como ingenio de marca
Entre los otros mostróse.
Acaba de publicarse
Su poema de *Faetonte*,
En aquel tiempo un prodigio,
Que hoy tiene apenas lectores;



Obra de perverso gusto
Y de hinchados clausulones.
Góngora, que envanecido,
Un adepto de alto nombre
Ve en tan claro personaje,
Sus encomios prodigóle.
Y todos le celebraban,
Aunque yo decir no ose,
Si sus versos aplaudían
Ó su favor en la corte.
Don Francisco Manuel Melo,
En quien se juntan los dotes
De historiador y poeta
Con los bélicos blasones,
Allí está, aunque taciturno;
Sin duda abriga temores
De que el Duque de Braganza
Su osado intento no logre.
El gran Don Diego Velázquez,
De pinceles españoles
Gloria, también conversaba
Con tan famosos autores;
Pero lo que dicen ellos
Parece que apenas oye,
Porque de Rubens los cuadros
Con gran encanto recorre;
Y en aquel retrato ecuestre
Del Emperador, en donde
Apuró Ticiano el arte,
Los ojos árabes pone.

También el Rey un momento
Afable al corro acercóse,
Hablando de una comedia
Que salió al público entonces,
Y cuyo autor se nombraba
Un ingenio de esta corte.
A la cual, aunque por cierto
Era un disparate enorme,
Todos dieron mil elogios
Y de portento renombre,
Pues que es obra del Rey mismo
No hay en Madrid quien ignore.
Ya muy tarde entró en la sala,
Saludos y adulaciones
Recibiendo del concurso,
Con aire altanero y noble
El Conde-Duque; se llegan
Los Grandes y Embajadores
Para hablarle, el rey Felipe
Con gran cariño le acoge;
Y con él, y con el Nuncio
Y un milanés enredóse
En importante coloquio,
Que su atención regia absorbe.

La Reina, que en gallardía
A todas se sobrepone,

Y cuyos hermosos ojos,
Brillantes como dos soles,
En Villamediana tuvo
Clavados toda la noche;
Viendo al Rey y al favorito
Con aquellos dos señores
Extranjeros en consulta,
Que ha de ser larga supone
La conversación, notando
Que hay vivas contestaciones.
Mas atenta al Conde mira,
Le hace una seña, y veloce,
Aunque con gran disimulo,
De la sala retiróse,
De una danza numerosa
Que empezó la gente joven
A enredar, aprovechando
La confusión y el desorden.
Conoció al punto la seña
El favorecido Conde,
Que amantes favorecidos
Las más pequeñas conocen.
Pero no son ellos solos;
También ¡ay! de ellas se imponen
Los celosos..... el Monarca
La seña fatal recoge.
A salir Villamediana,
Siguiendo su amado norte,
Iba por distinto lado
Del salón, cuando turbóle

El ver al Rey furibundo,
Que con miradas atroces,
Ojos cual los de un fantasma,
En él sin quitarlos pone.
Sobrecogido, de mármol,
Ni á dar un paso atrevióse,
Y trabó, disimulando,
Un altercado con Lope.

ROMANCE CUARTO.

FINAL.

En aquella galería,
Adornada de arabescos
Y follajes primorosos,
Con oro y esmaltes hechos,
Y cuya baranda rica
Daba hacia el jardín pequeño,
En que el caballo de bronce
Estuvo por largo tiempo;
Sin más luz que la que esparce
La luna en mitad del cielo,
Esperando á alguien la Reina
Está turbada y con miedo.

Del concurso de la danza
Y de la orquesta el estruendo,
Que los salones ocupa,
Oye resonar de lejos;
Y aunque sabe que notada
Ha de ser su ausencia presto,
Por dar al Conde un aviso
Atropella todo riesgo.
Siglos los instantes juzga
Con mortal desasosiego,
Y en el barandal dorado
Palpitante apoya el pecho.
Mira al ecuestre coloso,
Inmóvil, obscuro, enhiesto,
Entre laureles y murtas,
Y tiembla ¡infelice! al verlo.
Alza á la pálida luna
Los ojos de llanto llenos,
Y se extravía su mente
Por precipicios horrendos.

Sin rumor y de puntillas,
Como fantasma ó espectro,
En el corredor entróse
La parte obscura siguiendo,
Un hombre embozado: llega
Por detrás en gran silencio

A la Reina, que, de espaldas
Estando, no pudo verlo,
Y le tapa el noble rostro
Con dos manos como hielo;
Pero delicadas manos
Que agita un temblor ligero.
¿Quién pudiera aproximarse
A dama de tal respeto,
Sino el amante dichoso
Con tan inocente juego?
Así lo pensó ella misma,
Pues aunque al primer momento
De sorpresa lanzó un grito,
Pronto sobre sí volviendo:
«Déjame, Conde,» prorrumpe
Con dulces lánguidos ecos;
«No es esta ocasión de burlas,
Pues es de infortunios tiempo.
»Déjame, y escucha, Conde.»
Libre la dejan en esto
Las manos que la cegaban,
Y se encuentra sola, ¡cielos!
Con su marido, que arroja
Por los ojos rabia y fuego.
Queda la infeliz difunta;
Mas tienen el privilegio
Las hembras del disimulo,
Y en los críticos encuentros
Mucha mayor agudeza
Que el hombre de más ingenio.

Al oir que el Rey pregunta
Con voz como voz de infierno,
«¿Yo Conde?... ¿Yo?» En sí tornando
La Reina, responde presto:
«Sí, señor, de Barcelona.....
Y se complace mi pecho
Con tal título, afirmado
Con vuestro poder y esfuerzo,
»Después que habéis reprimido
La rebelión de aquel pueblo.»
Quedó pasmado el Monarca.
«Discreta sois por extremo»,
Repuso, y tras pausa leve,
«Mas ¿qué infortunios tenemos?»
Ya alentada la señora,
Pues siempre el paso primero
Es el trabajoso, dijo:
«No faltan, señor, por cierto;
Dígalo Flandes perdida,
Y de Nápoles los reinos,
»Donde un ambicioso intenta
Arrebatarnos el cetro;
O Milán, donde la peste
Está tanto estrago haciendo;
»Y Portugal vacilante,
Do traidores encubiertos.....»
Aquí atajóla Filipo
Con voz de lejano trueno:
«Basta, pues, basta, señora;
Sois francesa, bien lo veo;

Tenéis interés muy grande
En mi honor y en el del reino.
»Veréis que uno y otro al punto
Para aquietaros sostengo,
Y que lavaré con sangre
La mancha que advierta en ellos.»
Calló, y una atroz mirada
Con el rostro descompuesto,
Que pareció más terrible
De la luna á los reflejos,
Clavó en la Reina; mirada
Que destrozó aguda el seno
De la infeliz, pues temblando
Cayó sin sentido al suelo.

Como sin rumor ninguno
Vuela ó se deshace un sueño,
Desapareció el Monarca;
Fué á su cámara en silencio,
Tocó un silbato de oro,
Que tuvo mágico efecto,
Pues salió de los tapices,
Al silbato obedeciendo,
Por una encubierta entrada
Un humilde ballestero,
Cual espíritu maligno
Que al conjuro está sujeto.



Era el favorito oculto
Del Rey: ambos un momento
Hablaron con tal sigilo,
Que el labio apenas movieron.
Sólo al irse el confidente,
Se oyó decir al Rey esto:
«Asegura bien el golpe,
Y si has de vivir, secreto.»

Al sarao y á los salones
Tornó Filipo muy presto;
Aunque pálido el semblante,
Tranquilo y tal vez risueño,
Volvió á hablar al Conde-Duque,
El cual como astuto y diestro,
Que su señor encubría
Conoció cuidados nuevos.
Al cabo de corto rato
Anuncióse que en su lecho
La Reina indispuesta estaba,
Y se dió fin al festejo.
Sucedió al bullicio alegre,
Al son de los instrumentos
Y á la confusión festiva,
El más profundo silencio.
Los cortesanos al punto
Las actitudes y gestos

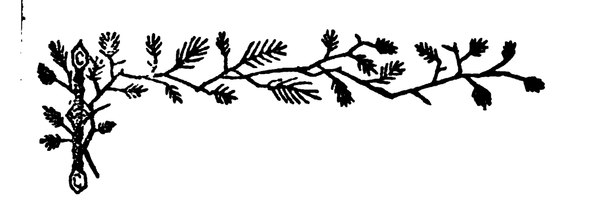
Dejaron de la alegría,
Y tomaron los del duelo;
  Y á vaciarse los salones
Comenzaron del inmenso
Concurso, que los llenaba
De galas, vapor y estruendo.
  Villamediana confuso,
De inquietud funesta lleno,
Al retirarse saluda
Al Monarca con respeto,
  Y éste con una sonrisa
Lo deja aterrado y yerto;
Mientras afable despide
A los otros palaciegos.

  De la desdichada Reina
La favorita, corriendo
Sale por las antesalas,
Busca al Conde sin aliento,
  Penetra la muchedumbre,
Le hace señas desde lejos:
Al fin le alcanza, va á hablarle,
Un papel lleva encubierto;
  Cuando se pára y se hiela,
Al Rey de repente viendo:
Tal queda liebre cobarde
De la serpiente al aspecto.



El gran tropel que desciende
Las escaleras, violento
Arrastra á Villamediana,
Que va delirante y ciego.
Su carroza no parece.....
En la de Orgaz toma puesto,
Y ambos Condes por las calles
(Que aún no estaban, cual las vemos,
Alumbradas con faroles)
Veloces van y en silencio.
Grita en una encrucijada
Una voz: *¡Conde!* El cochero
Pára al punto los caballos;
Pregunta Orgaz desde dentro:
«¿A cuál de los dos?» De fuera
«Villamediana», dijeron.
Villamediana al estribo,
Juzgando que es mensajero
De la Reina quien lo llama,
Sacó la cabeza y pecho;
Y al punto se lo traspasa
Una daga de gran precio
Con tal furor, que á la espalda
Asomó el agudo hierro.
Cayó el herido en el coche
Un mar de sangre vertiendo,
Y de su amigo en los brazos
Al instante quedó muerto.

París, 1833.



EL CUENTO DE UN VETERANO.

INTRODUCCIÓN.

¡Oh cuán grato es el oir
Allá en el hogar paterno,
Las largas noches de invierno,
Entre el cenar y el dormir,
Al veterano charlar,
Y sus pasadas campañas,
Envueltas con mil patrañas,
En rudo estilo contar!
En nuestra niñez primera
Embebidos le escuchamos,
Sin que una frase perdamos,
Ni una palabra siquiera.
Y la peregrina historia
Se queda como grabada,
Y jamás la borra nada
De nuestra tierna memoria.

Un veterano alcancé
Que en Italia combatió,
Y que en Veletri se halló,
Donde mal herido fué.
Y muy niño, allá en mi tierra,
Recuerdo haberle escuchado,
De sus palabras colgado,
Sucesos de aquella guerra.
Fuera el tiempo bueno ó malo
Todas las noches venía,
Y desde lejos se oía
Sonar su pierna de palo.
Era como una estantigua
Con desarrapado traje,
Y restos del equipaje
De un militar á la antigua.
Del cortijo en el hogar
Muy orondo se sentaba,
Y la gente se agolpaba
En torno de él á escuchar.
Tras un sorbo de aguardiente
Encendía su cigarro,
Y de su voz de catarro
Se desataba el torrente.
Ya un asalto refería,
Estropeando los nombres
De reinos, castillos, hombres,
Mas nada le detenía;
Ora un combate, ora un duelo,
Ya el valor de un camarada,



De una patrona burlada
El amargo desconsuelo,
  De un coronel el rigor,
La astucia de un asistente,
El triste fin de un valiente,
Las diablura de un tambor.
  Y una guitarra tocando
Cantaba también romances,
Con tal voz, y tales lances,
Que nos dejaba temblando.
  De robos y apariciones
Varios casos repetía,
Y costumbres, que decía
Ser de lejanas naciones.
  Y siempre cosas extrañas,
Jurando, á fe de soldado,
Todo haberlo presenciado
En sus gloriosas campañas.
  Una noche nos contó
Cierta peregrina historia,
Que está fija en mi memoria,
Y que á referir voy yo.

ROMANCE PRIMERO.

EL AYUDANTE.

El Marqués de Castelar
Entró triunfador en Parma,
Con las valerosas tropas
De Nápoles y de España.
Estas van á la cabeza,
Aquéllas á retaguardia,
Y de lauro inmarcesible
Y gloria cubiertas ambas.
Desde Veletri venciendo,
Y enmendando aquella falta,
Las águilas imperiales
Van ahuyentando de Italia.

La ciudad, que á los Borbones
El más puro amor consagra,
Y que el dominio detesta
De los Príncipes del Austria,
Cual libertadoras mira
A aquellas huestes bizarras,
Y con *vivas* de entusiasmo
Las recibe y las aclama.



El alto cielo ensordecen
Las sonorosas campanas,
Y á los valles y á los montes
Las músicas y las salvas.
Brillan en los balconajes
De las calles y las plazas
Ricos damascos y estofas,
Pabellones y guirnaldas.
Y aún más el vistoso arreo
De las lindas parmesanas,
Ornadas de ricas joyas,
Vestidas de nobles galas.
Y hierve inmenso concurso
De la plebe alborozada,
Estrechando la carrera
Por donde las tropas pasan.

El primero que desfila
Al són de bélica marcha,
Es el regimiento insigne
De las españolas guardias:
De firme lealtad ejemplo
A su jurados Monarcas,
Modelo de disciplina
Y de arrojo en las batallas.
De Castilla los pendones,
De tanta victoria y tanta

Gloria ya anuncios, ya emblemas,
Siguen con noble arrogancia.
Y oficiales y soldados
La atención pública llaman,
Por su belicoso porte,
Por su merecida fama.

En un cordobés morcillo,
Que con espumas de plata
El pretal, brazos y pechos
Respirando fuego esmalta,
Recorre las compañías,
Y de un lado al otro pasa,
Gallardo, vivaz, activo,
Don Juan Enríquez de Lara.
Del regimiento ayudante,
Y de tan noble y gallarda
Presencia, que por los ojos
Entra á conquistar las almas.
Esclarecido linaje,
De los mejores de España
Era el de este caballero,
Y su riqueza extremada.
En la mies de bayonetas
Se descubre su cucarda,
Como suele en la de espigas
Una amapola lozana.



De las mujeres los ojos
Doquier síguenlo, y se clavan
En su rostro y en su talle,
En su garbo y en su gracia.
Su edad á los cinco lustros,
De seguro, aún no llegaba,
Pues sus facciones guarnecen
Aún más bien bozo que barba.

En rondas y en desafíos,
En pendencias y en batallas,
O con razón ó sin ella,
Siempre era un rayo su espada.
Y aunque bueno, calavera,
Y de ligereza tanta,
Que cuanto se le ocurría
Sin reparo ejecutaba.
En juego y en francachelas,
Y en aventuras galanas,
Liberalmente expendía
Sus pingües rentas de España.
Era un caballo sin freno,
Un demonio en carne humana
En tratándose de amores,
En petándole una dama.
Siendo ya tantos los lances
Que en su tierna edad contaba,

Que era su famoso nombre
Conocido en toda Italia.
Y en las calles y balcones
Lo reconocen por fama,
Y en todas partes se escucha:
Ese es Don Juan.—Ese es Lara.

ROMANCE SEGUNDO.

EL ALOJAMIENTO.

En sus cuarteles dejando
Recogidas á las tropas,
Los oficiales y jefes
Sus alojamientos toman.
Y por las plazas y calles
Pasan, cruzan y se informan
De los números y casas,
Y de si hay lindas patronas.
Coge Don Juan su boleta,
Donde está la casa anota,
Y en su fogoso morcillo
Para buscarla galopa.
Al paso dice requiebros
A las niñas que se asoman



Á los balcones, donaires
Á camaradas que topa;
  Atropella á los paisanos,
Y las mesillas trastorna,
Al atravesar la plaza,
De las pobres vendedoras.

  A su alojamiento llega,
Que es una casa de forma,
Donde un caballero anciano
Muy noble y muy rico mora.
  Mas en ella no hay mujeres,
Lo que á Don Juan incomoda,
Recetando al boletero,
Por esta falta, una soba.
  Cortés el patrón recibe
Al huésped, que en su persona,
Urbanidad y despejo
Fina educación denota.
  Y en una vivienda rica,
Do nada falta, le aloja,
Rogándole honre su mesa,
Y que cual dueño disponga.
  Lara admite agradecido
La invitación obsequiosa,
Y con frases cortesanas
Corresponde á tales honras.

Solo ya con su asistente,
Se lava, atilda y adorna,
Y por registrar la calle
A los balcones se asoma.
No era la calle muy ancha,
Y estaba desierta y sola,
Por ser más de mediodía,
Que era de comer la hora.
Son las fronteras paredes
Las de un convento de monjas,
Cuya principal fachada,
De arquitectura grandiosa,
A la plaza daba, donde
Hicieron alto las tropas
Con sus bandas y banderas,
Y marciales ceremonias;
De los altos miradores
Viéndolo las religiosas,
Que no están como en España
En reclusión tan angosta.
Las espaldas del convento,
Frente á la casa en que mora
Don Juan, daban pues, y en ellas
Ventanas y claraboyas,
Con espesas celosías,
Que á las miradas curiosas
De imprudentes libertinos
El osado paso estorban.



Hacia una de estas ventanas
Maquinalmente se tornan
De Lara los negros ojos,
Que fuego mágico brotan,
Y al través de los estorbos
Juzga ver alguna cosa,
Como un bulto negro y blanco,
Que su atención fija y roba.
No se engañó. En el momento
Ve que unos dedos asoman
Por entre las celosías,
Y oye una tos sospechosa,
Y una voz sumisa luego
Que claro le llama y nombra;
Y él corresponde con señas,
Pues el gozo le rebosa,
Pensando que una aventura
Rara se le proporciona;
Y de cierta ilustre joven,
A quien ha burlado en Roma,
Recuerda haber entendido
Tener una hermana monja,
Que en un convento de Parma
Amargas lágrimas llora;
Pues allí la sepultaron,
No vocación fervorosa,
Sino viles procederes
De un galán que la abandona.
Luego oye que le preguntan:
«Decid, ¿la calle está sola?»

La registra con los ojos,
Y contesta: «Sí, señora.»
  Y al punto una celosía
Se entreabre, y una persona
Que ver no pudo, tiróle
Un papel que el aire corta.
  Cerrándose aquel resquicio
Con rapidez, sin que sombra
Ni nada á notarse vuelva
Detrás de la claraboya.

  Coge el papel, que traía
Dentro una medalla tosca,
Sólo como lastre ó peso,
Que era avisada la monja,
  Y con un lápiz escritos
En limpia y gallarda forma,
Lara estos renglones halla,
Que con los ojos devora:
  «Estaría tan ufana
»Con vuestro ligero amor,
»Como sumida en dolor
»Con vuestro olvido, mi hermana.
  »Pues no es abultada, no,
»De vuestro porte galán
»La fama, señor Don Juan,
»Que hasta mi celda llegó.



»Quiero que me conozcáis,
»Y verme no os pesará;
»Sólo en vuestra mano está,
»Si de servirme os dignáis.
»Esta tarde al coronel
»Da, de vuestro regimiento,
»Un agasajo el convento,
»Venid, si os place, con él.
»Y en viendo una monja allí
»Con una rosa en la mano,
»Yo soy, yo, que..... Pero en vano
»Es deciros más aquí.
»Por fuerza encerrada estoy,
»No tengo ni un protector,
»Y sólo en vuestro valor
»Humilde á buscarlo voy.
»Otro papel tendréis luego
»Dentro de un escapulario
»Que os pondrá el mismo Vicario.
»Tened disimulo, os ruego.
»Y sabed..... Mas basta ya.
»Sois hidalgo, sois discreto,
»Sois español..... El secreto
»Impenetrable será.»

———•———

ROMANCE TERCERO.

EL REFRESCO.

En un bajo locutorio
Que adornan hermosos cuadros,
Y muebles de terciopelo
En forma de regio estrado,
Está el Coronel de Guardias
Con su cruz de Santiago,
Y con su azul uniforme
De galones y entorchados.
El capellán le acompaña
De su regimiento, cuatro
Capitanes ya machuchos,
Y el ayudante bizarro.
Del convento la Prelada,
Parentesco, aunque lejano,
Con el Coronel tenía,
Y ha dispuesto agasajarlo.
Y su adhesión y obediencia
Al vencedor con tal acto
Manifestar, porque puede
Convenirle en todo caso.
Dos modestos sacerdotes,
Y del convento el Vicario,



Los honores de la casa
Haciendo están muy ufanos;
  Y con melifluos semblantes
Al Coronel adulando,
Y según las graduaciones
A todos los convidados.

  De bronce dorada reja
Cierra el anchuroso espacio:
Lindero entre Dios y el mundo,
Término entre el siglo y claustro.
  Y detrás está extendido
Un cortinón de damasco,
Mientras acuden las monjas,
De quienes suenan los pasos.
  Descórrese la cortina,
Después de muy breve rato,
Y la comunidad toda
Descúbrese al otro lado.
  Fórmanla unas veinte monjas,
Que con los velos echados,
Y con las túnicas blancas,
Y con los obscuros mantos,
  Dan á la reja el aspecto
De algún espejo encantado,
Donde un coro de fantasmas
Se ve al conjuro de un mago.

La Prelada alzóse el velo
Con señoril porte y garbo,
Descubriendo un noble rostro,
Pero ya sexagenario.
Al Coronel un cumplido
Hace oportuno, aunque largo,
Y manda á las religiosas
Alzar los velos opacos.
De varios gestos y edades
Al descubierto quedaron
Los semblantes compungidos,
Todos modestos y gratos.
Uno había como un cielo,
De tanta beldad y tanto
Atractivo, grave y noble,
Que no es fácil ponderarlo.
Tez de nácar, y dos ojos
Como poderosos rayos,
Y los dientes como perlas,
Y como coral los labios.
Y una palidez, y un todo
Tan perfecto y sobrehumano,
Que sin humillarle el alma
Era imposible mirarlo.
Esta linda religiosa,
Este prodigio, este encanto,
Una rosa nacarada
Llevaba en la diestra mano.
Con lo que Lara los ojos
Clavó y cebó en ella incauto,



Conociendo ser aquella
La que pretende su amparo.
  Quedó como queda el ave
Bajo el prestigio tirano
De los ojos de la sierpe,
De quien va luego á ser pasto.

  La Prelada muy oronda
Y con gran despejo hablando,
Refirió á los circunstantes
Las misas y los rosarios,
  Que por los reyes Borbones
El monasterio ha aplicado:
Y las predicciones cuenta
De varias santas y santos,
  Que aseguran el dominio
De Italia en Felipe y Carlos;
Por ser de la madre Iglesia
Hijos predilectos ambos.
  Y luego las monjas todas,
Ora en tiple, oro en contralto,
Mil sandeces refirieron,
Mil tontunas preguntaron,
  Que con rubor escuchaban
Los clérigos y el Vicario,
Retozándoles la risa
A los otros en los labios.

La que no habló una palabra,
Indiferencia afectando,
Fué la hermosa, que el extremo
Ocupaba de un escaño.
Si era pasmoso su rostro,
Su talle era tan gallardo,
Que ni las ropas monjiles
Lograban desfigurarlo.
Bien que aún en ellas había
Ya negligencia, ya ornato,
Una y otra disonantes
Con la austeridad del claustro.
Y también su alta belleza
Demostraba á veces algo
Como descompuesto, inquieto,
Incomprensible y extraño.
Ya retorciendo de pronto
Como convulsos los brazos,
Ya revolviendo sus ojos
Como vizcos y encontrados,
Ya frunciendo el entrecejo,
Ya mordiéndose los labios;
Pero todo pasajero,
Rapidísimo, instantáneo:
Haciendo el desagradable
Efecto que en un buen cuadro,
La cabeza de una santa
De Murillo ó de Ticiano,
Que al resplandor de una vela
Se está de noche mirando;

Si á un soplo de viento oscila
La luz, y todos los rasgos,
Sombras, perfiles y toques,
Se pierden, haciendo acaso
Instantáneamente un monstruo
Del más prodigioso encanto.

Un exquisito refresco
De almíbares delicados,
De sorbetes y bizcochos
Sirvióse con aparato,
En su vajilla de plata,
Y en sutilísimos vasos
De fábrica de Venecia
Con cifras de oro y con ramos.
Del locutorio ambas partes
Fáciles comunicaron
Dos tornos, que revolvían
Veloces á todos lados.
Dentro servían las legas;
Demandaderos y hermanos
Afuera, obedientes todos
A la Prelada y Vicario.

Mediada estaba la tarde,
Bajaba el sol al ocaso,

Y ser la hora de la lista
Los tambores avisaron.
  El Coronel, levantóse
Como militar exacto,
Obedeciendo al momento
De las cajas el mandato,
  Y con palabras corteses
Demostrándose obligado
Al convento y á las monjas
Por su afecto y agasajo,
  Se despide; y les ofrece
La protección del muy alto
Infante, que de las tropas
Coligadas tiene el mando.
  La Prelada entonces dice
Muy obsequiosa: «Anhelamos
Yo y mis hijas, que un recuerdo,
Militares tan cristianos
  »Lleven ¡oh señor! consigo,
Y que pueda ser acaso,
Como impenetrable escudo,
Bueno en batallas y asaltos.»
  Y volviéndose á la linda
Con noble desembarazo,
«Traed,» prosigue, «á estos señores
Del monasterio el regalo.»



Despareció, y al momento
Tornó la hermosa, en las manos
Trayendo un rico azafate
Con cartas y escapularios.
Pasó el azafate el torno,
Y el reverendo Vicario,
Siguiendo como discreto
La graduación y los años,
Fué de cada concurrente
En el cuello colocando
Aquella señal bendita,
Y poniéndole en la mano
De hermandad sellada carta,
Por la cual de los sufragios
É indulgencias del convento
Gozarían como hermanos.
Pero ¡oh Dios! hay una carta
Que no tiene escapulario,
Y sin él, como el más joven
Y el menos condecorado,
Queda Don Juan, lo que pone
En gran apuro al Vicario.
Y lo nota la Prelada,
Que dice en tono muy agrio:
«¡Dios os valga, hermana mía,
Y qué mal habéis contado!.....
Os pierde tanta viveza.....
Id por otro escapulario.»
Corre la hermosa, figura
Que donde están va á buscarlo,

Y torna al punto con uno
Que tenía preparado.
  Lo presenta á la Prelada,
Esta se lo da al Vicario,
Que en el cuello del mancebo
No retarda el colocarlo.
  Y el Coronel se retira,
Á la Prelada encargando
Que el regimiento encomiende
Á Dios y á todos los santos.

ROMANCE CUARTO.

UN COMPROMISO.

  «Si á una principal mujer
Oprimida, desdichada,
Contra su gusto encerrada,
Queréis, señor, proteger,
  »Esta noche, pues no hay luna,
Á la pared de la huerta,
Que da á una calle desierta,
Venid, solo, al dar la una.
  »Y á la parte en que un ciprés
Descuella, hallaréis subida,

Que por allí carcomida
La tapia está, y baja es.
»Y por dentro una escalera
Ya colocada estará,
Que fácil paso os dará
Á do mi afán os espera.
»Mi humilde historia sabréis,
Y entonces, cual caballero.....
Nada exijo, nada quiero,
Sino que me oigáis y obréis.
»Me parece inoportuno
Á un español militar,
Á un hidalgo, asegurar
Que no corre riesgo alguno,
»Y encargarle por su honor
Que eterno el secreto guarde.
No puedo más, que es muy tarde,
Hasta la noche, señor.»
Esto la carta decía,
Que don Juan con ansia grande
Sacó del escapulario
Donde nunca debió hallarse,
Y que leyó varias veces,
Como si acaso dudase
De que ser cierto pudiera
Un empeño tan notable.

Encerrado en su aposento
Está como delirante,
Midiéndolo á largos pasos
Y lo que ha de hacer no sabe;
Que es el violar la clausura
Sacrilegio formidable
Piensa, y se detiene un punto,
Mas luego pasa adelante.
Y la beldad de la monja,
Y su discreción y talle,
Y la opresión en que gime,
Y su arrojo de citarle
Recuerda, y ya se resuelve;
Cuando le ocurre lo grave,
Lo criminal, lo espantoso
Del paso á que va á arrojarse,
Que no hay momento seguro
De existencia en los mortales,
Y que la Justicia eterna
Todo lo castiga y sabe.
Va á desistir. Mas le asusta
Que la nota de cobarde,
Si no acomete la empresa,
Con la dama ha de quedarle.
Y en su edad, salud y brío
Juzga estar lejos el trance,
En que basta arrepentirse
Al hombre para salvarse.
Á su siniestra un demonio
Tiene, y á su diestra un ángel

Que él no ve, pero que escucha,
Aunque le hablan sin hablarle.
¡Ay de Lara! El pecho cierra
Al bálsamo saludable,
Y al mortífero veneno
¡Triste humanidad! lo abre.
«Iré, vive Dios, lo juro»,
Alto exclama; que aunque nadie
Con él esté, bien conoce
Que le contradice alguien.

La ciudad un gran sarao
A los jefes y oficiales
Daba, aquella noche misma,
Con música, cena y baile.
Y Lara asiste un momento,
De su ligero carácter
Dando, como siempre, pruebas,
Esmerado en porte y traje.
Pero hubieran advertido
Unos ojos penetrantes,
Que en su locuaz alegría
Y movimientos marciales,
De afectado y violento
Daba muestras su semblante,
Porque voces interiores
No cesaban de asustarle.

Era media noche en punto,
Cuando dejó Lara el baile,
Y dos veces volver quiso,
Al verse solo en la calle.
Mas resuelto, va á su casa
Do toma su capa, y sale
Seguido de su asistente,
A quien mandó acompañarle.
Por la ciudad, que dormía,
Sin que otro rumor sonase,
Que el eco de los violines
Ó de algún buho los ayes,
Vaga el joven como loco,
Porque el demonio y el ángel
Dentro de su mismo pecho
Aún empeñados combaten.
Del Eterno los juicios
Santos son é inescrutables.
Sonó en el reloj la una,
Y decidióse el combate.

Lara del convento llega
A los humildes tapiales,
Que allí aguarde á su asistente
Manda, y decidido parte.
El ciprés erguido mira,
Que taladrando los aires,



Aparece entre las sombras
Vago, aterrador gigante.
La pared registra, advierte
Derruídos los sillares
De la planta, los ladrillos
Descarnados, desiguales.
Tienta, y ve que ofrecen paso,
Y que aún ya lo han dado antes;
Audaz trepa, y en la barda
Llega pronto á cabalgarse.
Le pasma el hondo silencio
Y la obscuridad fragante
De aquel huerto, que domina
Sin ver nada. Escucha el suave
Murmullo de agua corriente,
Y de las hojas que el aire
Mece con su dulce soplo.....
¡Ay! aún puede retirarse.
Mas no se retira. Encuentra
Cerca con los dos varales
De una escalera de mano.
En ella logra afirmarse;
Desciende sin saber dónde,
Y al tocar la tierra, sale
De detrás de un tronco, un bulto
Que por el brazo le ase
Con una mano convulsa;
Y una voz, que apenas sabe
Si es voz, le dice: *Seguidme*,
Y anda el bulto sin soltarle.

Por la confusión medrosa
De tinieblas impalpables,
A tal hora, con tal guía,
Y sin saber á qué parte,
Va Lara, como caminan
Tras su destino inmutable,
Sin verlo, del ciego mundo
Por las sombras, los mortales.

ROMANCE QUINTO.

LA MONJA.

De una reducida celda
En el estrecho recinto,
Que un claro velón alumbra
Encima de un pajecillo,
Se encuentra confuso Lara,
Cual por encanto metido
Con la misteriosa guía
Que le ha llevado á aquel sitio.
Mira en derredor, y encuentra
A un lado un lecho muy limpio,
Al otro un reclinatorio
Y sobre él un crucifijo,



Dos muy capaces armarios
De nogal negro, un antiguo
Escritorio, y taburetes
Por la pared repartidos;
Y en medio un bufete halla,
Cubierto de mantel fino,
Con tortas, bizcochos, dulces,
Conservas y pastelillos,
Dos copas y dos redomas,
Que una de agua otra de vino
Parecen, y dos cubiertos
Todo muy pulcro y prolijo.
La vista en seguida clava
En quien allí le ha traído,
Que ya al descubierto ostenta
De su porte el atractivo.
Y si pensó aquella tarde
Que era un sol el rostro lindo
De la monja, ahora lo juzga
Un encantador prodigio.

Depuestos el velo y manto,
Descubre todo el hechizo
De su esbelto y noble talle,
De su donaire y su brío.
Y como no la contienen
Los importunos testigos,

Que acaso en el locutorio
De sus gracias fueron grillo,
  Ostenta todo el tesoro
Que el cielo donarle quiso
De belleza y gallardía,
Y el de sus modales finos.
  Con sonrisa seductora
Y con ojos expresivos,
Se acerca á don Juan, que mudo
Se ve cual jamás se ha visto.
  Le ase amorosa una mano,
Y «descansad, señor mío,
Tomad algún refrigerio
Y estad seguro y tranquilo»,
  Le dice. Blanda le acerca
Á aquel bufete provisto,
Y le ruega que se siente
Con gran ternura y cariño.

  Lara torna en sí, se esfuerza,
Recobra el genio nativo,
Y lo pasado y futuro
Dando ligero al olvido,
  De su temor se avergüenza,
Sonrójase de sí mismo,
Y de sólo lo presente
Entrégase á los delirios.

Y «No extrañéis, ¡oh señora,
Oh sol, oh encanto divino!»
Dice, «se muestre cobarde
Con su señor el cautivo.
»Ni que dude de tal dicha
Quien de ella se juzga indigno,
Y piensa que es el juguete
De un ensueño fugitivo.
»Un volcán arde en mi pecho,
Su fuego sólo respiro,
Y jamás sentí en el alma
Más delicioso martirio.
»Vos sola, vos.....» Levantóse
Tan resuelto de improviso,
Que atrás la monja dos pasos
Dió con ademán esquivo;
Y lanzando una mirada
De indignación y desvío,
En tono grave y resuelto,
«Teneos, ¿qué hacéis?», le dijo.
El militar arrogante,
Aterrado y confundido,
A ocupar volvió su silla
Más humilde que un novicio;
Pasmado de que un semblante
Pueda tener tal prestigio,
Que baste á imponerle freno
A tal hora y en tal sitio.

La monja, ya asegurada
De que tiene poderío
Para anonadar los planes
De aquel audaz libertino,
Torna á desplegar astuta
Sus encantos y atractivos.
Siéntase enfrente de Lara,
Y en él ambos ojos fijos,
Le alarga un tierno bizcocho
Y le excita el apetito,
Diciéndole que ella misma,
Con cuidado muy prolijo,
Lo ha elaborado anhelosa,
Del dulce más exquisito,
Para regalo del huésped
Que en su socorro ha venido.
Lara, otra vez recobrando
Su suelto y marcial estilo,
Lo come, y aun otro toma,
Lo que da gran regocijo
A la engañadora maga,
Que echa en una copa vino
Y le dice: «Éste es regalo
Que la Navidad me hizo
»Mi hermana, señor, mi hermana;
Apurad gozoso el vidrio,
Y gane el licor por suyo
Lo que pierda por ser mío.»
—«Brindemos por ella entrambo
Contesta D. Juan, y fino

Va á servirle en la otra copa;
Mas ella estórbalo, y dijo:
«Brindaré con agua pura,
Que aunque es muy suave este vino,
Por no estar acostumbrada
Pudiera serme nocivo.»
Don Juan el agua le sirve,
Y bebe ella al tiempo mismo
Que el otro el bálsamo apura,
Que era añejo y exquisito.
«De Chipre es, y es excelente»
Dice don Juan, «vive Cristo».
—«El comendador de Malta,
Que vos conocéis, mi tío,
En su galera lo trajo
Cuando volvió del Egipto»,
Contestó la religiosa
Con un gracioso remilgo.
«Es un néctar», dice Lara,
Y otra copa llenar quiso;
Mas la monja le detiene
Con un afable sonriso,
Diciéndole: «La cabeza
Fuerza es conservar y el tino,
Que aún nos queda que hacer mucho
Y es el tiempo fugitivo.»
Lara aquella mano toma,
Que le ataja, y expresivo
En ella imprime los labios
Y se da por convencido.

La monja se alza, y severa:
«Señor don Juan, es preciso»,
Dice, «no perder momento
Y que se cumpla el designio
»Con que os he dado esta cita,
A que habéis correspondido.
Vais á hacer un gran viaje
Para hacerme un gran servicio.
»Y por ahorrarme palabras,
Y que sepáis por vos mismo
Mis más ocultos secretos,
Y la protección que exijo,
»Abrid aquel grande armario;
No vaciléis, os suplico,
Y ayudadme cual valiente:
Abridlo, don Juan, abridlo.»
Subyugado por el tono
Del mandato imperativo,
Y por demostrar que nada
Atemoriza su brío,
Va don Juan, abre el armario,
Y á sus pies cae, al abrirlo,
De un caballero el cadáver
Con ricas ropas vestido.
Queda helado, queda mudo,
Queda transformado en risco,
En tan espantoso objeto
Los ojos clavados, fijos.
Cuando oyó la voz tremenda
De la monja, que el rugido



Le parece de una tigre,
Ó de voraz hiena el grito,
Que de este modo le explica
Hallazgo tan imprevisto,
Alumbrando con un rayo
Aquel ciego laberinto.

«Ese objeto que os asombra,
Una víctima es, don Juan,
De su infame alevosía,
De su perfidia falaz.
»Un ejemplar de que nunca
Hembras de mi calidad
Los engaños y traiciones
Sin venganza sufrirán.
»Con sus fingidas palabras,
Ése, que no es nada ya,
Logró rendir mi altiveza,
Logró oprimir mi beldad,
»Logró encender en mi pecho
Un infierno, no un volcán;
Y un gran pecho no se inflama
Impunemente jamás.
»Mi amor, que era inapreciable,
Pagó con iniquidad,
Y mis grandes sacrificios
Con un engaño infernal.
»Ante Dios, en los altares,

Con otra (que no es mi igual
En sangre ni en hermosura,
Pero que en ventura es más),
»Ligó su suerte; poniendo
Entre él y yo por su mal,
Un insuperable monte,
Un embravecido mar.
»Lloré, maldije, encontréme
De la muerte en el umbral,
Que la violencia del golpe
Me hundió en una enfermedad.
»Y por no ser el objeto
De la burla general,
De los sarcasmos del mundo,
De la charla popular,
»Me encerré en estas paredes,
Donde he sabido pasar,
Preparando mi venganza,
Tres largos años en paz.
»Y la he logrado. El aleve
Vino por casualidad
De esta asoladora guerra
Abrigo en Parma á buscar.
»Lo supe; todos sus pasos
Hice perseguir sagaz,
Y el señuelo de un billete
Atrajo su liviandad;
»Subió por la tapia misma
Que os abrió paso, don Juan,
Y siguió el mismo camino

Que os ha conducido acá.
»Cenó, cual vos, á esa mesa,
Y á mi ruego pertinaz
Brindó con vino de Chipre,
Como acabáis de brindar;
»Y en ese lecho una muerte
Al instante tuvo tan
Espantosa, que aún me gozo
Con su agonía final.
»Encerrado en ese sitio
Hace dos días está,
Que falta de fuerza, en vano
Lo he pretendido sacar.
»En este terrible apuro
Llegasteis; os vi galán,
Enamorado, valiente,
Al bien dispuesto y al mal;
»Y sabiendo que á mi hermana
Habéis osado burlar
(Asunto que para luego
Suspendido quedará),
»De todos mis planes juntos
Vi cerca la realidad,
Y hasta os trajo mi fortuna
Tan cerca de aquí á morar.
»Y os he llamado á mi celda
(Cuando juzgabais quizás
Que á ser dichoso en mis brazos)
Un cadáver á enterrar.
»Sus, al punto en vuestros hombros



Esa carga colocad;
Y si osáis mover la lengua
Ó hacer de no el ademán,
»Vive Dios, que esta pistola,
Áspid fiero de metal,
Con su ponzoña ó su fuego,
Ceniza, nada os hará;
»Y en vez de uno habrá dos muertos,
Que otro menguado á sacar,
Enredado con mis artes,
Cual ése y cual vos, vendrá.»

Aterrorizado Lara,
Viendo á la furia ó vestiglo
Que le apunta una pistola,
Pronta á vomitar el tiro,
Y sintiendo por instantes
Un fuego lento en sí mismo,
Que le abrasa las entrañas,
Que le turba los sentidos,
Por salir al aire libre
De aquella celda ó abismo,
Donde del infierno juzga
Escuchar los roncos gritos,
Obedece; y en sus hombros
Coloca el cadáver frío,
Y sigue tras de la monja
Acobardado y sumiso.

ROMANCE SEXTO.

ALGO MÁS.

Allá en un bajo terreno
De la huerta, hacia una punta
Que tapias y matorrales,
Y espesos troncos ocultan;
Envuelta en su velo y manto
Está la tal monja, ó furia,
Como aterrador fantasma,
De pie y con la boca muda.
En la mano una linterna
Tiene, que en sombras confusas
Deja escondido su cuerpo,
Y con luz de infierno alumbra
A sus pies, delante de ella,
Una zanja ó sepultura,
Que don Juan con una azada
Está haciendo más profunda.
Se ve en uno de sus bordes
El cadáver, y resulta
Un cuadro raro, espantoso,
De un efecto que espeluzna.
Reina silencio profundo,
Y solamente se escucha

El grave vuelo y los ayes
De una agorera lechuza;
Y los golpes de la azada
Que entre la tiniebla obscura,
Á la luz de la linterna
Con vivas chispas relumbra.

Que sus fuerzas desfallecen,
Que su helada frente suda
Siente don Juan, y el trabajo
Harto espantoso apresura.
Cuando la monja bastante
El hoyo á su intento juzga,
La linterna levantando,
Sus luces derrama astuta
De don Juan en el semblante,
Para examinar si alguna
Señal da ya del efecto,
Que por momentos calcula.
Y algo vió, pues presurosa
Dijo: «Ya es harto profunda
La huesa: echad el cadáver,
Y que esa tierra lo cubra.»
Y la linterna dejando
Sobre la hierba, le ayuda
Con los pies y con las manos
Á llenar la sepultura.

Y así que quedó el terreno
Igual, sobre él acumula
Hojas, ramajes y piedras
Que el fresco trabajo encubran.

Encarando nuevamente
La luz á la faz adusta
De don Juan, lo que esperaba
Advirtió en ella sin duda.
Pues con satánica risa,
«¿Estáis cansado?» pregunta.
Lara contestarla quiere,
Mas la lengua se le anuda.
La monja, reconociendo
Que el habla le dificulta
Ya el estertor, que lo ahoga,
Urgir los momentos juzga.
Ya ve sus planes cumplidos,
Y que ya nada aventura
Con quien está que no puede
Revelar cosa ninguna.
Y la linterna soltando,
Saca, amartilla y apunta
Á don Juan una pistola,
Y estas palabras pronuncia:
«Cumplisteis con vuestro empeño,
Yo con mi venganza justa,

Pues al alevoso encierra
El secreto de esta tumba.
»Y también está vengada
Mi hermana infeliz, que nunca
Sin venganza se han quedado
Las hembras de nuestra alcurnia.
»Ahora marchad; salid luego
Por do entrasteis en mi busca.
Salid, á tener descanso
De tan laboriosa angustia.»
En tanto que aquesto dice
A que se mueva le ayuda,
Que ya es llegado el momento
Y la detención la asusta.
Lara, de quien los sentidos
Se confunden y se turban,
De quien se traba la lengua,
De quien los oídos zumban,
Anhela tan solamente
Alejarse de tal furia,
Y salir de aquel infierno
En donde un monte lo abruma.
De una horrenda pesadilla
Ser presa se le figura,
Y por despertarse de ella
El desventurado lucha.



Tropezando en cada mata,
Y por más que lo procura,
Sin que en gritar le obedezca
La lengua helada y convulsa;
Más que ayudado, arrastrado
Por la monja furibunda,
Hacia el lugar consabido,
Entre las sombras obscuras,
Llega al ciprés. La escalera
Está en la tapia. Con suma
Fatiga sube; su guía
Con brazos y hombros le ayuda.
Y al verlo sobre la barda,
Así en ronca voz lo insulta,
Retirando la escalera
Con la que á don Juan empuja:
«Sabed, menguado, que el vino
De Chipre, que tanto os gusta,
Con el agua de Tofana
Se confecciona y se endulza.»

Lara á la parte de afuera
Por la tapia se derrumba,
Cae á la calle, arrastrando
Andar por ella procura.
Tardamente lo consigue,
Entre visiones confusas,

Devorado de dolores
Que el cuerpo le descoyuntan;
Abrasadas las entrañas,
Porque ya sólo circula
Fuego en sus venas. Al cabo
Llega con fatiga mucha
Do el soñoliento asistente
Lo espera, sin que presuma
De dónde viene su amo,
Ni qué es lo que le atribula.
Que de alguna francachela
Ebrio sale, se figura,
Como suele, y lo levanta,
Sin susto, por darle ayuda.
Alzó un cadáver..... La monja
En calcular era ducha
La maldita agua Tofana,
Invención que Dios confunda.

Gibraltar, 1837.





BAILÉN.

Al Excmo. Sr. D. Francisco Javier Castaños,
DUQUE DE BAILÉN.

ROMANCE PRIMERO.

SEVILLA.

Á la capital risueña
De la andaluza comarca,
Que Hércules fundó de Betis
Sobre las fecundas aguas;
La que cercó Julio César
De muros y torres altas;
La que ganó San Fernando
Con Garci-Pérez de Vargas;
A la opulenta Sevilla,
La del encantado alcázar,
La del magnífico templo,
La de la torre gallarda;
Emporio de la riqueza,
De claros ingenios patria,

Y que en los brazos dormía
De la paz en la abundancia,
  Llega de cálido polvo,
Dejando en pos nube blanca,
Que los caños de Carmona
A la vista borra y tapa,
  Un anhelante correo
En una sudosa jaca,
Cuyo ijar la espuela rompe,
Y á quien da un látigo alas.
  El rostro como de azufre,
Los ojos como de brasa,
Demuestran que es mensajero
De peligros y desgracias.

  En corto momento esparce
Nuevas de tal importancia,
Vértigo tan repentino,
Y tan mágicas palabras,
  Que la ciudad toda altera,
Que la ciudad toda alarma,
Y la dormida laguna
En mar borrascoso cambia.
  Súbito clamor confunde
Las antes tranquilas auras,
Y agitado el pueblo inmenso
Hierve en las calles y plazas.

Plebeyos, nobles y grandes,
Canónigos, hombres de armas,
Frailes, doctores, artistas,
Traficantes y garnachas,
Sólo un cuerpo humano forman
Donde sólo vive un alma,
Que un sólo afán precipita,
Y que un sólo grito lanza.
No hay ya opuestos intereses,
No hay ya clases encontradas,
No hay ya distintos deseos,
No hay ya opiniones contrarias,
Ni más pasión que la ira,
Ni más amor que la patria,
Ni más anhelo que guerra,
Ni más grito que *¡venganza!*

Palacios, talleres, templos,
Conventos, humildes casas,
Academias, Tribunales,
Lonjas, oficinas, aulas,
Tórnanse en cuartel inmenso,
Donde sólo crujen armas,
Sólo retumban tambores,
Sólo se alistan escuadras.
Plumas, estevas, ciriales,
Pesos, báculos y varas,

Y hasta abanicos y agujas
Se convierten en espadas.
En *guerra y muerte* terminan
De los templos las plegarias.
Terminan en *guerra y muerte*
Los procesos y contratas.
En *guerra y muerte* concluyen
De amor las dulces palabras,
Y desde el sabio discurso
Hasta las vulgares charlas.
¡Vamos á matar franceses!
Prorrumpe con fiera audacia
Turba de inocentes niños,
Que hace fusiles de caña.
¡Vamos á matar franceses!
Dice el anciano, que arrastra,
Del báculo con la ayuda,
De un siglo entero la carga.
¡Vamos á matar franceses!
Grita el joven, que la espalda
Del potro indómito oprime,
Blandiendo una antigua lanza.

De la gran ciudad cabeza,
La gigantesca Giralda,
Con lengua de eterno bronce,
Cuya voz seis leguas anda,



Al huracán ensordece,
Sobrepuja á las borrascas,
Conmueve la baja tierra
Y el firmamento traspasa,
Guerra pregonando al mundo,
A *guerra* convoca y llama
A toda la Andalucía,
A toda la extensa España.
Y ciñe la erguida frente,
Al llegar la noche opaca,
De una corona de hogueras,
Que viento y lluvias no apagan:
Bandera del fuego santo
Que se ha encendido á sus plantas,
Cráter del volcán tremendo,
Que en la gran Sevilla estalla.

ROMANCE SEGUNDO.

LA AGRESIÓN.

De oro, de hierro, de barro
Inmensurable coloso,
La frente en las altas nubes,
El pie en los abismos hondos;

De infierno, de cielo y tierra
Un incomprensible aborto,
Un prodigioso compuesto
De ángel, de hombre y de demonio,
Alzó de Francia perdida,
Con su brazo portentoso,
Para en él tomar asiento,
El despedazado trono.
Ídolo de doce siglos,
Y de cien monarcas solio,
Que desparecer vió el mundo
Terrorizado y absorto,
Cuando crímenes, virtudes,
Pasiones, furias, enconos,
Saber, ignorancia, errores,
Héroes, gigantes y monstruos,
De sangre en un mar lo ahogaron,
Y bajo un monte de escombros
Lo sepultaron y hundieron
Con universal trastorno.
Alzóle, pues (para tanto
Dios le dió fuerzas á él sólo),
Y aun juzgó para su mole
Pedestal tan grande poco.
Y desde él mandaba el mundo,
Llevando de polo á polo
De tempestades armada
La fuerte mano, á su antojo,
Con un millón de soldados
A quienes él daba el soplo

De vida, y con su gran nombre
Un talismán prodigioso.
Con un ceño de su frente,
Con un volver de su rostro,
Desparecían imperios
Y se trastornaba el globo.

Este portento, este numen
De bien, de mal, de uno y otro,
Tornó al tranquilo Occidente
Los asoladores ojos.
Y vió á la fecunda España,
La cosechera del oro,
Quemando en su altar inciensos,
Por su gloria haciendo votos:
En actitud tan humilde,
De entusiasmo en tal arrobo,
Que era poderosa ayuda,
Sin poder ser nunca estorbo;
Y de amiga bajo el nombre
Tan adoradora en todo,
Que sangre, riqueza, fama,
Juzgaba holocausto corto.
Mas prevaleciendo acaso,
En el pecho del coloso,
La parte aquella de infierno
Y la maldad de demonio,

Gritó: «Yo no quiero amigos,
Porque esclavos quiero sólo;
¿Cómo aún está enhiesta España?.....
Póngase ante mí de hinojos.
»Bese mi soberbia planta,
Hunda la frente en el polvo,
Y el palacio de sus reyes
De escabel sirva á mi trono.»
Dijo, y de armas y guerreros
Por el Pirene fragoso
Torrente tremendo baja
Al hispano territorio.

Tal vez la celeste parte
Le dió á conocer de pronto
Que iba á despertar leones
Con armígero alboroto.
Y la otra parte mezquina
De hombre, de tierra y de lodo
Le decidió á usar del fraude,
De la perfidia y del dolo.
Enmascaró sus legiones,
Dió mentido aspecto al rostro,
Vistió de oliva las armas,
Llamó tierno amor al odio;
Y cuando en abrazo inicuo
Ahogó traidor y alevoso

A los príncipes incautos,
Que en él buscaron apoyo,
Y del regio Manzanares
En el coronado emporio,
En exterminio el halago,
La oliva tornó en abrojos;
Hospitalidad, caricias,
Bendiciones y tesoros,
Pagando con hierro, muerte,
Incendios, estupros, robos;
Se derramaron sus huestes
A asegurar el despojo,
A encadenar toda España,
Juzgando vencido todo.
Y ya de Sierra Morena
Humillan con fiero gozo
La alta cerviz, y registran
Con desvanecidos ojos
De Guadalquivir fecundo
Los encantados contornos,
A que preparan insanos
La esclavitud y el oprobio.
Y aparecen á lo lejos
Tan aterradoras, como
La encapotada tormenta,
Que en alas del viento ronco,
De ardientes rayos preñada
Anuncia con truenos sordos,
Que á asolar viene los campos
Y las riquezas de Agosto.

He aquí la angustiosa nueva,
Y el conjuro que de pronto
Causó en la noble Sevilla
Tan impensado trastorno.

ROMANCE TERCERO.

LA VICTORIA.

¡Bailén!..... ¡Oh mágico nombre!
¿Qué español al pronunciarlo
No siente arder en su pecho
El volcán del entusiasmo?
¡Bailén!..... La más pura gloria
Que ve la historia en sus fastos,
Y el siglo presente admira,
Sentó su trono en tus campos.
¡Bailén!..... en tus olivares
Tranquilos y solitarios,
En tus calladas colinas,
En tu arroyo y en tus prados,
Su tribunal inflexible
Puso el Dios tres veces santo,
Y de independencia eterna
Dió á favor de España el fallo.

Incline la tierra
Su mísera frente
Al omnipotente
De Francia señor.
¡Viva el Emperador!
Es dios de la guerra,
Y de polo á polo
Su brazo tan solo
Será el vencedor.
¡Viva el Emperador!
Segura tenemos
Aquí la victoria,
Sin riesgo, sin gloria,
Pero rica asaz.
Marchemos, gocemos
Las grandes riquezas,
É insignes bellezas
De España feraz.
Á Francia gloriosa
¿Quién hay que lo estorbe?
Rendido está el orbe
Á su alto valor.
¡Viva el Emperador!
Su ley poderosa
La España reciba.
Avancemos, ¡viva
De Francia el señor!
¡Viva el Emperador!

Así en infernales voces

Los invencibles, que hollaron,
Sembrando exterminio y muerte,
La Europa del Neva al Tajo,
   Las silenciosas cañadas
Y los fecundos collados
De Bailén, al sol naciente,
Con gozo infernal turbaron,
   De clarines y tambores,
De armas, cañones y carros,
Relinchos y roncos gritos
Tormenta horrenda formando;
   Mas sin saber que una tumba
Era el espacioso campo,
Por donde tan orgullosos
Osaban tender el paso.

   De repente, de la parte
Del Sur el viento les trajo
Rumor de armas y de hombres,
Y los ecos de este canto:
   «*Ya despertó de su letargo*
De las Españas el león,
Antes morir que ser esclavos
Del infernal Napoleón.
   »*¡Viva el Rey, viva la patria,*
Y viva la religión!»

Y aparecen los guerreros
Del Guadalquivir preclaro,
Sin pomposos atavíos,
Sin voladores penachos;
La justicia de su parte
Y la razón de su bando,
Con Dios en los corazones
Y con el hierro en las manos;
Y aunque en la guerra bisoños,
Y aunque con orden escaso,
Llevan resuelto á su frente
Al valeroso CASTAÑOS.
Los fieros debeladores
De la Europa asombro y pasmo,
Los fuertes, los invencibles
De mil triunfos coronados,
De limpio acero vestidos,
Con oriental aparato,
De oro y dominio sedientos,
De orgullo bélico hinchados,
Y teniendo á su cabeza,
La sien ceñida de lauros,
Á Dupont, caudillo experto,
Duro azote del germano,
Ven con desdén y desprecio,
Como á inocente rebaño
Que al matadero camina
Y piensa que va á los prados,
Una turba que há dos meses
En el taller y el arado,

Ni cargar una escopeta
Era posible á sus manos.
Y en carcajadas de infierno
Y en burladores sarcasmos
Prorrumpen, y furibundos
Al fácil triunfo volaron.

¡No tan fácil! Bramadoras
Las ondas del Oceáno,
Del huracán empujadas
Tienden el inmenso paso;
Raen las arenas profundas
De los abismos, al alto
Firmamento, entumecidas,
Van á encontrar á los astros;
Tragan voraces y rompen
Y aniquilan todo cuanto
Pone á su furor estorbo,
Pone á su curso embarazo;
Y en la humilde y blanda arena,
Ó en el informe peñasco
Donde el dedo del Eterno
Escribe *hasta aquí*, pedazos
Se hace su furia espantosa,
Se estrella su orgullo insano,
Y en espuma roto vuela
Su poder, del orbe espanto.

«*El español ardimiento,*
Su fe viva, su entusiasmo
Sean la meta del coloso;»
Pronunció de Dios el labio.
Y lo fueron.—Los valientes
De luciente acero armados,
Los granaderos invictos,
Los belígeros caballos,
Los atronadores bronces
Y los caudillos bizarros,
Que las elevadas crestas
De Mont-Cení y San Bernardo
Camino fácil hicieron,
Que las ondas humillaron
Del Vístula, y del Danubio,
Del Mosa, del Rhin y el Arno,
No pueden la mansa cuesta
Trepar del collado manso
De Bailén, ni al pobre arroyo
Del Herrumbral hallar vado.
Y los que mares de fuego
Intrépidos apagaron,
Y muros de bayonetas
Hundieron con un amago,
Del español patriotismo
A los encendidos rayos,
Al hierro de los bisoños,
Al tiro de los paisanos
No osan resistir. Desmayan
Y se fatigan en vano;

Retroceden, se revuelcan
En tierra hombres y caballos:
  Y las águilas altivas
Humillan el vuelo raudo
Ensangrentadas sus plumas,
Hasta perderse en el fango.
  Y rendidas las legiones,
Que al universo humillaron,
Encadenadas desfilan,
Vuelta su gloria en escarnio,
  Ante turba que ha dos meses
En el taller y el arado,
Ni cargar una escopeta
Era posible á sus manos.

  ¡VIVA ESPAÑA!!! gritó el mundo,
Que despertó de un letargo.
Al grande estruendo apagóse
En el firmamento un astro.
  Y al tiempo que, ante las plantas
Del noble caudillo hispano,
Dupont su espada rendía
Y de sus sienes el lauro,
  Desde el trono del Eterno
Dos arcángeles volaron:
Uno á dar la nueva al polo
Su nieve en fuego tornando;

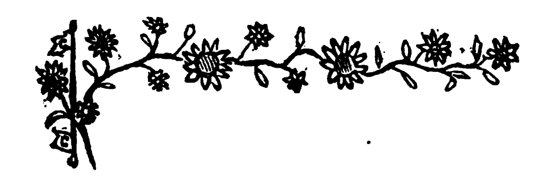


Otro á cavar un sepulcro
En Santa Elena, peñasco
Que allá en la abrasada zona
Descuella en el Oceáno.

Sevilla, 1839.







LA VUELTA DESEADA.

ROMANCE PRIMERO.

Entre aquellos olivares
Que Torreblanca domina,
Y ciñen de un lado y otro
El camino de Sevilla,
Por un atajo atraviesa,
Para llegar más de prisa,
Una carretela verde
Con una gran vaca encima;
Toda cubierta de barro,
Tableros, muelles y viga,
De barro seco y reciente,
Y de tierras muy distintas.
Cuatro andaluces caballos
Que en torno lodo salpican,
En humo y sudor envueltos,
De ella presurosos tiran;
Y del postillón las voces
Con que los nombra y anima,

Del látigo los chasquidos
Que los acosan y hostigan,
El són de los cascabeles,
Y el de las ruedas que giran
Rápidas, tras sí dejando
Dos huellas no interrumpidas,
Forman estruendo confuso,
Y que viene posta avisan
Á los carros y arrieros,
Que hacia un lado se desvían.
Dentro de la carretela
Un hombre aún joven camina,
Que revuelve á todos lados
La desencajada vista.
Es Vargas: alegre torna
De su patria á las delicias,
Después de vagar seis años
Emigrado en otros climas.
Antiguos amigos halla
En cuantos objetos mira,
Y en árboles, tapias, lindes,
Dulces memorias antiguas:
Lo pasado y lo presente
Anudando va, y delira
Entre esperanzas risueñas
Y entre ya pasadas dichas.



Trastornos, persecuciones,
Desventuras, injusticias,
En sus más floridos años
Lo arrancaron de Sevilla,
Abandonando riquezas,
Honores, nombre y familia,
Y dejándose allí el alma
En el pecho de Jacinta.
Jacinta, encanto y adorno
De toda la Andalucía;
Y por sus luengas pestañas,
Por su apacible sonrisa,
Por los graciosos hoyuelos
Que avaloran sus mejillas,
Por su cuerpo primoroso
Y por sus formas divinas,
Por su gracia y su talento
Y su modestia expresiva,
El hechizo de los hombres,
De las mujeres la envidia.
Diez y seis años contaba,
Cuando Vargas ¡alta dicha!
Logró conmover su pecho
Y agitar su alma sencilla;
Al par que el amable joven
Ardió en la pasión más viva,
Al mirar á una doncella
Tan inocente y tan linda.
En sus puros corazones
Creció desde la hora misma,

Y el trato y correspondencia
Acrecentó en pocos días,
Un primer amor de aquellos
Que las estrellas combinan,
Amor que de dos personas
El destino eterno fija.
En los lazos de himeneo
Á unirse dichosos iban,
Con el aplauso felice
De sus contentas familias;
Cuando se alzó tronadora
La borrasca embravecida,
Que ¡infelices! confundiólos
Del infortunio en la sima.

Seis años ¡oh cuán eternos!
Vargas por tierras distintas
Huyó infelice, luchando
Del Destino con las iras,
Sin encontrar de consuelo
Ni de esperanza mezquina,
Un solo sueño de noche,
Un solo rayo de día.
Las extranjeras beldades
Estatuas le parecían,
Las ciudades opulentas
Que el orbe orgulloso admira,



Desiertos..... ¡Ay! pero puede
Feliz llamarse en sus cuitas,
Venturoso en su destierro,
Fortunado en sus desdichas.
Creció el amor con la ausencia
En el pecho de Jacinta,
Que la distancia y el tiempo
Al que es verdadero afirman.
De cuando en cuando se cruzan
Papeles que lo acreditan,
Cartas trazadas con llanto,
Cartas con el alma escritas.

ROMANCE SEGUNDO.

Todo en el mundo es mudable,
Ni el bien ni el mal son eternos:
La apacible primavera
Sigue al riguroso invierno;
Á la obscura noche el día,
Y á la borrasca, que al cielo
Empañó con densas nubes
Y asustó con rudos truenos,
La calma serena y pura.
Así suelen á los tiempos

De desventuras y llantos,
Seguir de paz y consuelo.
  Del Rhin en la orilla helada,
Abrumado de sí mesmo,
Vargas proscripto gemía,
Su fortuna maldiciendo;
  Cuando noticias recibe
De que la patria le ha abierto
Las puertas..... Júzgalo absorto
Ilusión de su deseo;
  Mas Jacinta se lo escribe,
Y cuanto ella dice, es cierto.
Otra carta..... de la madre
De Jacinta..... que al momento
  Vuele á Sevilla, le ruega,
En donde dará Himeneo,
El día de su llegada,
A tan constante amor premio.

  No la paloma, que presa
Llora en doloroso encierro,
Si acaso un resquicio mira,
Tiende apresurado el vuelo
  Hacia el palomar y nido,
En donde vió el sol primero;
Ni el torrente, á quien contuvo
El malecón interpuesto,



En cuanto lo encuentra roto,
Se arroja á su antiguo lecho,
Y por él se precipita
Hacia la mar, que es su centro,
Tan veloces como Vargas;
Corre, sin tomar resuello,
A Sevilla: los instantes
Son para él siglos eternos.
Montes, llanuras, ciudades,
Ríos, Estados diversos
Atrás deja, y los caballos
De tardos acusa y lentos.
Ya salva las altas cumbres
Del nevado Pirineo,
Y entra en España; ya escucha
La lengua de sus abuelos.....
¿Qué importa? Ni un solo instante
Retarda su raudo vuelo.
Halla á cada paso amigos,
Halla intereses y deudos:
No se pára, corre, corre,
Que tiene en Sevilla puesto
Su afán, y hasta que descubra
La Giralda no hay sosiego.

Apenas ha quince días,
Que en las márgenes del Reno

De su Jacinta la carta
Leyó, juzgándolo sueño;
Y los caños de Carmona
Ve á su siniestra creciendo,
Y al frente la antigua puerta,
Para él la puerta del cielo.
Cualquiera mujer que mira
En mantilla y de paseo,
Que es Jacinta que le espera,
Juzga, y le palpita el pecho.
Al llegar se desengaña,
Y en otra que ve más lejos.....
Jacinta fuera de casa
Está, sí, sale á su encuentro.
Era en punto medio día:
Entra por fin, y molestos
Los guardas el carruaje
Detienen corto momento.
Los maldice y les da oro,
Porque le detengan menos:
Corre, al postillón le grita,
Y torna á marchar de nuevo.
Por las retorcidas calles
Echa pestes y reniegos
A cada lenta carreta,
A cada corro interpuesto,
Que á templar el paso obliga
De los caballos ligeros,
Y anheloso á verse llega
De la ciudad en el centro.

Oye de fúnebres cantos
El triste són desde lejos,
Se aproxima, y por la calle
Que va á tomar, un entierro
Pasa. Con hachas de cera,
Pobres, vestidos de negro,
Van de dos en dos; los siguen
Las cofradías; á lento
Paso un féretro se acerca,
De un blanco paño cubierto,
Con una palma y corona
De blancas flores..... ¡Agüero
Terrible! que es de doncella
Principal y de respeto
El funeral le parece.....
Hierve taciturno el pueblo
En derredor. Manda Vargas,
Turbado con tal encuentro,
Que tome por otra calle,
Al postillón. Revolviendo
Este los caballos, torna
Por un callejón estrecho,
Y á la calle ansiada llega
Después de corto rodeo.
Mucha gente en los balcones
Está, mostrando en sus gestos
Sorpresa de que en tal día
Llegue á la casa un viajero.

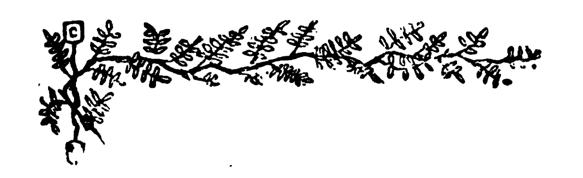
Párase la carretela;
La puerta está abierta, yermos
El ancho portal y el patio;
Reina en la casa el silencio.
De un salto Vargas se apea,
Corre á la escalera presto,
De ella por un lado y otro
De cera advierte un reguero
Reciente. Veloz la sube,
Abre la mampara..... ¡Cielos!
Colgada está la antesala
Enreedor con paños negros.
Enlutada una gran mesa
Mira colocada en medio,
Y en sus cuatro ángulos arden,
Sobre cuatro candeleros
De plata, cándidas velas
Consumidas casi: el suelo
Cubren deshojadas flores,
Siemprevivas y romero.
¡Dios!..... ¡pobre Vargas! Absorto,
Sin voz, sin alma, y en hielo
Convertido, ni respira.
Ojos cual los de un espectro
Gira en derredor; se ahoga
Sin respiración su pecho.
Volviendo en sí un corto instante.
Oye llorar allá dentro;
Cuando se abre lentamente
Una puerta que al momento

Se cierra, y un sacerdote
Que por ella sale, lleno
De lágrimas el semblante
(De dar en vano consuelo
Viene á una madre infelice),
Queda inmoble á Vargas viendo.
Vargas lo mira, y no alienta;
Mas tras de breve silencio
Rompe al cabo, y le pregunta
Con un angustiado esfuerzo,
«¿Dónde está?»..... Quedóse helada
Su lengua. Fáltale aliento
Al turbado sacerdote,
Y con agitado aspecto
Alza el rostro, y levantando
La diestra, señala al cielo.
Vargas le comprende; arroja
Un alarido de infierno;
Huye veloz, la escalera
Baja delirante, ciego,
Nada ve, corre cual loco
Por las calles, y muy presto
Desaparece. En Sevilla
La noticia cunde luego
De su llegada: le buscan
Sus amigos y sus deudos.
Todo, todo en vano: algunos
Dan señas de que le vieron
Junto á la Torre del Oro,
Cuando el sol ya estaba puesto.



En un remanso, que forma
El Guadalquivir, no lejos
De Gélves, á las dos noches
Unos pescadores vieron,
Á la luz de escasa luna,
De un joven ahogado el cuerpo,
Vestido aún. Procuraron
Compasivos recogerlo;
Pero al llegar con la barca,
Y al agitar con los remos
El agua, veloz corriente
Llevó el cadáver. Suspensos
Siguiéronlo un corto rato
Con los ojos, y muy presto
Fué leve punto en las aguas,
Y de vista lo perdieron.





EL SOMBRERO.

ROMANCE PRIMERO.

LA TARDE.

Entre Estepona y Marbella,
Una torre fulminada,
Hoy nido de aves marinas,
Y en otro tiempo atalaya,
Corona con sus escombros
Una roca solitaria,
Que se entapiza de espumas,
Cuando las olas la bañan.
Á la derecha se extiende
Una humilde y lisa playa,
Cuyas menudas arenas
Humedece la resaca;
Y oculta entre dos ribazos
Forma una escondida cala,
Abrigo de pescadoras
Ó contrabandistas barcas.

Á este temeroso sitio,
Mientras lento declinaba
Á ponerse un sol de otoño
Entre celajes de nácar,
Estando el viento adormido,
La mar blanquecina en calma,
Y sin turbar el silencio
De las voladoras auras,
Sino el grito de un milano
Que los espacios cruzaba,
Y los de dos gaviotas,
Cuyo tálamo era el agua,
La divina Rosalía,
La hermosa de la comarca,
Fugitiva y anhelante
Llegó, sudosa y turbada.

Su gentil cabeza y hombros
Cubre un pañolón de grana,
Dejando ver negras trenzas,
Que un peine de concha enlaza;
Y de seda una toquilla,
Azul, rosa, verde y blanca,
Que las formas virginales
Del seno dibuja y guarda.
Su gallardo cuerpo adorna
De muselina enramada



Un vestido; con la diestra
Recoge la undosa falda,
Y el pie primoroso y breve,
Que apenas su huella estampa
En la movediza arena,
Más limpio desembaraza.
Bajo el brazo izquierdo tiene
Un envoltorio de nada,
Cubierto con un pañuelo,
Do el jalde y rojo resaltan.
¡Inocente Rosalía!
¿Qué busca allí?..... ¡Temeraria!
¡Cuál su semblante divino,
Lleno de vida y de gracia,
Desencajado se muestra!.....
¡Qué palidez!..... ¡Qué miradas!.....
Está haciendo, bien se advierte,
Un grande esfuerzo su alma.
Sí, los ojos brilladores,
Los ojos que tienen fama
En toda la Andalucía,
Por su fuego y sus pestañas,
En el peñón, que lejano
Apenas se dibujaba
Entre la neblina (seña
De mudarse el tiempo), clava.
Dos lágrimas relucientes
Sus mejillas deslustradas
Queman, un hondo suspiro
Del pecho oprimido arranca.

Queda suspensa un momento:
Luego de pronto la cara
Vuelve á Estepona, temblando:
Juzga que una voz la llama.
  Y la llama, es cierto..... ¡Ay triste!
Mas ¿qué importa? Otra, más alta,
Más fuerte, más poderosa,
Desde Gibraltar la arrastra.

En el peñasco asentóse,
De la hundida torre basa;
Miró en torno, y de su seno
Sacó y repasó esta carta:
  «Sí, mi bien; sin ti la vida
Me es insoportable carga;
Resuélvete, y no abandones
Á quien ciego te idolatra.
  »Contigo nada me asusta,
Sin ti todo me acobarda;
Mi destino está en tus manos:
Ten resolución, y basta.
  »Resolución, Rosalía,
Cúmpleme, pues, tus palabras:
No tendrás que arrepentirte,
Te lo juro con el alma.
  »En cuanto venga la noche,
Volveré sin más tardanza



Al sitio aquel que tú sabes,
En una segura lancha.
»Espérame, vida mía:
Si no te encuentro, si faltas,
Ten como cierta mi muerte.
Corro al momento á la plaza
»De Estepona, allí pregono
Mi proscripto nombre, y paga
De mi amor será un cadalso
Delante de tus ventanas.»
Se estremeció Rosalía,
No leyó más, y borraban
Sus lágrimas abundantes
Las letras de aquella carta.
Llévala á los labios fríos,
La estrecha al seno con ansia,
Mira al cielo, *Estoy resuelta*,
Dice, y se consterna y calla.

Torna al peñón (que parece
Una colosal fantasma
Con un turbante de nubes,
De nieblas con una faja)
La vista otra vez. La extiende
Por la mar, que muerta y llana,
Fundido oro se diría
Del sol poniente en la fragua.

Juzga ver un negro punto
Que se mueve á gran distancia:
Ya se muestra, ya se esconde.
¿Será?... ¡oh Dios!... ¿Será?... La escasa
Luz del crepúsculo todo
Lo confunde, borra y tapa.
Con los ojos Rosalía
Los resplandores, que aún marcan
La línea del horizonte,
Sigue. Una nube la espanta,
Que por el Sur aparece,
Obscura y encapotada;
Y aún más el ver acercarse
Por allí dos velas blancas,
Cuyas puntas ilumina
Del sol ya puesto la llama.

ROMANCE SEGUNDO.

LA NOCHE.

Entró la noche; con ella
Despertándose fué el viento,
Y el mar empezó á moverse
Con un mugidor estruendo.

Las nubes, entapizando
El obscuro y alto cielo,
La débil luz ocultaban
De estrellas y de luceros.
No había luna; densas sombras
En corto rato envolvieron
Tierra y mar. De Rosalía
Ya desfallece el esfuerzo.
Arrepentida, asombrada,
Intenta..... No, no hay remedio.
Cierra los ojos é inclina
La cabeza sobre el pecho.
La humedad la hiela toda,
Corto abrigo es el pañuelo;
Tiembla de terror su alma,
Tiembla de frío su cuerpo.
Si cualquier rumor la asusta,
Más sus mismos pensamientos;
Pues ni uno sólo le ocurre
De esperanza ó de consuelo.
Las velas que ha divisado
Cuando el sol ya estaba puesto,
La atormentan, la confunden.
Las ha conocido: ¡cielos!
Son, sí, las del guardacosta,
Jabeque armado y velero,
Terror de los emigrados,
De contrabandistas miedo.



¡Infelice Rosalía!.....
Á las ánimas de lejos
Tocar las campanas oye
De la torre de su pueblo.
¡Oh, cuánto la sobresaltan
Aquellos amigos ecos!
Parécele que son voces
Que la nombran. Gran silencio
Reinó después largo espacio.
Las olas, que van creciendo,
Llegan á besar la peña,
De Rosalía los tiernos
Pies mojan..... y no lo advierte:
Clavada está. Los destellos
De la espuma que se rompe,
Secas algas revolviendo,
La deslumbran. De continuo
La reventazón inciertos,
Fugitivos grupos blancos
Le ofrecen del mar en medio,
Cual pálidas llamaradas.
Ella piensa que los remos
Y la proa de un esquife
Las causan..... ¡Vanos deseos!

Así pasó largas horas,
Cuando un lampo ve de fuego

En alta mar, y en seguida
Oye al cabo de un momento
¡Poumb!..... y retumbar en torno
Como un pavoroso trueno,
Que se repite y se pierde
De aquella costa en los huecos.
Ve pronto hacia el lado mismo
Otros dos ó tres pequeños
Fogonazos; mas no llega
El sordo estampido de ellos.
Otra roja llamarada.....
¡Poumb! otra vez... ¡Dios!, ¿qué es esto?
Repitiéndose perdióse
Este són como el primero.
No hubo más: creció furioso
El temporal, y más recio
Sopló el Sudoeste; las olas
De Rosalía el asiento
Embisten, de agua salobre
La bañan; estar más tiempo
No puede allí: busca abrigo
De la torre entre los restos.
La lluvia cae á torrentes,
Parece que tiembla el suelo;
Dijérase ser llegada
Ya la fin del universo.

ROMANCE TERCERO.

LA MAÑANA.

Raya en el remoto Oriente
Una luz parda y siniestra;
Á mostrarse en vagas formas
Ya los objetos empiezan.
Espectáculo espantoso
Ofrece Naturaleza,
Las olas como montañas,
Movibles y verdinegras,
Se combaten, crecen, corren
Para tragarse la tierra,
Ya los abismos descubren,
Ya en las nubes se revientan.
Rómpense en las altas rocas
Alzando salobre niebla,
Y la playa arriba suben,
Y luego á su centro ruedan
Con un asordante estruendo:
Silba el huracán, espesa
Lluvia el horizonte borra,
Y lo confunde y lo mezcla.



La infelice Rosalía,
Toda empapada, cubierta
Con el pañolón mojado
Que, ó bien la ciñe y aprieta,
Ó, agitado por el viento,
Le azota el rostro y flamea,
Volando ya desparcidas
Fuera de él las negras trenzas;
Falta de aliento, de vida,
El alma rota y deshecha,
Asida de los sillares
Se aguanta inmóvil y yerta.
Aparición de otro mundo,
Sílfida, á quien maga artera
Cortó las ligeras alas,
La juzgaran si la vieran.
Tiende, espantados, los ojos
Por el caos: nada encuentra
Que socorro ó que consuelo
En tal apuro le ofrezca.
Descubre que una gran ola,
Que tronadora se acerca,
Entre las blancas espumas
Envuelve una cosa negra:
De ella no aparta los ojos,
Ve que en la playa se estrella,
Que al huir deja un sombrero
Rodando sobre la arena,
Y una tabla.—Rosalía
Salta de las ruinas fuera,

Corre allá, mientras las olas
Se retiran. No la aterra
Otra mayor, que se avanza
Más hinchada, más soberbia.
Ve en el madero lavado
Los restos de sangre fresca.....
Coge el sombrero..... ¡infelice!
Lo reconoce..... Las fuerzas
Le faltan, cae, y al momento
Precipítase sobre ella
Una salobre montaña,
Que la playa arriba entra,
Y rápida retrocede,
No dejando nada en ella.

Cual si dar, tan solo objeto
De la borrasca tremenda,
Lecho nupcial en los mares
Á dos infelices fuera;
Á templar su furia ronca
Los huracanes empiezan;
Bajan las olas, la lluvia
Se disminuye, y aun cesa.
Rómpese el cielo de plomo,
Y por pedazos se muestra
El azul, que ardientes rayos
De claro sol atraviesan.

Ya se aclara el horizonte;
Por el lado de la tierra
Fórmanlo azules colinas,
Que aún en parte ocultan nieblas.
Una línea verde, obscura,
Movible, lo forma y cierra
Del lado del mar, y asoma
La claridad detrás de ella.
Aunque silba duro el viento,
Aunque es la resaca recia,
Torna al mundo la esperanza
De prolongar su existencia.

En esto una triste madre
Y un tierno hermanillo llegan,
Buscando á su Rosalía,
A aquella playa funesta.
Llenos de lodo, empapados,
Muertos de cansancio y pena,
Tienden en reedor los ojos,
Y nada ¡oh martirio! encuentran.
Al retroceder las aguas,
Unas femeniles huellas
De pie breve reconocen
Estampadas en la arena.....
«¡Rosalía!..... ¡Rosalía!».....
Gritan, y no oyen respuesta.

Van á la arruinada torre,
Y hallánse sobre una piedra
Un envoltorio deshecho
Entre fango, espuma y tierra,
Y un pañuelo rojo y jalde
Que le sirve de cubierta.







ÍNDICE

DE LOS

ROMANCES Y PARTES DE CADA COMPOSICIÓN.







Este libro se acabó de imprimir en Madrid,
en el Establecimiento tipográfico
«Sucesores de Rivadeneyra»,
el 31 de Octubre
de 1898.

